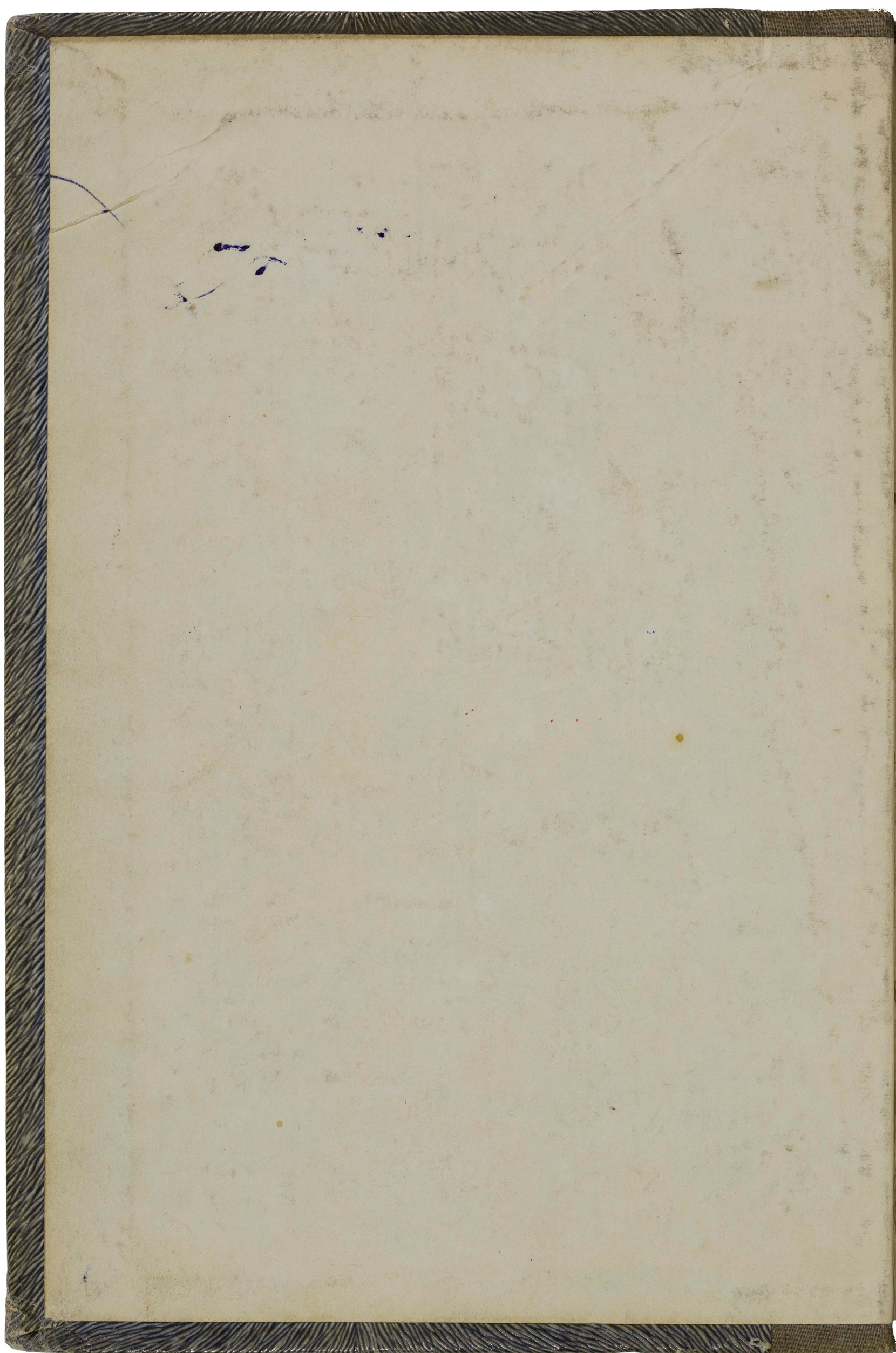
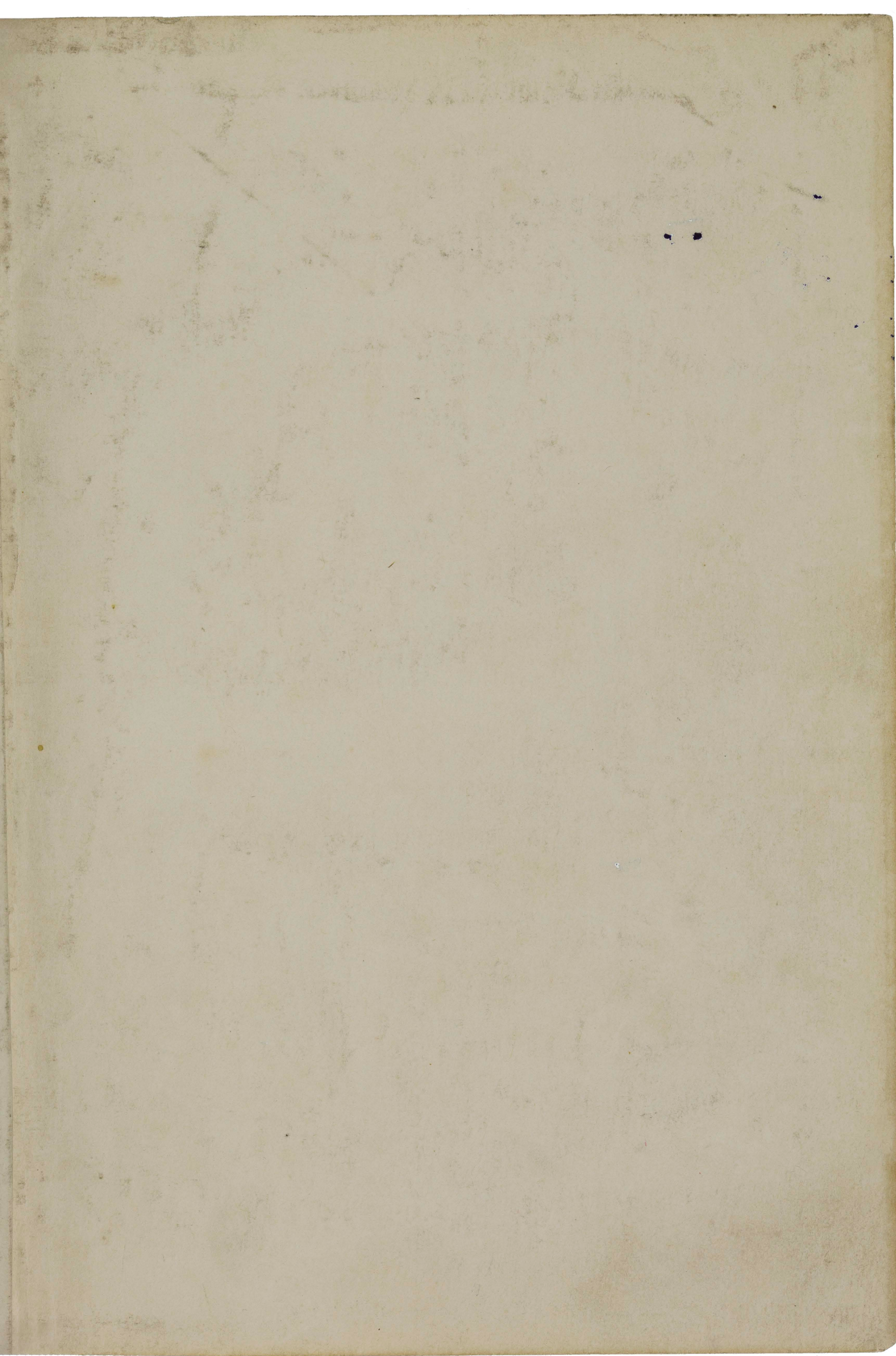


S
AD
L

611
C4





10
Z. AURORA CACERES

(EVANGELINA)

La Ciudad del Sol

PRÓLOGO

DE

Enrique Gómez Carrillo



LIBRERÍA FRANCESA CIENTÍFICA

Y CASA EDITORIAL E. ROSAY

F. y E. ROSAY

Calle de la Merced, 632 y 634

LIMA — 1927

985.611
C11C4
Ej 2

LA CIUDAD DEL SOL

LA CIUDAD DEL SOL

Z. AURORA CACERES

(EVANGELINA)

La Ciudad del Sol

PRÓLOGO

DE

Enrique Gómez Carrillo



**LIBRERÍA FRANCESA CIENTÍFICA
Y CASA EDITORIAL E. ROSAY**

F. y E. ROSAY

Calle de la Merced, 632 y 634

LIMA — 1927

J. AURORA CACERES

(EVANGELISTA)

La Ciudad del Sol

PAROLOCO

Enrique Gómez Carrillo

83131

✓
I-2000



OBRAS DE LA AUTORA

PUBLICADAS:

- MUJERES DE AYER Y DE HOY. Prólogo
de Luis Bonafoux..... (Historia)
- OASIS DE ARTE. Prólogo de Rubén Darío (Viajes)
- LA ROSA MUERTA. Prólogo de Amado
Nervo..... (Novela)
- LAS PERLAS DE ROSA..... ”
- CAMPAÑA DE LA BREÑA. Memorias del
Mariscal del Perú Andrés A. Cáce-
res (tomo I Historia de la Guerra
Nacional año 1881)..... (Historia)
- LA FRANCIA RELIGIOSA. (Folleto)..... ”
- PERFILES LITERARIOS, PINTURA NACIO-
NAL. Premiada por el Instituto His-
tórico de Lima..... ”

Editores: GARNIER hermanos.

EN PREPARACION:

- INSTRUCCION CIVICA..... (Pedagogía)

OBRA DE LA AUTORA

PUBLICADAS

LIBROS DE ARTE Y DE HISTORIA

(1914-1915) DE LOS BORRACHOS

CASO DE ARTE. FOTOGRAFIA DE RUBEN BARRIO (1916)

LA ROSA PUEBLA. FOTOGRAFIA DE RUBEN BARRIO

(1917) (1918)

LA PERLA DE ROSA

CANTANA DE LA BARRA. FOTOGRAFIA DE RUBEN BARRIO

MANIFIESTA DEL PUEBLO. FOTOGRAFIA DE RUBEN BARRIO

LOS (COMO) HISTORIA DE LA GUERRA

(1919) NACIONAL AÑO 1911

LA FRANKIA RELIGIOSA (1920)

LIBROS DE HISTORIA. FOTOGRAFIA DE RUBEN BARRIO

LA FRANKIA DE LOS BORRACHOS

LIBRO DE HISTORIA

LIBRO DE HISTORIA

EN PREPARACION

INSTRUCCION PARA

(1921)

DEDICATORIA

Al autor de este prólogo, **Enrique Gómez Carrillo**, viajero infatigable, de inquietudes atormentadas en el camino del arte y de la belleza, dedico este libro, peregrinaje de evocaciones ancestrales, de tentaciones modernas, de anhelos románticos.

Evangelina.

DEPARTMENT

It is the policy of the Department to encourage the development of the various branches of the service and to provide for the advancement of the personnel thereof. The Department is also responsible for the maintenance of the service and for the efficient operation thereof.

Respectfully,
[Signature]

PRÓLOGO

Una poética evocación de los esplendores del antiguo Perú. (1)

Vengo del Cuzco.... Mis amigos, que saben que no he salido de París desde hace mucho tiempo, sonríen oyéndome decir esto. Pero es cierto: vengo del Cuzco..... Con el alma llena de nostalgias, heorado largo rato en el templo del Sol; me he perdido en el laberinto de callejuelas que rodean el palacio misterioso del gran Rey; he oído, a través de ligeras cortinas que me parecían tejidas en el Egipto de los Faraones, los dulces suspiros de las damas que esperan a sus galanes; he encontrado en una plaza estrecha, cercada de tapias altísimas, a siete brujas, que, invocando a Nuestra Señora la Luna, aullaban a la muerte y corrían cual lebreles alrededor de una imagen misteriosa; he hablado con un sacerdote y le he oído recitar los mandamientos de su catecismo, que se reducen a tres santos consejos, a saber: No mientas. No mates. No robes..... Y mi guía me ha dicho, contemplando la ciudad y exaltándose cual los profetas de Israel ante los resplandores de Jerusalén:

“Ciudad de verdes colinas, de fortalezas arcaicas, de guerreros conquistadores, de peñascos erguidos, de atalayas atrevidas!

¡Ciudad que tuvo templos y jardines de oro, templos y jardines de plata!

(1).—De “La Razón” de Buenos Aires.

¡Ciudad encadenada al Sol! Cuando solemnemente se celebró el nacimiento del Príncipe Huáscar, rodearon la plaza principal de gruesa cadena de oro: símbolo de poderío en la tierra y de unión al astro endiosado; aquel oro, sin duda por considerársele sagrado y para evitar la profanación, fué arrojado a las profundidades del lago Titicaca, grande como un mar suspendido en las alturas andinas.

¡Cuzco añoso, de leyendas de arcadia, de ritos fantásticos; para conocer tu historia hay que llegar a tí con la piedad que tiene fe en la blancura de la hostia; en exaltadas maravillas en el idilio del Dios Sol!

¡Ciudad santa, poema de heroísmos y de virtudes, de tí se aparta el caminante indígena diciendo el credo de la religión del Sol; "No robes, no mientas, no mates", en un triduo que abarca la dignidad humana. Se descubre la cabeza y desde elevada cumbre la contempla antes de partir como a paloma anidada en la hondonada!"

Porque he tenido un guía, mejor dicho, una guía una bella dama velada que se hace llamar Evangelina y que, después de haber saboreado todos los deleites sociales en las cortes europeas, se halla refugiada ahora en la ciudad que guarda mezclados y como fundidos en un halo de tragedia, los recuerdos de los últimos señores aborígenes y los de los primeros virreyes españoles. Y Evangelina, con su voz apasionada, me ha preguntado:

— ¿No es cierto que esto es algo así como una Toledo de América, una ciudad imperial y episcopal en la que los altares cristianos se hallan colocados entre los muros de los antiguos templos idólatras? Allí está Santo Domingo el milagroso, que fué, antaño, un Templo del Sol. Yo pienso, cuando lo contemplo, en el Santo Cristo de la Luz, y en Santa María la Blanca, donde aun se ven las huellas de los judíos y de los moros. Y cuando me pierdo por esas callejuelas grises, me acuerdo de mis peregrinaciones castellanas y de las tardes en que, volviendo de Zocodóver, parecía-me ver, en las muchachas que se asomaban a sus celosías, sultanas moras prisioneras en sus harems. Aquí, en efecto, las apariciones de remota galantería son muy frecuentes. Basta que una guitarra se queje en la penumbra y que un grupo de mujeres pase, para que nuestras imaginaciones evoquen a las lindas princesitas de bronce que, envueltas en telas fantásticamente rameadas de oro y de púrpura, encaminábanse

todas las mañanas, rutilantes de esmeraldas, hacia los lugares del culto.....

Y tal es el prestigio de esos tiempos pasados, que yo también veo lo que Evangelina, con tanto arte, con tanto amor, nos ofrece en la ingenua imaginaria de su libro. Hay allí cuadros que, por lo sencillos, hacen pensar en los primitivos. Y hay perfiles inolvidables, finos, ligeros, que apenas aparecen, pero que luego nos persiguen con su gracia pura. Y hay paisajes de esplendor tropical que deslumbran. Y hay, sobre todo, vistas de la ciudad ilustre, tomadas a todas horas, en todas las estaciones, que constituyen un álbum digno de inspirar a un Piranése enamorado de ruinas y de jardines abandonados. ¡Ah! la belleza patética del vergel rojo, del vergel ensangrentado, del vergel incendiado, que los indios consagraron, en Urbamba, al Dios de los Temblores y que aún parece sacudido por la cólera de la tierra! La dama que nos lleva hasta su entrada, nos dice que sólo veremos una flor extraña llamada mucchho, flor que, al deshojarse, produce, con sus diminutos pétalos rojos, una verdadera lluvia de sangre. Y agrega: “Los indios las veneran y las cortan en un día del año, para llevarlas al Templo, pues pululan durante la época en que se rememora la Pasión de Jesús. Existe en el Cuzco una efigie en madera del Crucificado, hermosa escultura importada de España, que desde los tiempos de la Colonia se venera con delirante fervor. Es el Señor de los Temblores, al que se le pide, como heredero de Urbambo, que libre a la ciudad de las catástrofes sísmicas que causan pavor. Constituye este Cristo el amor místico más intenso de los cuzqueños, por las gracias que la sagrada imagen concede: noche y día arden a sus pies los cirios encendidos, al punto que, expuesto a recibir el homenaje del humo perpetuo, el color natural del esmalte se ha transformado en un patinado pardo, sombrío; blanco, amoratado por los golpes y vertiendo la sangre del martirio vino de España; mas hoy, sometido a la adoración cirial del pueblo, tiene el color indiano. Según el fervor exaltado, este Señor, sufre como si fuese un cuerpo humano: al amparo de la obscuridad del altar donde se le venera, lugar sombrío al que no llega la luz hiriente del día, lo

ven llorar humanizado, con el delirio de las plegarias, y cubrirse de sudor, lo que no parece fabuloso cuando se contempla la expresión extraordinariamente adolorida del divino rostro”.

Todo se convierte en poesía, cuando es un poeta quien lo evoca. Donde los arqueólogos sólo ven fechas hipotéticas, Evangelina realiza el milagro de la resurrección artística, haciendo que los muros derruídos se alcen de nuevo en el espacio y que la vida de los Incas, suntuosa y suave, aparezca ante nuestra vista. He aquí la casa de Manco Cápac en Colcampata, ya no desierta, ya no hecha escombros, sino sonora de músicas y brillante de dalmáticas. Por sus claustros de piedra, pasan reclinadas lánguidamente en sus literas de plumas, las nobles favoritas del señor. Los esclavos ante esas divinas apariciones, se prosternan en hieráticas posturas de adoración que los alfareros han eternizado en el flanco de los huacos..... He aquí las termas imperiales, las profundas piscinas cubiertas por el musgo aterciopelado, y más lejos, el Baño de la Ñusta, escondido entre los árboles, misterioso, tentador, en el que las princesitas ondulan sin pensar que, desde las alturas cercanas, los ojos de los cortesanos pueden contemplar sus cuerpos cobrizos que ningún manto vela y hasta llegar a enamorarse de ellos, sin temor de que la diosa Cauillaca, gran adversaria de las profanaciones galantes, los convierta en piedras, lo mismo que al infeliz Cariraya Viracocha.... He aquí la casa de Ollantay, el seductor que tanto preocupa aún hoy a las peruanas sensibles. “Me imagino a este joven de alma atormentada y humilde estirpe — dice Evangelina — con sueños de grandeza y actitudes de monarca, sufriendo los pesares del amante a quien le arrebatan a la mujer amada, rebelándose contra el emperador hijo del Sol”. Es, realmente, una de las más conmovedoras aventuras de amor, la de aquel indio de alma caballeresca. Y Evangelina nos la refiere con una gracia casi infantil. “Siendo Ollantay gobernador militar de Antisuyo — dice — hubo de frecuentar la corte del Inca Pachacutec; así conoció a la infanta Cussi Cuyller, de quien se prendó hasta el punto de desear hacerla su esposa, sin pararse en las barreras de la jerarquía.” El gran sa-

cerdote Huillac Homa, al enterarse de tan sacrílega pretensión, trató de convencer al joven guerrero de que su estirpe no lo autorizaba a soñar siquiera en unir su sangre a la de la familia sagrada. ¿Fué este pontífice el que comunicó al emperador las locas esperanzas de su súbdito? La historiadora no nos lo dice. Pero el resto del idilio es digno de sus personajes. En el libro de Evangelina, titulado "La ciudad del Sol", vemos que la princesa prisionera dió a luz una niña de peregrina belleza, mientras su amante, sublevado contra su padre, luchaba por conquistar la corona y el derecho a hacerla su esposa. La guerra fué tan larga tan penosa, que al cabo de algunos años el Inca murió sin haber logrado vencer a su rebelde capitán. El gran Yupanqui, heredero del trono, más feliz que su padre, consiguió derrotar a Ollantay. Pero lejos de castigarlo con la severidad que merecía, le concedió la mano de su hermana la infanta Cussi Cuyller, quien seguía esperando, en su prisión, al elegido de su alma.

No sólo fantasmas de gentiles indios hay en la obra que la eminente escritora peruana consagra al Cuzco. Obsesionada por el doble carácter incaico y castellano de la vieja ciudad, pasa de los santuarios de los adoradores del Sol a los templos de los conquistadores cristianos, con la misma gentileza con que los cronistas sevillanos van del Alcázar a la Catedral. "¡Dos Cuzcos — dice — dos ciudades unidas, dos ciudades que se abrazan y se oprimen: la española y la incaica! La capital del Imperio del Sol, cíclica, monumental, sirve de base y sostiene como juguete primoroso a la ciudad colonial, que ostenta artesonados de Churriquera, balconcitos moriscos, arcos de palacetes, de conventos y de sacristías, zócalos de jaspe, paredes de piedra que encajonan las calles, muros de piedras, dinteles y umbrales de piedra; por cualquier sitio que se vaya, ya sea un barrio central o apartado, siempre la piedra nos sorprende, con ese encanto que encierra su inercia, su belleza sombría, dulcemente pulida, como si fuese muellemente aterciopelada. Las piedras que hoy existen son las mismas que parapetaron a los guerreros del Sol; piedras carcelarias al mismo tiempo que civilizadoras de las tribus conquistadas, piedras que sostuvieron el templo de oro y que ampara-

ron los palacios de los soberbios Incas. Antes de principiar a subir una colina donde Huayna Cápac tuvo su Palacio Real, se vé una pared formada por grandes bloques labrados con la facilidad de estucos: sorprenden las culebras de los relieves, las ranas y otros reptiles fielmente reproducidos para significar el lugar destinado a lo que se llamaría Jardín Zoológico, y que en aquellos tiempos se conocía con el nombre de *Amaru-Cancha*'.

¿Cuál de esos dos Cuzcos es el que Evangelina prefiere? ¿Cuál civilización? ¿La castellana, o la india?.. Difícil resulta averiguarlo. Con su generoso entusiasmo de artista impresionable, que lejos de reaccionar contra las sensaciones contradictorias, se esfuerza por conciliarlas en su alma, la ilustre escritora va del santuario de los ídolos a la iglesia de los santos, animada por la misma llama de fe. Muy en el fondo, muy en el fondo, su espíritu católico no deja de sentir escrúpulos de antigua colegiala del Sagrado Corazón, al notar que sus labios murmuran, inconscientemente, las preces solares. Pero su poética naturaleza triunfa de esas inquietudes espirituales y su lirismo acaba siempre por coronar a la imagen legendaria de su patria, con suntuosas guirnaldas, en las que se entrelazan amorosamente las rosas de Santa Rosa y los mucchos de Urubamba.

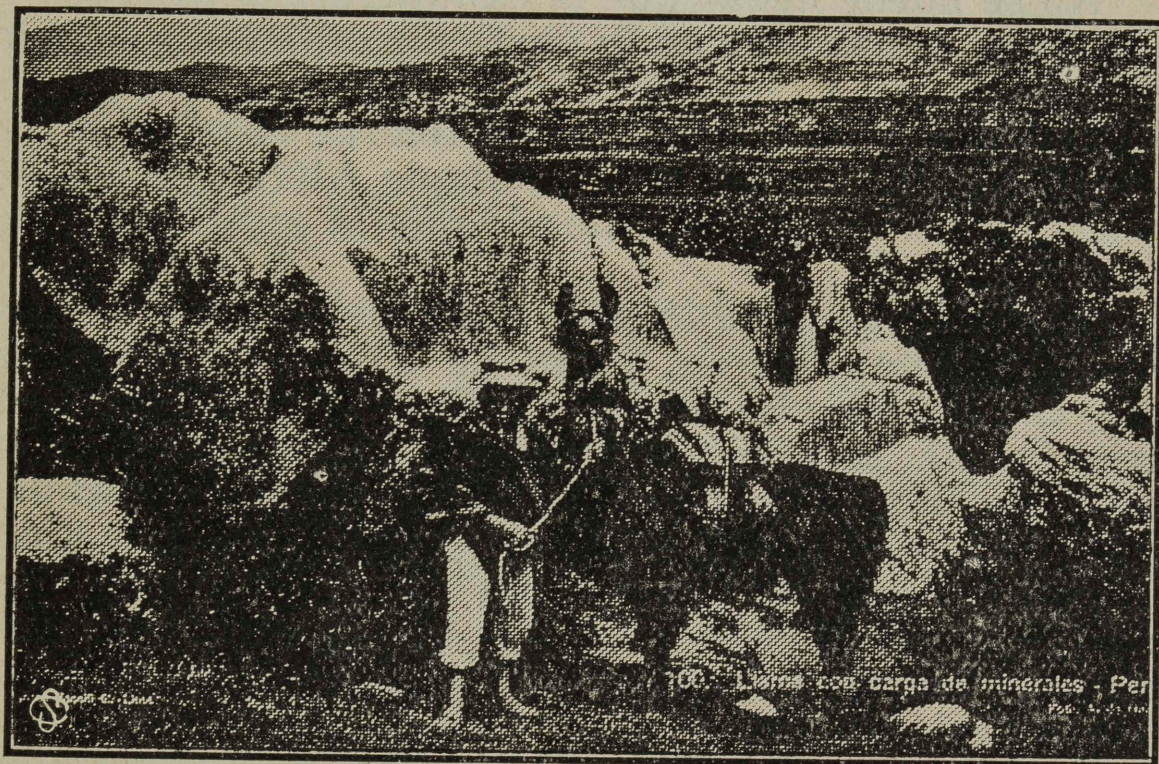
Paris, 1924.

E. GOMEZ CARRILLO.

CON RUMBO AL CUZCO

Dos años de vida sedentaria son dos siglos de indecible hastío para el espíritu nómade que ama y busca la emoción novedosa de lo inesperado, la visión inusitada de paisajes desconocidos, de ciudades añosas, de apacibles lejanías, de románticas añoranzas.

Los intensos calores tropicales, que no siempre suelen ser inspiradores de cosas santas, me decidie-



ron a emprender un viaje saludable, hacia el santuario de los recuerdos de la adoración del Sol. No sólo me alejé de la Capital, sino también de la costa con sus playas de arenas caldeadas y de médanos que ofrecen un triste panorama, con la melancolía del color, ageno a la vegetación polícroma de los jardines y huertos odorantes.

Las estaciones termales que la medicina aconseja operan, además de la benéfica influencia terapéutica, el indudable beneficio de distraer el espíritu con trivialidades sugestivas, inesperados halagos, con sorpresas gratas, con la esperanza de lo imprevisto.

El viaje es para el adulto, lo que el juguete para el niño, y juega como éste inconscientemente, en un recreo que ofrece la variedad de los pueblos, los campos y caminos. Cree en los Beadekers y guías americanos, como el devoto en las páginas bíblicas, y así, entre alucinadas promesas y novedosos paisajes, se desliza sometiéndose a lo vago, a lo incierto, en virtud de un atractivo, deliciosamente frívolo.

Para la producción literaria los viajes son de imperiosa necesidad, pues el sedentarismo abate la imaginación y exhausta, por falta de objetividad enaltecedora, declina denunciando un agotamiento ageno a la felicidad.

No se puede negar que la exhuberancia productora de Dumas, se debió en gran parte a su afición a los viajes.

Las obras más populares de George Sand, son fruto de su turismo por Italia y aunque Alfred de Musset la siguió, fué menos afortunado que la autora de "Corina".

Lamartine escribió sus más bellas páginas de inmortal romanticismo, fuera de Francia. Y hoy como ayer, Maurice Barres, y en España la Condesa de Pardo Bazán, también han sentido la necesidad de indagar, de inquirir más allá de las ciudades natales. Blasco Ibañez y Gómez Carrillo, autores de bellísimos e innumerables libros, sienten intensamente la sed indagadora de lo desconocido y beben en el exotismo turista el bálsamo de la estética mundial, con que sus obras embriagan al mundo.

Decidle a un limeño: ¿No viaja Ud. este verano? Y responderá: "Ya estuve en Europa, (aunque haya transcurrido algunos años) y cuando pueda volveré."

La ausencia corta, anual, del hogar que en Europa es como un precepto de la vida higiénica, no le es grata.

Si el interrogante continúa, sin ocultar su sorpresa, exclamaría: "¿Quién puede ir a la sierra?, llue-

ve torrencialmente, hiela, las tempestades de verano son espantosas, y luego hay que sufrir muchas incomodidades.....” Yo escucho y sonrío: iré a la sierra. Los accidentes atmosféricos me seducen, cortando la uniformidad del cielo limeño que los desconoce.

Deseo alejarme de la monotonía de su bondad y admirar la fuerza indomable y las convulsiones de las estupendas manifestaciones del firmamento serrano; no obstante no llueve tanto, cuanto en París, ni el rigor de los hielos es comparable con el de Berlín.

Me encuentro a bordo del buque, que después de un día y dos noches de navegación, debe arribar a Mollendo.

La nave está invadida por los amigos que despiden a los pasajeros. Los camaroteros corren de uno a otro, sin atender a ninguno; digo mal: son solícitos con los que han dado en cambio de la llave del camarote, dos soles, lo que equivale a una gratificación anticipada.

De tierra llegan múltiples maletas. Aquí y allá se abren los portamonedas, se liquidan las cuentas, se reparten apretones de manos, estrechos abrazos, acompañados de estruendosas palmadas, prodigadas en las espaldas; ignoro si a gusto del que las recibe.

El barco levanta el ancla y el panorama del Callao principia a esfumarse suavemente, en una tarde de sol asfixiante.

Las manos queridas, que desde pequeñas embarcaciones se agitan, dando la última despedida, desaparecieron perdidas en las ondulaciones de las olas.

*

* *

¡Mollendo a la vista! exclaman en la cubierta, los que provistos de una larga-vista atisban el horizonte. El pobre puerto se extiende modesto sobre la costa pedregosa.

No tardan en acercarse al fondeadero de la nave botes y lanchas; a pesar de los remolinos y reventaciones formidables del mar, hay que desembarcar.

El Capitán del resguardo y expertos marineros disipan mis temores. Para pisar tierra, se opera un

curioso sistema de desembarco por medio de grúas que del bote recogen al pasajero y lo ponen en el muelle.

Como no deseo sentirme suspendida en el vacío, opto por el muelle de guerra que ofrece toda seguridad, y saltando con agilidad, evito la lluvia que prodiga el mar al quebrarse contra la escala.

Puedo disponer de unos horas, antes de tomar el tren que debe conducirme a Arequipa. Un fletero numerado honrada y solícitamente se ocupa de trasladar el equipaje, hasta el tren; así utilizo el tiempo en visitar el pueblo que en años anteriores las vicisitudes de la guerra me hicieran habitar.

EL PUERTO CLAUSURADO

¡Cuán poco cambiado estaba el puerto a pesar de los largos años transcurridos desde que allí estuviera en mi niñez!

No tardo en reconocer el lugar en que viví: un montículo desde el cual se divisa el mar libremente.

Allí está la casa en la cual viví, con mi madre y mis dos hermanitas, transformada en Hotel.

El jardín del testero es el mismo. Mi madre, que no lo volvió a ver, distraía la tristeza de su soledad haciéndolo cultivar con esmero: joven y abatida por la ausencia del esposo, que había partido en guerra, en los atardeceres, cuando el rigor del Sol declina, sus negros ojos interrogaban al cielo, o lo imploraban en silencio.

Mollendo estaba bloqueado y amenazado por tropas enemigas que ocupaban la Capital; sólo el Sur y el centro de la República quedaba bajo el dominio del General Cáceres, quien por tierra había emprendido la marcha al mando de su ejército, para derrocar al Gobierno de Lima, impuesto a la Nación por el enemigo invasor, que para retirarse lo obligara a firmar una paz humillante.

¿Por qué se expone la Señora del General — decían en aquella época — a las emergencias de una súbita invasión naval en el puerto desarmado y sin defensa posible?

¡Oh las sublimidades y sacrificios de las madres! ¿Quién logra penetrar hasta lo íntimo de esos corazones? El médico lo había ordenado: tres criaturitas, tres hijas nacidas en la costa, no podían resistir el rigorismo de la altura de Arequipa y una de ellas estaba sentenciada a morir si no la llevaban a las orillas del mar.

Aquellas flores que ella amaba, esas celosías, como antes, pintadas de verde, me parecía que reflejaban su silueta fina, la albura de su rostro, la palidez de sus preciosas manos, que contrastaba con la energía de su frente dibujada por un pincel del renacimiento.

Aun no había despuntado el alba, cuando se presentó en la casa el subprefecto, coronel Somocurcio, quien disponía lo que se debía hacer; en vano mi madre objetaba que sacar a las criaturas, sobre todo a la enfermita, a esas horas, con ese tiempo tempestuoso, era exponerla al peligro de perder la vida; bien podía ser la funesta presunción una apariencia, un engaño, el informe trasmitido a la Subprefectura; tal vez no era enemigo el buque que los vigías denunciaban.

El Coronel Somocurcio, fino y complaciente de costumbre, en ese momento, desconocía contemplaciones.

Era urgente salir al instante, tomar el tren, cuya máquina había ordenado encender y partir con rumbo hacia Arequipa. Los minutos eran preciosos, el equipaje se salvaría después si fuese posible.

Un buque enemigo estaba a la vista transportando una división a las órdenes del Coronel Vidal García, con el fin de atacar Arequipa y tomar prisionera a la esposa del General Cáceres y a sus hijas, al mismo tiempo que para cortar la retaguardia al defensor de la integridad nacional.

Sobre mi madre pesaba la inmensidad de esta desgracia, mas su celo materno la inducía a no perder la esperanza de que fuese una falsa alarma la que le comunicaban. ¡Cuántas noches nos habían despertado para decirnos: "El enemigo a la vista"; en esta ocasión no hubo engaño y antes que alumbrase la alborada, a la sombra de la noche y en una locomotora sin silvido, para no despertar inquietudes, en silencio y en el misterio del cielo y de las cosas, partimos: dormitando las criaturas y velando la madre.

La evocación no suele ser buena compañera del viajero; la hora transcurrida en el Hotel que antes fuera mi hogar llegaba a su término.

En la estación se aglomeraban los que habían llegado con retardo, al punto que la gente se precipitaba a la boletería.

El uso establecido, y quizás reconocido de utilidad pública, para adquirir el boleto es el de los empujones. El más fuerte, aunque llegue último, es el primero: los codos ágiles, el ancho de las espaldas, la elevada estatura y el arrojo sirven con eficacia.

El andén queda invadido en su totalidad por los ajetreos de los pasajeros; los cargadores se empeñan en trepar los equipajes, en retener los asientos de los coches y las fruterías solícitas ofrecen la sabrosa fruta de huevo de la campiña arequipeña: apetitosos cestos que contienen duraznos, blanquillos y abridores que de puro maduros se revientan solos.

Desde el coche restaurant, apenas ha partido el tren, sirven con esmero emparedados delicados, bebidas y refrescos.

No se ven caras apesadumbradas, ni adioses expresivos, los que allí se encuentran van de tránsito y, al contrario, se nota el deseo de arribar al fin de la jornada.

La máquina sopla arrojando densa humareda y aunque se esfuerza en adquirir velocidad vá lentamente, penosamente, serpenteando cerros arenosos y en ascensión continua.

La primera parada es el balneario de Mejía, y también, es este el primer lugar en que se vé mujeres elegantes que lucen la moda parisien con los velos, tules, flores y cintas veraniegas, formando un cuadro alegre de color, movable y risueño.

¡ AREQUIPA !

Ya había anochecido cuando el tren se detuvo en la estación de Arequipa.

La ciudad que en otros tiempos daba la señal de la alarma revolucionaria, la más temida por las revoluciones ciudadanas, débilmente alumbrada por perezosos focos eléctricos, parecía somnolienta.

Los pocos transeuntes, la falta de Teatros, Cafés y Restoranes nocturnos que constituyen la vida noctámbula, producen la impresión de una ciudad dormida; de un pueblo cauteloso, de los recogimientos claustrales.

Contraste grande e inusitado el que ofrecen los amaneceres bañados de luz y animados por la actividad popular, con el hermetismo nocturno de mansedumbre y de misterio.

Arequipa es una ciudad importante, la primera del Perú después de la capital, Lima; mas cuando se le vé envuelta en la obscuridad nocturna, tristemente iluminada por los reverberos de las plazas y de las calles que proyectan sombras, tiene la apariencia de lo que se extiende, de lo remoto, de una ciudad misteriosa.

*

* *

El Canónigo Berroa, bondadosamente me sirve de Cicerone para pasear la Catedral, hermoso templo moderno de indiscutible mérito arquitectónico, que se conserva con toda su pureza, ajeno a la charrería devota popular, como ocurre en otros.

Elegante, sin pretenciones gigantescas, se levanta sobre un átrio marmóreo perfectamente proporcionado, amparado por una verja con reminiscencias germánicas.

La Catedral, toda blanca exterior e interiormente, de igual modo que los altares y las imágenes que ostenta, tiene el precioso patinado de la cera envejecida, con que se cubre la arcilla arequipeña, que se utiliza como precioso material de construcción.

Diríase una fabricación laborada en marfil; una inmensa paloma espiritual que abre sus alas extendiéndolas en naves cobijadoras de amor.

Las Madonas, Nazarenos, Crucificados, Dolorosas é Inmaculadas que en otros Templos suelen venerarse con la variedad polícroma de las esculturas estofadas, son uniformemente blancas.

Colocadas dentro de nichos cubiertos de cristales, que sujetan rosetas de cobre a la usanza flamenca, y que brillan como el oro; se mantienen con su pureza inicial sin que el polvo ni el humo del místico rito las oscurezca.

El rico maderamen del coro, del púlpito y del magnífico órgano, pertenecen al estilo flamenco.

De igual modo que en las iglesias italianas, el altar mayor forma semicírculo con columnas, entre las cuales el apostolado vigila de pie a la Sagrada Eucaristía. Detrás, una bellísima estatua de Jesús, constituye el punto de partida en que se divide el semicírculo de igual modo que los evangelistas. No falta a quien disguste la ubicación de la imagen del Señor, ajena a la ostentación y a la primera mirada del visitante.

¿Ignoran acaso el encanto de lo que se esconde modestamente, para producir el atractivo de lo que sólo se ve cuando se busca? Si es digna de alabanza la Catedral de Arequipa, no menos digno de encomio es el esmero y proligidad con que se le conserva, y esto se debe al Obispo, Ilustrísimo Monseñor Holguín.

Dignísimo Prelado, virtuoso, enérgico y de talento; pastor de la cristiandad, a la que orienta no sólo dentro sino también fuera del Templo con organizaciones sociales, inspiradas por su fervor apostólico y que abarcan la salud del alma y la del cuerpo, constituye el más abnegado Padre de su diócesis, y de igual modo se le escucha en el púlpito decir los conmovedores dolores de María, las austeridades martirizadas de Santa Rosa de Lima, como tratar en los centros obreros los problemas económicos proletarios.

Es el Obispo un privilegiado de Dios, que sabe ser bueno, justo, respetado y amado.

*

* *

En Arequipa a todas horas y a propósito de todo, se habla de "El Misti".

Si amanece un día taciturno, "El Misti" tiene la culpa, si el viajero siente el mal de la altura (Arequipa tiene 2.300 metros sobre el nivel del mar), se acusa a la nevada de "El Misti"; si la gente se moja y baila durante una semana, sin interrupción, en los Carnavales, es por que "El Misti" lo permite.

La gente antojadiza y caprichosa, cuando quiere disculparse dirá: "Estoy con la nevada" ¿Qué es la "nevada"?, interrogará el forastero, al que le contestarán: "La influencia que "El Misti" ejerce en los nervios."

En época no remota el pueblo exaltado por los caudillos políticos o exasperado por los abusos autoritarios republicanos, ha estallado en formidables revoluciones; mas todo queda explicado diciéndose: es la prepotencia, la vitalidad, las energías mistianas.

¿Qué hado portentoso es "El Misti"? se preguntará el que no lo conozca.

Apenas el ferrocarril se aleja de la risueña campiña que circunda la ciudad con montículos escalados por lozanos sembríos, se puede conocer al sugestivo y renombrado "Misti".

Precioso volcán, manso como cordero de sacrificio, inofensivo, gracioso y coquetón, con belleza de cromo, trazada a compás. Si la mano del hombre hubiese querido fabricarlo con simetría, no habría podido imaginar figura más perfecta ni acicalada.

Rara vez le afectan las nubes, el raso azul, como las clavellinas, del cielo arequipeño, le ampara, y nieves puras le aureolan la cresta; diríase que un peluquero parisino le ha encasquetado una peluca Luisquincesca, que en ondulantes risos cae sobre la corteza sombría de la tierra baldía, dándole el aspecto señorial de las elegancias lejanas.

Para convencerse que es inmutable y que sólo aspira a conservar su bella apariencia, hay que subir hacia el barrio del Carmen Alto, donde se encuentra uno de los mejores observatorios astronómicos mundiales, allí ubicado en virtud de la pureza del cielo, dirigido por sabios sajones, que abarcan la ciencia geológica de igual modo que la celeste; ellos saben que está muerto desde tiempo inmemorial, y sonríen cuando el recelo indiano se espanta, por los suspiros de humo que arroja, temiendo la posibilidad de un cataclismo vesubiano, y la lluvia de lavas que ahogue y sepulte a la ciudad de “El Misti”, eternamente.

Después de haber viajado por la Luna, al amparo de un monumental telescopio y contemplado con estupor la aridez de sus cerros y el negror impenetrable de sus cavernas, descendí a la tierra, a la tierruca campesina, sabrosa e insinuante.

Bajando por un camino en gradería, a cuya vera las casitas campesinas aparecen entre árboles frutales y sementeras esmeradas, se encuentra la más afamada “chichería” arequipeña.

En una rústica terraza, pobre de tiestos floridos y sobre burda mesa, colocan la vianda favorita, llamada “picante”, la que suelen confeccionar con innumerable variedad apetitosa por la insinuante fragancia del ají.

En grandes vasos de cristal, floreados y pintarrajeados, sirven la más apreciada bebida popular conocida con el nombre de “chicha”, compuesta de diversos granos fermentados.

Cada vaso contiene, por lo menos, dos litros, y aunque parezca que es imposible beber la mitad de uno, después de haber saboreado el primer bocado del “picante” se puede repetir un segundo vaso, sin lograr apagar la sed.

Antes que el crepúsculo próximo a extenderse, oculte la ciudad, la contemplo, absorta, sugestionada por la magia de su belleza.

Es una inmensa rosería blanca, circundada de follaje esmeraldino, la ciudad mistiana.

LLEGANDO AL CUZCO

A dieciocho millas de Arequipa, con rumbo hacia Juliaca, se encuentra Yura, precioso balneario, de aguas minerales, que brotan en una rústica quebrada abundante en durazneros y otros árboles frutales.

Serpenteando la quebrada, hacia lo alto, se ve una salinera empíricamente laborada y no distantes las canteras de donde se extrae la preciosa piedra rosada que se utiliza como material de construcción.

El maravilloso efecto curativo de las thermas de Yura es célebre, no sólo en el Perú, sino también en Bolivia, de donde acuden en busca del prodigio curativo.

El Doctor Escomel, en Arequipa, se ha ocupado científicamente y con talento de estudiar las propiedades de estas aguas que fueron descubiertas por un sacerdote español.

Después de una corta temporada en Yura, aprovechando la bondad de las aguas, muy de madrugada tomé el tren que, viniendo de Arequipa, debía conducirme al Cuzco.

El tren había recorrido 189 millas desde que salió de Arequipa, al arribar a Juliaca, habiendo pasado el punto más elevado de esa línea en el lugar denominado "Crucero Alto" (14.688 pies).

Conforme se avanza subiendo siempre, el paisaje se entristece: desaparecen los cerros cultivados, los cebadales se agotan, y sólo cubren la desnudez de las alturas, de picos nevados, los pajonales mustios y el musgo mortecino.

Rompe esta monotonía el verdor profundo de pequeños campos de cactus que a trechos se agrupan en fantásticas posturas: unos erguidos y amenazantes de espinas, y otros retorcidos en actitud de dolor, di-

ríase cuerpos sensibles y gimientes, que se revolcasen sobre la costra rocallosa de las cumbres.

También los hay graciosos, que adoptan elegantes actitudes; se adornan con pencas en las que brotan las flores sin aroma que lucen sus colores como cintas estrujadas, obispales, cardenalicias, y otras con la amarillenta palidez del lotus. Estos espinos se aislan y sólo viven en las soledades de las punas, cual familias solitarias o colonia penitenciaria, en reducido espacio: crecen muy juntos, estrechándose al punto que producen la sensación de una intimidad dolorida y tierna, como si sufriesen un aislamiento involuntario, y la tristeza de la soledad de la existencia en el paraje remoto, en la elevación de los cerros, en la aridez ajena a la vida, en el ambiente asfixiante por la rareza del oxígeno.

En Lagunillas, (14.280 pies) se aperciben hermosos lagos, entre las sinuosidades de los cerros.

Principia el descenso lentamente hasta que se llega a Juliaca, (12.550 pies) donde debo pasar la noche para tomar el tren que me conducirá al Cuzco al siguiente día.

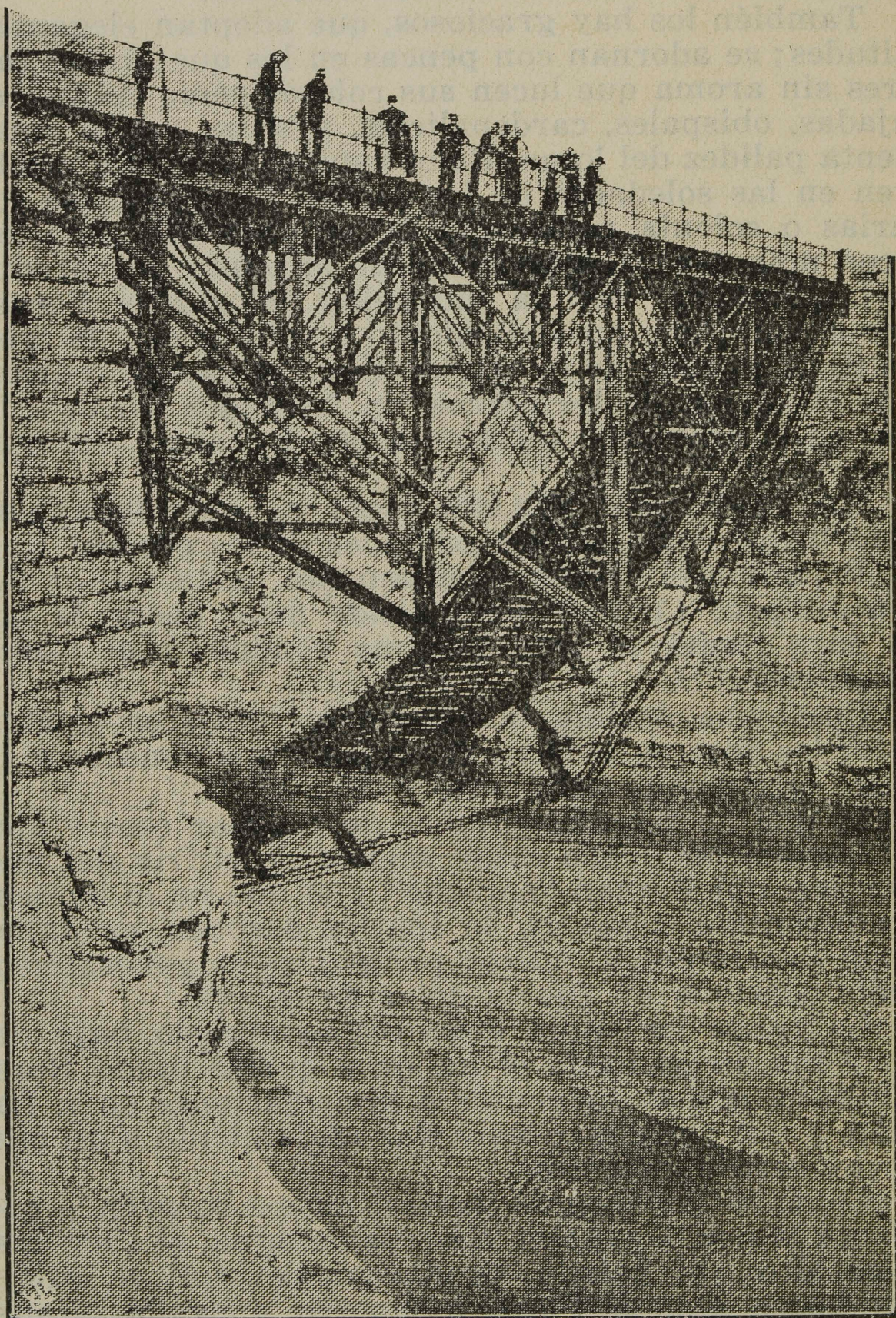
Conforme declina la altura, los viajeros sienten alivio; los rostros principian a descongestionarse y la sangre circula normalmente.

El que no tiene costumbre de realizar esos viajes con frecuencia, puede estar seguro de sufrir del mal de altura, que llaman "soroche" y el que no lo ha sentido durante el trayecto, lo sentirá después, en Juliaca, sin que implique mayor peligro, pues generalmente sólo ocasiona un fuerte dolor de cabeza.

La tarde ya había obscurecido cuando bajé del tren y me dirigí hacia el mejor y quizás único Hotel de Juliaca, que se encuentra a inmediaciones de la Estación, y con capacidad para dar alojamiento a un crecido número de viajeros.

Como es la época de lluvias, no me sorprende que durante la noche gruesos chorros de agua, al caer desde los altos del tejado, produzcan estrepitoso ruido, ni tampoco que la Plaza amanezca anegada, transformada en paisaje veneciano, al punto de ser difícil encontrar senda alguna, que conduzca a la Estación que no esté enfangada.

Saliendo de Juliaca, cuando el tren ha recorrido algunos kilómetros, el paisaje se engalana, borrando-



se la intensa desolación, presagiadora de la muerte, con que agobia la elevación barométrica, y la vida lozana y fructífera de los campos, consuela la mirada.

Las estaciones se ven animadas por la concurrencia de indios campesinos, y algunas por los mercados serranos placenteros de color, y animados con los matices de los amplios faldellines indianos.

La línea férrea es atrevida y de sólida construcción; hay viaductos magníficos.

Ya ha desaparecido la luz de la tarde cuando el tren se detiene en el Cuzco, la tierra prometida de mis anhelos artísticos!

La ciudad grande del Imperio del Sol, la ciudad arcaica que mi mente forjaba, estaba oculta, perdida con el ténue alumbrado eléctrico que sólo la aclaraba, como las lámparas veladoras del santuario de su pasado, de remota grandiosidad.

La ciudad moderna, agitada y movable con el entusiasmo que mi llegada les inspiraba, se había congregado en el andén de la estación.

Con dificultad me abrieron paso, entre la multitud, hasta la línea del tranvía, donde dos carros me esperaban para conducirme hacia el centro de la ciudad, en compañía de las distinguidas señoras cuzqueñas y de los altos funcionarios y magistrados que tuvieron la gentileza de recibirme.

Se deslizaba suavemente el carro del tranvía y aun resonaba gratamente en mis oídos el eco halagador de los vítores y aclamaciones que me prodigaron, y así, departiendo grata charla y tiernamente emocionada por la sincera y espontánea manifestación de que fuí objeto, llegamos a inmediaciones del vetusto y grandioso palacio Prefectural.

Admiraba la suntuosidad de la piedra patinada por el tiempo; la amplitud del magnífico salón de recepciones, tapizado de rojo, con reminiscencias del renacimiento, y a la selecta concurrencia allí congregada, representando al Cabildo, a la Universidad, al Poder Judicial, y también admiraba la correcta elegancia de la moderna cuzqueña, sin extrañar la cortesía lejana de los Palacios italianos.

El Prefecto y su familia atendieron solícitos a todos, y les obsequiaban con pastas y champagne.

Transcurridos cortos momentos, me encontraba en la hermosa residencia de la señora Carmen Vargas de Romamville, donde tuve gentil y lujosa hospitalidad.

En el amplio comedor se sirvió un magnífico banquete, y en los salones donde destacaban los bargueños de carey y marfil sobre el fondo de brocato rojo que cubría las paredes, se reunió aquella noche la aristocracia de la sociedad cuzqueña.

LA CIUDAD IMPERIAL

¡Cuzco, ciudad amable; ciudad bendita donde reinara el Sol; ciudad piadosa que adoraba sus mágicos destellos; ciudad del peregrinaje de los romanticismos seculares, de generaciones legendarias que se esfuman en lo remoto del tiempo!

¡Ciudad habitada por una raza que vivió enamorada del sortilegio, ciudad misteriosa que perpetuó su memoria en la leyenda de la piedra síclica y en el mito del Dios Sol!

¡Ciudad de piedra, de cimientos sombríos, de bloques perdurables, que del mullido terciopelo tienen la apariencia!

¡Ciudad de la magia, de agoreros y de esclavos que se prosternaban de rodillas, besando las huellas que dejaron las plantas del Inca, hijo del Sol, humanidad divinizada!

¡Ciudad del llanto, de tristeza que añora el fausto del Imperio derrumbado entre olas de sangre!

¡Ciudad armónica y melodiosa; de los artistas de la quena, que gime plañideras canciones!

¡Oh! la ciudad de los amores de tragedia, de las Co-
yas suicidas, mujeres de apasionamientos martiriza-
dos que ofrendaron la vida; holocausto de juventud y
de belleza, ante el catafalco del amado esposo, el In-
ca Atahualpa!

¡Ciudad de verdes colinas, de fortalezas arcaicas, de guerreros conquistadores; de peñazcos erguidos, de atalayas atrevidas!

¡Ciudad que tuvo templos y jardines de oro, templos y jardines de plata!

¡Ciudad encadenada al Sol!

Cuando solemnemente se celebró el nacimiento del Príncipe Huáscar, rodearon la plaza principal de

gruesa cadena de oro, símbolo de poderío en la tierra y de unión al astro endiosado; aquel oro sin duda por considerársele sagrado y para evitar la profanación fué arrojado a las profundidades del lago Titicaca, grande como un mar suspendido en las alturas andinas.

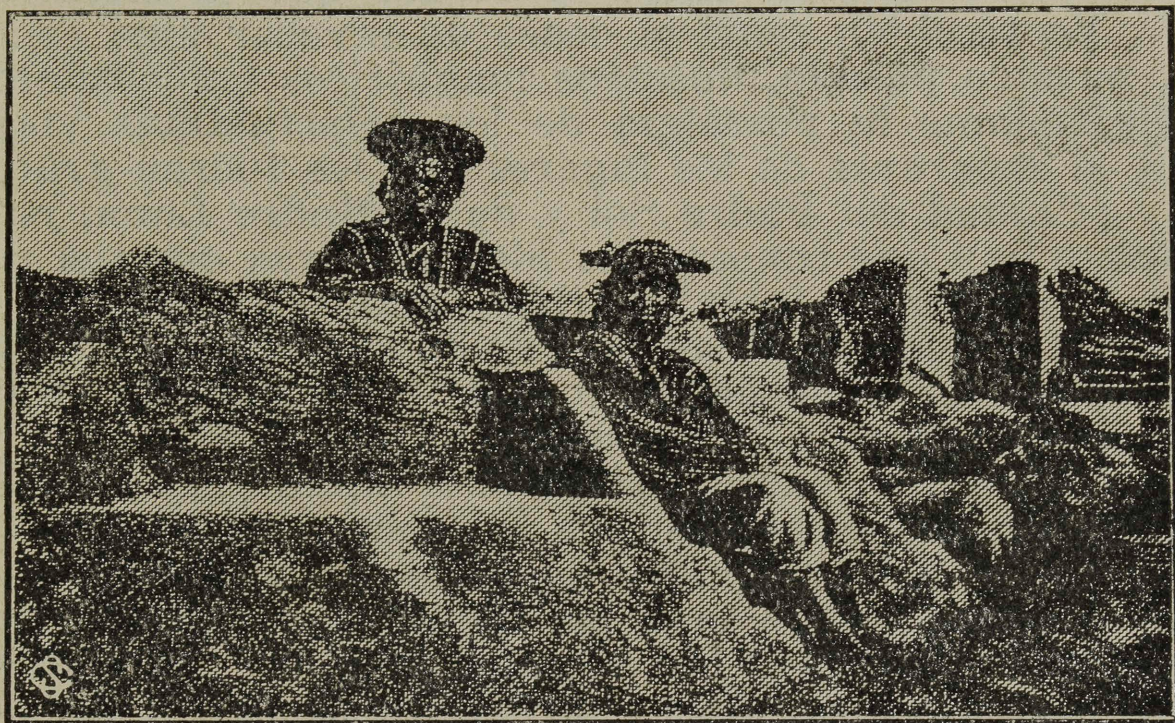


¡Cuzco añoso, de leyendas de arcadia y de ritos fantásticos; para conocer tu historia hay que llegar a tí con la piedad del que tiene fé en la blancura de la hostia; en exaltadas maravillas, en el idilio del Dios Sol!

¡Ciudad santa, poema de heroísmos y de virtudes, de tí se aparta el caminante indígena diciendo el credo de la religión del Sol: “No robes, no mientas, no mates” en un triduo que abarca la dignidad humana: se descubre la cabeza y desde elevada cumbre le contempla antes de partir como a paloma anidada en la hondonada.

Se aleja tristemente, mas lleva paz en el alma, después de haber pronunciado el arcaico conjuro que repite al volver saludando a la ciudad legendaria que sólo parece despertar a la vida moderna, a tal punto su vieja historia la subyuga.

Y esta tradición, que se podría suponer fuera de uso, la he vivido un instante de igual modo que antes las hijas del Sol, de los Incas que desaparecieron legando su historia de grandeza faraónica.



Al alejarme de esta ciudad, que se podría coronar con las rosas de Jericó, tuve que subir una de las colinas que la circundan.

Llegando a lo alto, por un camino amplio hay que pasar por un recodo. Este lugar se denomina en el idioma quechua: “Señor mañana yucunapata”, que en libre traducción significa lugar de invocación, la que se repite siempre desde los tiempos incaicos.

Allí el aborigen que entra a la ciudad, la saluda y se despide cuando se va; ninguno falta este precepto porque la tradición les enseña, que tal homenaje se debe rendir a la ciudad del Sol, para librarse de los maleficios que pudiesen sobrevenirle.

He visto un indio de piel bronceada por la intemperie; vestía corto pantalón de jerga oscura, chaqueta a la torera y burda camisa; le cubría la cabeza una montera color azul marino, y larga trenza femenina le colgaba por la espalda. Al llegar al lugar indicado se detuvo un instante, descubrióse la negra cabeza y muy quedo, mirando la ciudad, tristemente balbució... ¿la solemne despedida incaica?... ¿una invocación, un conjuro?... tal vez un adiós a la india de sus amores.

Dí vuelta a mi caballo y antes de alejarme miré a la ciudad por última vez, diminuta como un juguete precioso, escondida entre el verdor que la circunda.

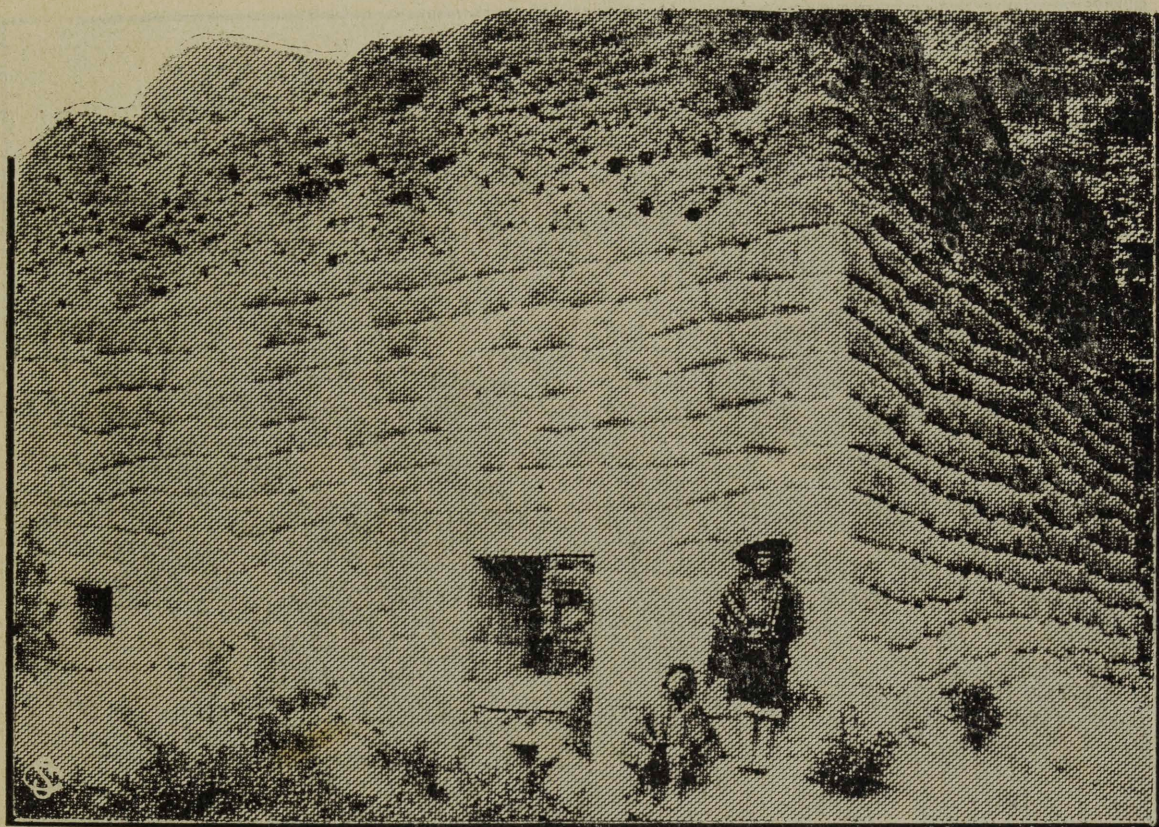
Yo también sentí el deseo de invocar algo remoto, nuestro pasado, nuestros magníficos emperadores, afligiéndome la nostalgia de los principiantes viajeros, al separarse de los lugares que les fueron gratos.

¡Ciudad del Padre Sol y de la Madre Luna, para amarte hay que conocer las piedras vivas que tus ruinas contienen, e interrogarlas como a testigos de tu pasado milenario, el apogeo de tu grandeza; cual los ancianos que no desdeñan contar viejas historias revelan una soberanía de agreste suntuosidad!

Caminante, exótico viajero, si algún día el esplendoroso cuadro en que luciera la realeza incaica, aureolada por el Sol, te atrae y llegas al Cuzco, lleva tu jubón y cuando vuelvas a las urbes lo muestras enriquecido repitiendo: "No mientas, no robes, no mates". Y el magnífico sortilegio obrará un prodigio: La paz de tu conciencia.

LA CIUDAD INCAICA

¡ Dos Cuzcos, dos ciudades unidas, dos ciudades que en parte se abrazan y se oprimen! La ciudad española superpuesta a la incaica! La capital del Imperio del Sol, síclica, monumental, sirve de base y sostiene co-



mo a juguete primoroso a la ciudad colonial, que ostenta artesonados de Churriguera, balconcitos moriscos, arcos en las portadas y palacetes, conventos y sacristías, zócalos de piedra, paredes de piedra, que encajonan las calles; muros de piedra, dinteles y umbrales de piedra; por cualquier sitio que se vaya, ya sea un barrio central o apartado, siempre las piedras nos sorprenden con ese encanto que encierra su inercia, su belleza sombría, dulcemente pulida como si fuese mue-

llemente aterciopelada. Las piedras que aún hoy existen son las mismas que parapetaron a los guerreros del Sol; piedras carcelarias al mismo tiempo que civilizadoras de las tribus conquistadas. Piedras que sostuvieron el templo de oro y que ampararon los palacios de los soberbios Incas.

Antes de principiar a subir una colina donde el Inca Huayna-Ccápac tuvo su Palacio Real, se ve una pared de piedra formada por grandes bloques labrados con la facilidad de los estucos; sorprenden las culebras de los relieves, las ranas y algún otro reptil fielmente reproducido para significar el lugar destinado a lo que hoy se llamaría Jardín Zoológico y que en aquellos tiempos se conoció con el nombre de Amaru-Cancha.



¿Cómo laboraron la piedra al punto de darle la apariencia tierna de la seda, de lo que es regaladamente suave? ¿Cómo pudieron, sin recurrir a la superposición, laborar relieves que destacan cual si fuesen aplicaciones afelpadas? ¿Cómo pudieron juntar dos cuerpos, en la perfecta unión de los bloques, teniendo sólo visible la línea que los divide?

El que pretenda deslizar entre ellos, aunque sea una hebra de pelo habrá de renunciar a su empeño.

Lo que el arquitecto incaico hizo inseparable, permanecerá indisoluble en la tierra, realizando el arte el precepto sacramental del cristianismo, porque tuvo fe en lo que perdura y la tenacidad del operario transformó las canteras en monumentos legados a la eternidad.

Mal descubierta la fortaleza de Sacsahuamán, sacude el sudario de la tierra, siempre ansiosa de extenderse para resurgir a las civilizaciones del porvenir.

Si se consideran las producciones artísticas como manifestaciones objetivas del concepto espiritual, no se debe olvidar que dos ideas fundamentales obsesionaron a la ciencia arquitectónica; la del unitarismo en todos sus aspectos y el amor a la línea recta que se desprende de éste. La unión perfecta de los formidables pedrones maravillosamente cortados constituye la base indispensable al sostenimiento de las murallas que aprisionan cerros indómitos; así como también es indispensable para soportar la amplitud y elevación de los Templos y Palacios.

Del concepto unitario del arte también se desprende la monotonía decorativa, el desdén a la curva, y la escasez ornamental de las construcciones; mientras que en la alfarería, orfebrería y en las industrias textiles, lucía con raro ingenio, al punto que se derrochaba profusamente.

Buscando las manifestaciones de la imaginación creadora en el arte, se vé que tuvo que adaptarse a las necesidades de aquella época, así podemos encontrarlos en la ética, ya que la estética, originada por la exquisita sensibilidad del temperamento, deja mucho que desear.

La religión del Sol no desconocía la visión gnóstica y de la misma manera que el cristianismo, prescribía la fidelidad conyugal, pues el concubinato sólo era permitido al Inca. Disfrutaban del placer legítimo dentro de la unión perfecta del cuerpo y del alma.

¿Por qué ha de sorprender que en la arquitectura adquiriese una forma plástica lo que en la vida diaria lo repitieron centenarias generaciones en el sometimiento ortodoxo que impusiera la adoración al Sol?

De una costumbre moral, de una creencia, de un precepto que fué ley pudo haber nacido el fundamento de la manifestación del arte arquitectónico inspi-

rado en la sugestión religiosa, adoptándose la piedra como material seductor. Para Ruskin, "todo arte verdadero es adoración"; siguiendo esta relatividad encontramos que el peruano primitivo tuvo por dogma un sueño maravilloso; así como la filosofía griega fué un tejido de quimeras.

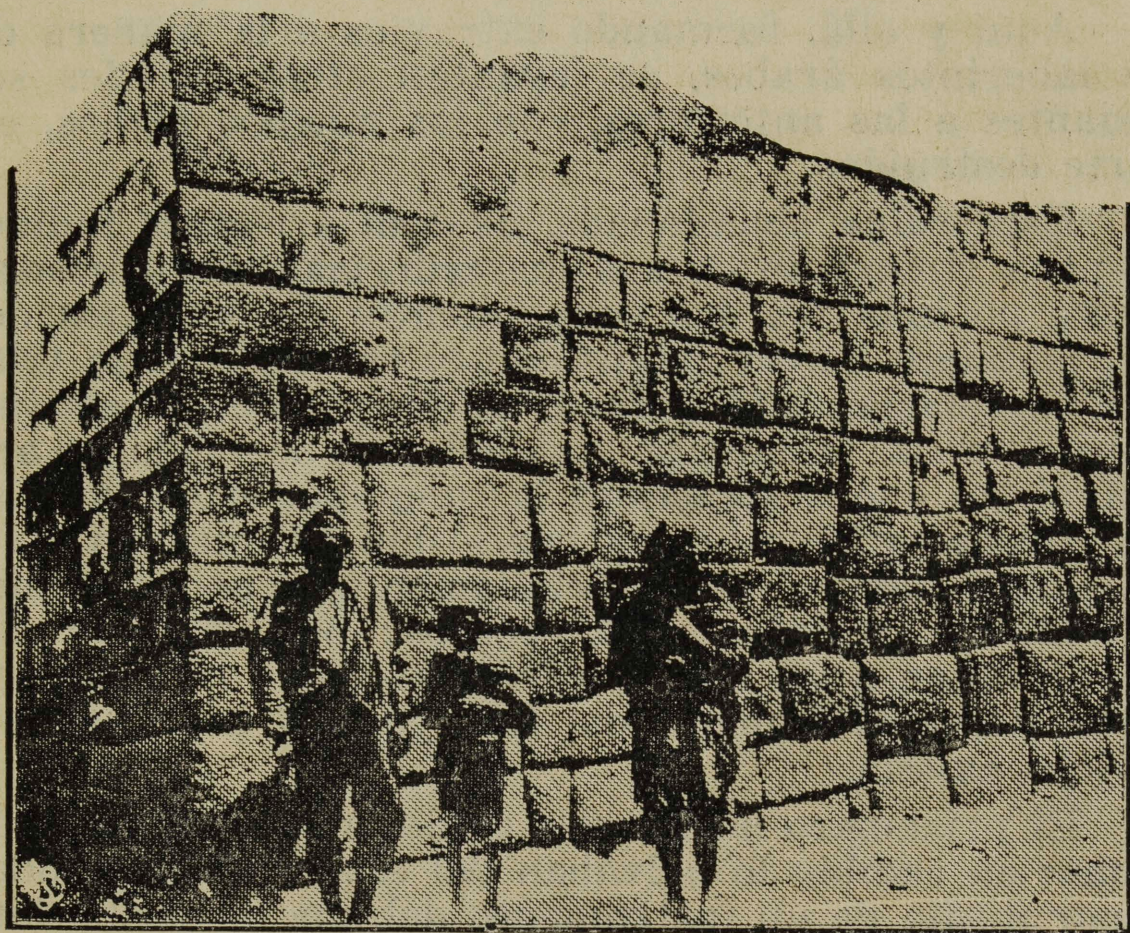
El alma de la línea sólo llega a inclinarse para producir la armonía trapezoidal; luego, lo demás, que es muy poco, se repite, se multiplica; las mismas portadas, ventanas y guaridas se encuentran en las fortalezas, Templos y Palacios. Habiéndose conocido una ruina se puede decir que se conocen las otras, inspiradas en la monotonía de esas existencias resignadas, ajenas a las torturas de la ambición, a las cavilaciones inquietantes; felices bajo un gobierno paternalmente severo, saturado el ambiente de rígida solemnidad al mismo tiempo que de simplicidad en la vida rudimentaria.

Únicamente conocieron un solo elemento de construcción, y por ser el más bello no inventaron otro. En la expresión arquitectónica se traduce la monogamia de la amatividad reproductora con la frialdad de la unidad desnuda; ajena a la vistosa variedad de formas que sugiere la volubilidad del gusto placentero.

Todo el empeño de la fábrica se traduce en que las paredes o muros parezcan una sola masa compacta dibujada por líneas cuadrangulares que dividen los bloques. A lo más demuestra cierto ingenio recreativo la división de alguno de éstos, entre los cuales llama la atención uno cuya unión se ha formado con siete pequeños ángulos, el que se encuentra en una de las principales calles de la ciudad.

Ajenos a los apasionamientos ambiciosos, a la avaricia, a la riqueza, a los anhelos de preponderancia, sin aspiraciones de engrandecimiento individual, como no fuese el que ofrecía la guerra; toda la mentalidad y esfuerzo de la industria se tradujo en expresar el sentimiento de la unión moral que dominaba en esa época, habiendo alcanzado métodos de laboración que revelan la facilidad con que trabajaban para realizar el ideal de la vida apacible, ajeno de las exhuberantes energías de otras civilizaciones y también a los vicios de éstas.

La evolución operada en el arte desde aquellos tiempos hasta nuestros días es tal, que sólo ansía originalidad, exotismo y hasta se tolera la extravagancia. Lejos de tener el artista un punto de vista colectivo pretende singularizarse para dar relieve a su personalidad y perpetuar su nombre, mientras que entre los antiguos se ignoraba esta ambición, puesto que sólo tenían aspiraciones sociales colectivas.



El arte parecía destinado a sólo mantener perdurables las épocas en la adoración que profesaban al Sol.

*

* *

Apartándose del tráfico de la ciudad, siguiendo una calle que parece camino, tapiada por un pedregal, entre cuyos intersticios revienta el musgo acariciado por parásitas enredaderas que desbordan encima de la tapia, se llega a una pampa sin cultivo, diríase una plaza abandonada.

Allí se encuentra lo que hoy se supone que antes fuese cárcel incaica.

Paredes de piedra diseñan una sala estrecha muy larga, donde se ven espaciados con regularidad, una hilera de nichos del tamaño de un hombre y que incrustados en la pared forman cavidad reducida en la que sólo puede entrar una persona colocada de frente, sin tener espacio para hacer movimiento alguno.

Aquí y allá, formando extravíos a la manera de los laberintos árabes, se levantan otras paredes semejantes a las anteriores, con los mismos nichos, en parte destruidos.

Esta ruina abandonada sirve al arrieraje indígena para el carguío de sus mercaderías; momentáneamente poblada por los descendientes de los hijos del Sol, adquiere mayor intensidad el recuerdo de la tristeza carcelaria, pues el indio no ha perdido la actitud sumisa, ni la fisonomía atristada, de los dolores ancestrales a que le sometiera la conquista española. Estas paredes quejumbrosas por lo mucho que han vivido, cuando las utilizaron debidamente techadas, debieron formar recintos muy oscuros; posiblemente allí sólo llevaban a las tribus o jefes rebeldes refractarios a someterse al Imperio del Sol, pues la criminalidad casi no existía.

El prisionero no llevaba grillos ni arrastraba cadenas; en cambio lo privaban del amor inhabilitándolo por medio de un instrumento del que no podía desprenderse sino cuando recobraba su libertad. Recuerda los cinturones de castidad que los antiguos romanos colocaban a sus mujeres durante las prolongadas ausencias a que los obligaba la guerra.

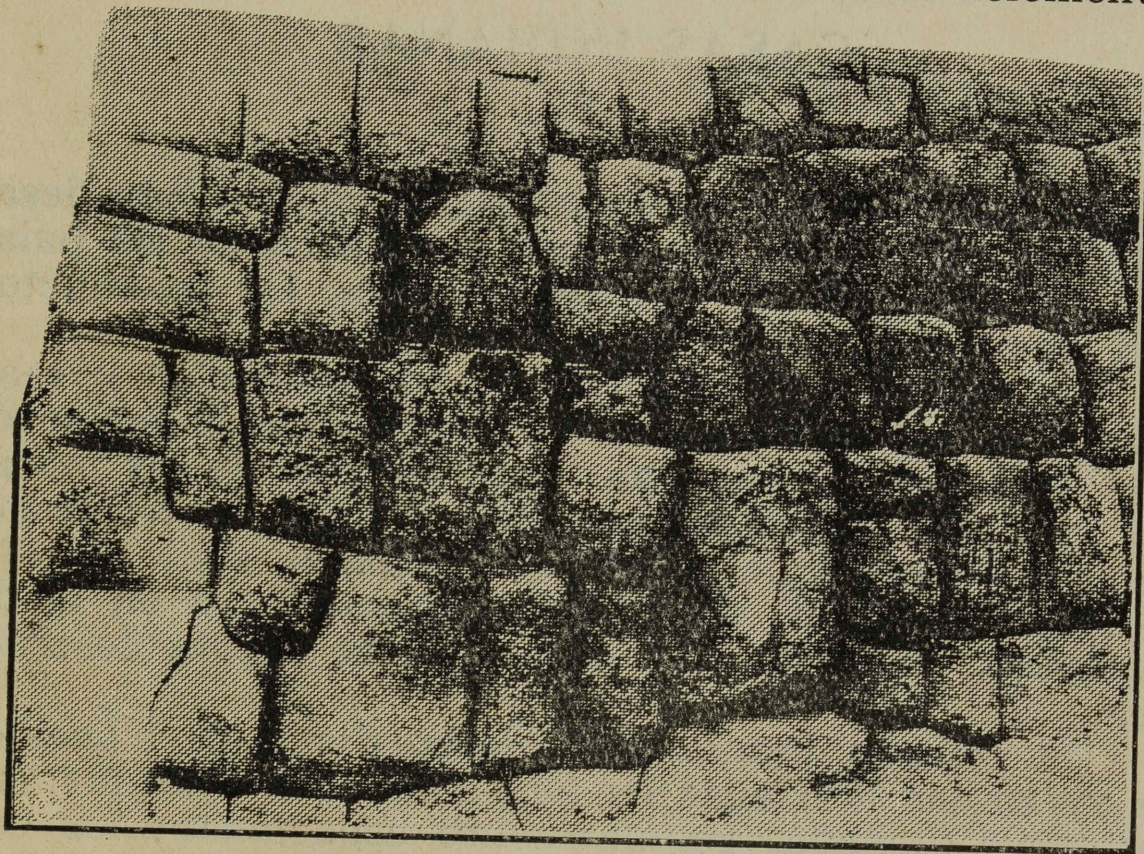
Desolación y pesadumbre causa aquel paraje, con sus remembranzas prisioneras evocadoras de la ciudad doliente.

La tristeza de la tarde me apenaba el alma con la pesadumbre de los dolores antiguos.

Tuve que alejarme prontamente porque las gotas de lluvia principiaban a humedecer las piedras, transformándolas en espejos sombríos. Tal vez antes las salpicara el llanto del cautiverio.

En la ciudad amable, en el reinado de las bondades paternas, también existieron rigorismos inclementes, aterradores castigos.

Así aunque se mire atrás, hacia lo remoto de los siglos, se escudriñe la historia de todos los continentes y de todas las civilizaciones, se encontrará siempre al castigo con su cortejo de martirios inclementes,



como al goce seguido del dolor; fantasma que abate a la potencialidad humana revelador de lo efímera que es la felicidad de los pueblos.

CASAS INDIANAS

Las casas que habitaron los hijos del Sol han desaparecido, apenas se conservan los muros de los palacios, los cimientos de las habitaciones, los acueductos aún inexplorados.

La indiferencia republicana ha envilecido y relegado al olvido el arte arcaico, desdeñando la melancólica belleza de las incommovibles piedras de las moradas incaicas; sólo quedan vestigios de la apoteosis del poderío remoto, que se esfuma sombrío, cual los paisajes de Böecklin, de álamos funerarios, o en el de las aguas dormidas que presagian la sequía destructora.

Yo miraba inquisidora, desbordante de emoción, las viviendas labriegas en una calle en la que forman uniforme fachada, regularmente espaciadas; los enjambajes son de piedra, así como los umbrales y dinteles: interiormente se sujetan las puertas modernas, que se abren cual bocas sombrías, en la obscuridad ruinosa del conjunto.

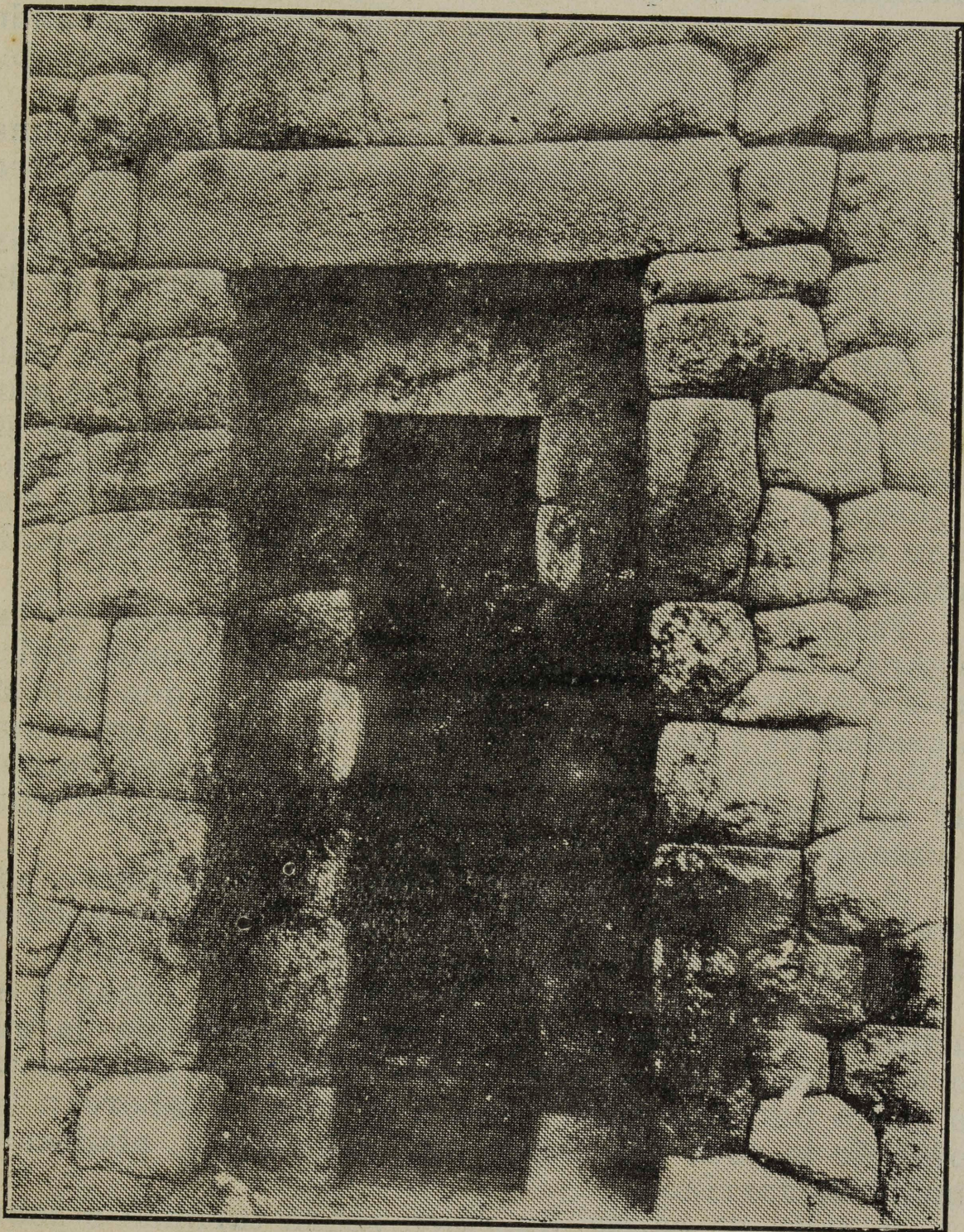
Más que de habitación humana, de guaridas tienen el aspecto y al no formar un barrio central de la ciudad, diríase que son las cuevas de los gitanos granadinos.

Allí dentro duermen, cocinan, venden chicha y hablan suavemente el lenguaje del Sol, de insólita ternura, de enamorada retórica, de gutural sonoridad.

Son las casas indianas, escasas de aire y de luz, cobertizos donde se vive la existencia temerosa de la opresión despótica que aún agobia al indio. De España sólo aprendió a olvidar al Sol, adorando a la Cruz de Jesús Crucificado, y de la República, a disparar un rifle, no agresivo sino el de la defensa.



La manufactura, la fábrica, recién se inicia y desenvuelve lentamente. La conquista española ha dejado en todas partes el sello glorioso y placentero de su arte; sobre la humilde morada del indio, se levanta



un hermoso edificio colonial, bañado de luz, que ofrece una visión halagadora.

En la pared de un corredor, alegremente coloreado, las “Ñustas” arcaicas se mantienen de pie en el



fresco rudimentario, pintado con la simplicidad ajena al tecnicismo del arte, por algún artista cuzqueño, inspirado en la tradición que se impone como un rito.

Las princesas ricamente alhajadas se cubren con brillantes *llicllas* que sujetan "*topos*" de complicada forma: aparecen con el huso en las manos, laborando la finísima lana que deberá transformarse en telas del más exquisito arte decorativo.

En la actitud laboriosa, evocan a la célebre Mama Ocllyo, Emperatriz fundadora del Imperio y maestra de las artes manuales.

Las princesitas, hijas del Sol tienen la unción de la piedad monjil, ajena a la noble altivez de la castellana.

Son las predecesoras de la suavidad, de la dulzura, de la mansedumbre de la india moderna, que aún no olvida la herencia de la esclavitud milenaria de su raza. Sin gemir soporta el peso con que la encadena la pobreza; resignada y hacendosa se esfuerza con amor en ayudar al marido, en la agobiadora tarea de ganarse el sustento.

Todo el lujo de su infortunio, que esconde en las sombras, es una mesa pequeña y bajita, prenda única que constituye todo su mobiliario, sobre la que deposita cacharros y *mates*: rara vez se verá allí algún cantarillo con flores, las que para la venta suelen combinar apiñándolas con la mayor variedad que permite la escasa floresta serrana.

A falta de sillas, las mujeres, para sentarse, extienden pellejos de carneros burdamente beneficiados, pues ignoran los refinamientos de la curtiembre.

Los hombres, más sobrios, se doblan y encogen en cuclillas; así descansan y pueden permanecer largas horas inmóviles, mientras que mastican el maíz tostado que a puñados se arrojan a la boca, o saborean las hojas de la coca que depositan en la encía, abultando uno de los carrillos.

A falta de catres duermen sobre tarimas o sobre el suelo, mitigando la aspereza con pieles de vicuñas, alpacas y paco-chas que constituyen un lujo, para el que puede procurárselas, pues en el mercado son solicitadas y compradas por estimable precio; de igual modo la diversidad de frazadas y de telas de lana de los ves-

tidos, denuncian el grado de la pobreza o de la opulencia de la habitación indiana: los menos indigentes las usan ricas en dibujos decorativos y los otros simplemente alistadas formando todas una gama de tonos violentos, de contrastes audaces, la armonía pintoresca, la jocosidad estridente del color.

Dos tinajas se recuestan en los ángulos de las paredes: una destinada al agua, que en cántaros cargan sobre los hombros las jovencitas, trayéndola desde la fuente pública, y la otra, a la elaboración de la "chicha", a cuya faena consagran largas horas de la noche, moliendo el maíz o la jora en batanes formados por dos bellas piedras generalmente extraídas de alguna ruina.

El ruido que produce la molienda, al triturar los granos, es pesado, sordo, uniforme como el de una aceña, prolongándose monótono y sin interrupción hasta altas horas de la noche. Repercute afuera a travez de la puerta cerrada y causa la inquietud de lo incierto, el pavor de lo que puede venir de ultratumba, la remembranza de la ciudad muerta, del Imperio decapitado.

Vela la mujer mientras que el hombre duerme, desperezándose lentamente apenas un rayo de luz diurna penetra por alguna rendija, anunciando que la aurora ha entonado de plata la ciudad del Sol.

Mientras que el batán muele incesante ¿qué piensa la moledora? ¿en qué se recrean sus ojos de mirada triste? Allí no se vé imagen sagrada alguna, ni virgen, ni santo, alumbrada por la lámpara del óleo bendito; ni humilde candil que denuncie su piedad.

Del catolicismo sólo le seduce la ofrenda, lo que recuerda el hechizo, la superchería de la leyenda remota.

Las prendas que guarda con sigilo, que forman el tesoro y son las joyas de las mujeres de fortuna, consisten, para la india, en yerbas y flores secas que conserva cuidadosamente en un lío atado en polícroma tela de lana vistosa.

Allí se encuentran la palma y el olivo que recibiera en la solemne misa del Domingo de Ramos y las hojas que desde la apartada montaña traen las curanderas como remedio para curar diversos males; pero

lo que constituye su placer y que no falta en el más pobre hogar indio son los cuyes.

Es el cuy animal destinado a operar prodigios según sea el color de su piel. Guarda con especial cuidado la *Ccoc-mirache*, planta que el indio considera prodigiosa porque favorece la procreación de los cuyes; el *Cangonillo* que cura los dolores de estómago; el *Huiñay-Huayna* (siempre joven) precioso talismán de juventud y de belleza que preserva contra la vejez; el *Mucchchu* sagrado que opera prodigios, después de haber sido depositado en las andas de las procesiones religiosas. Tampoco falta en el rústico recinto el conocido y vulgarizado, aún entre las altas clases sociales, culantrillo de pozo.

En el almacén cacero herbolario, abunda entre otras plantas agrestes: el *Raqui-raqui*, el *Acoy-kcapca*, el *Cchchi-chchiri* y el tabaco rústico que invade los montes aledaños.

Como una reminiscencia de los tiempos idólatras, el *cuy* está dedicado a ser sacrificado apenas se enferma alguno de la familia, siendo el llamado a diagnosticar el mal.

Una india anciana que vive en apartado campo y a la que todos conocen con el nombre de bruja, taja el animalito vivo, por el vientre, lo abre y cuando la carne está aún caliente y palpitante, lo pasa por el cuerpo del enfermo hasta que se detiene en la parte enferma. De esta manera descubren el origen del mal, el órgano que está enfermo y proceden al tratamiento herbolario.

No se puede negar que algunos sanan con este original sistema intuitivo, ni tampoco que otros mueren.

Cuando la madre pierde alguna de sus criaturas se debe suprimir el llanto, así como toda manifestación de dolor, porque suponen que es un ángel el que ha desaparecido y que debe haber subido al cielo; más aún, si no se manifiesta alegría se puede resentir el Señor y, ofendido, vengarse mandándolo al Limbo, con lo que perdería el Coro Celeste, al que lo hacía acreedor su inocencia.

Me figuro aquella madre que sintiendo el alma desgarrada bebe sus lágrimas y ahoga los sollozos.

Los amigos y el vecindario que la acompañan le ofrecen chicha en abundancia para disipar su pena y cuando el sufrimiento rebelde, contraviniendo el precepto de la costumbre, estalla en aguda crisis, le hacen recordar que puede comprometer la felicidad del niño, que ya goza al lado de Dios.

Llegada la noche el muertecito, vestido de blanco, adornado con flores blancas y rosadas, de papel, alumbrado de cirios, es objeto de entusiasta y macabro festejo.

Cualquier transeunte tiene derecho de asistir al "velorio", porque la puerta del recinto permanece abierta toda la noche.

Allí abundan las guitarras, con acompañamiento de quenás, los cántaros de chicha y el jarrito de aguardiente con que se ameniza el baile y el canto que se prolonga hasta que amanece un nuevo día, en el que el cadáver, dentro de un burdo cajón, es conducido sobre hombros inseguros y tambaleantes al cementerio.

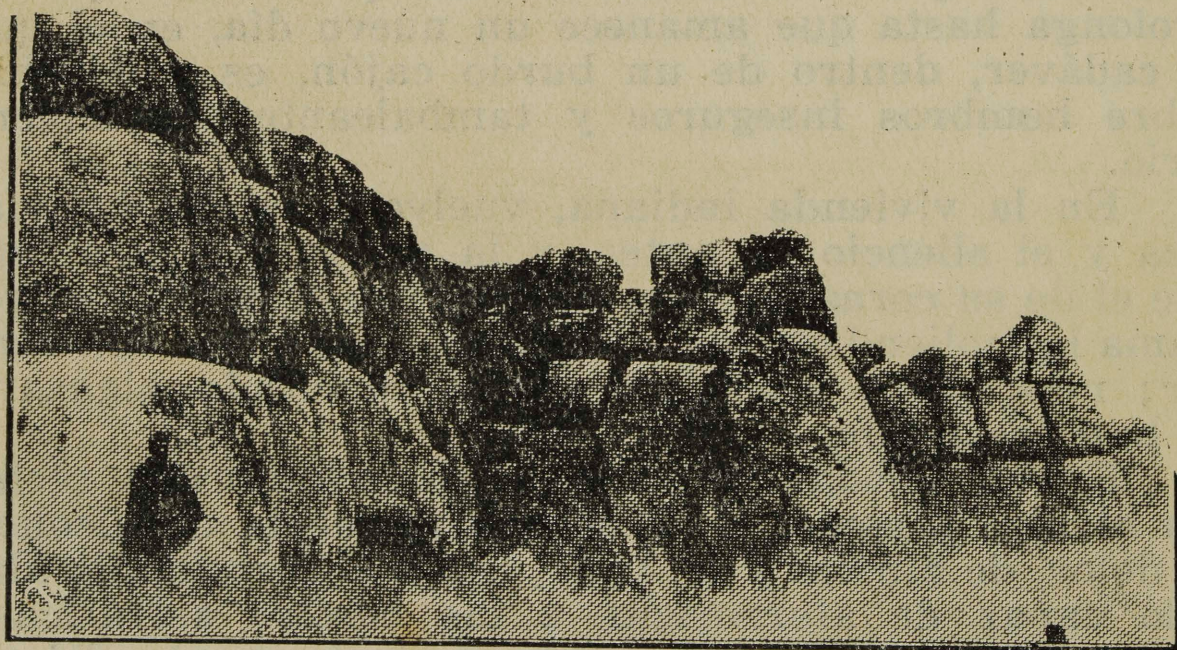
En la vivienda indiana, vuelve a reinar la tristeza y el silencio de antes, y la mujer sin otro luto que el de su corazón, mira indiferente el batán que reclama la molienda, y sus ojos buscan los cüyes con rencor; mas, éstos recelosos por la inucitada algazara se han escondido.

En su soledad el corazón apesadumbrado reclama al hijo y como no le encuentra, ebria de alcohol, de dolor, de música y de baile, lanza el formidable alarido capaz de aterrorizar a las bestias selváticas: "Huay!, huay!" Es el huracán de la tormenta del alma india que sale de la boca, cuando la desesperación le ha quitado la máscara indiferente que le da insensible apariencia.

"Huay! huay!" repite encerrada en la pobre morada, y el eco de este lamento formidable traspasa la piedra y llega hasta fuera, como si saliese de una caverna extraña perdonando el sufrimiento de los siglos opresores de su existencia.

EL RODADERO

Fué el lugar destinado para los festejos y paseos campestres de los Incas. Aún existe una bella explanada frente a la Fortaleza de Sacsahuamán donde se bailó y cantó y estremecieron las carnes núbiles de las juventudes incaicas en la embriaguez de la orgía que presidía el hijo del Sol.



Paraje agreste donde se vé un trono de piedra secular y asientos de piedra de original y diversas formas las que varían según las actitudes del cuerpo, ya sea de descanso, acostado, o sentado con las piernas recogidas o alargadas.

Los grandes bloques tienen vacíos que indican la actitud del cuerpo. Al lado del trono aparecen otros sitiales dispuestos en conjunto armónico denunciando el capricho placentero.

Se elevan unos y descienden otros como en los altares, hasta encontrarse esparcidos en el suelo. Se supone que el más hermoso fué un trono desde el cual

el Inca y su corte contemplaban la fiesta del “huaracu” que equivalía a la de los bacanales romanos.

El heredero del trono y los jóvenes Incas, de diez y ocho a veinte años, eran sometidos a extravagantes ejercicios físicos; debiendo soportar que los parientes ancianos les azotasen con hondas, mientras corrían por las Huacas sagradas que esconden los cerros del Cuzco.

Como si no bastase el desgaste ocasionado por las carreras, les escaseaban el alimento para demostrar hasta qué punto la raza de los hijos del Sol era fuerte y resistente.

Al deporte físico se agregaba el del amor, pues era precepto que les acompañasen doncellas de catorce a quince años.

Estas fiestas que presenciaba todo el pueblo, se prolongaban un mes, durante el cual sin apartarse del trayecto que debían recorrer, dormían con las jovencitas que les habían sido designadas como compañeras, y no era ciertamente en la exhibición de las planicies o de las pistas modernas, sino en las quebradizas colinas cuzqueñas, exuberantes de verdor que ondulan caprichosas y forman laberintos y escondrijos con la exhuberancia de una vegetación pródiga bajo un cielo benévolo.

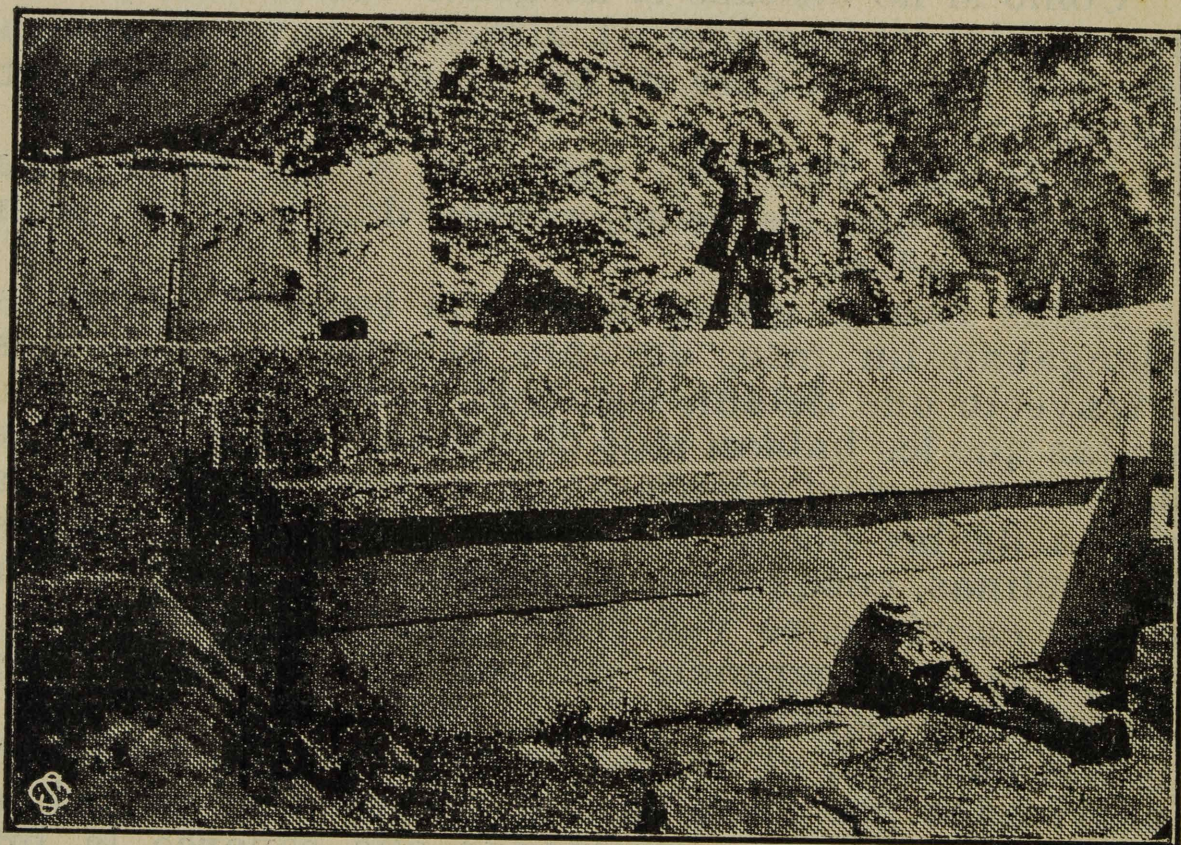
Los pastales, el musgo, la grama, eran los lechos improvisados por los amantes, perfumados por el incensario de las urces quemadas que esparce la brisa, donde podían amparar los rubores virginales. Aquí y allá, diseminadas grandes distancias, se encuentra labrada la roca de “El Rodadero” en forma de sillera, que sin duda utilizaron los que se alejaban del séquito imperial, prefiriendo el aislamiento que incita a la plática del amor, a los conjuros del deseo.

Indican los historiadores que se tomaba la precaución de llevar ropa que de continuo mudaban los corredores y que el último día tenía lugar la ceremonia, en la que el Inca colocaba los célebres aretes tan grandes que llegaban a deformar la oreja, lo que constituía un signo de nobleza.

El ganador de las carreras era premiado; el Soberano pronunciaba una alocución y coronaba de flores a los jóvenes arrodillados; un anciano les cam-

biaba las túnicas por otras más bellas y de fino tejido.

La ceremonia religiosa más importante que se celebraba en “El Rodadero” era la procesión que hacían al Coricancha de cuyos adoratorios sacaban en solemne cortejo y con fausto inusitado las efigies del Sol y de la Luna, para trasladarlas temporalmente a otras huacas.

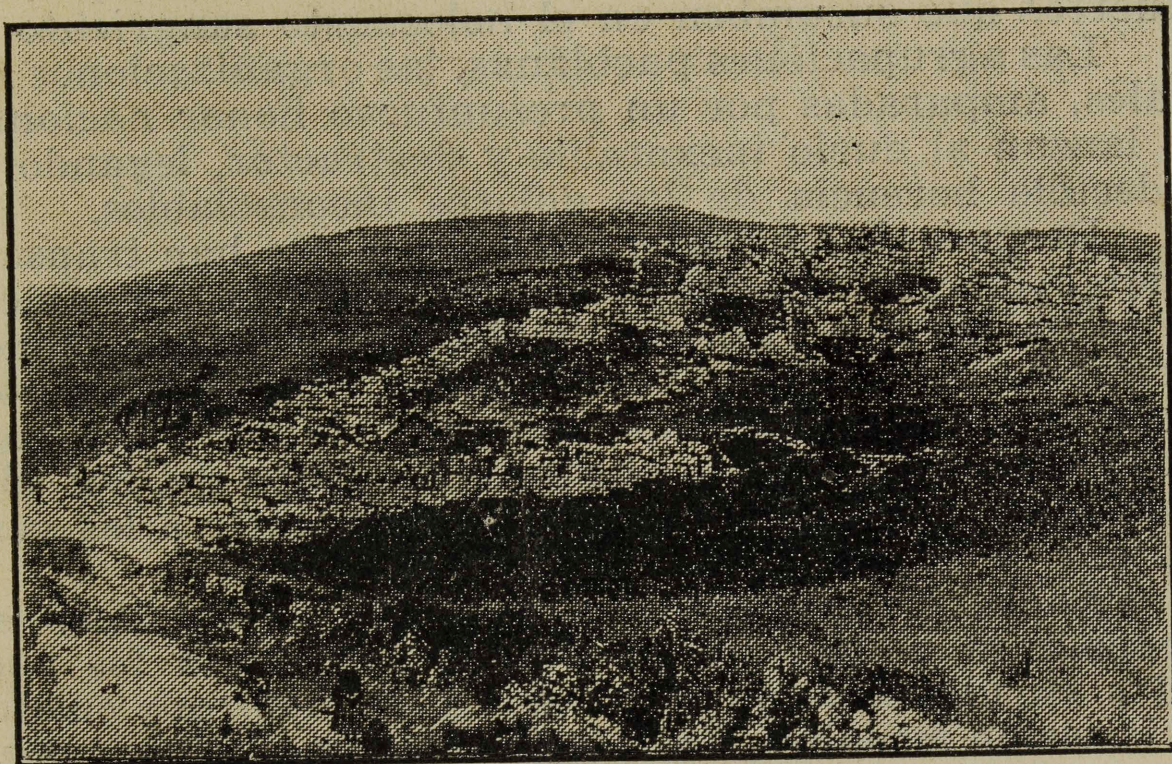


En “el Rodadero” se condensaba toda la vida emotiva del Cuzco: la imposición de los zarcillos a los orejones, que significaba una consagración nobiliaria, las visitas a los adoratorios o sea los peregrinajes veloces; el deporte, la fiesta de pubertad y por último la orgía final entre flores, “chicha”, bailes y música hasta que se agotaba el cuerpo y entorpecía la mente en el desborde del sensualismo, en el apoteosis de la materialidad de la existencia.

SACCSA = HUAMAN

✓ La fortaleza fabricada en el cerro que tiene este nombre, es un parapeto del Cuzco antiguo.

Hoy, doblegado al paso de piedras solitarias, solo representa la fábula vivida de luchas sangrientas.



Diríase el exponente de una filosofía que abarca lo perecedero; un testimonio de heroísmos fabricados en virtud del utilitarismo colectivo, con el material humano de los cadáveres que en Saccsa-huamán se amontonaron, durante la centenaria guerra que sostuvieron los hijos de Castilla, contra los hijos del Sol.

¡Monumento de las hidalgías ingenuas, de los alucinados por la gloria bélica!

¡Ruina simbólica, imaginada por la potencialidad guerrera; monumental caldera en la que se consumieron vidas lejanas!

Fragua donde se fundió el remoto dinamismo incaico, como sucedería hoy ante la guerra, hasta disolverse en una interrogación a lo desconocido, al misterio de la muerte, a la espiritualidad pensadora, a la Divinidad que la condena. La guerra como derivado de una psicología ambiciosa y áspera; de una ética subyugada por la fuerza indomable de la materialidad humana, decapita vidas amparada por una sociología que la viste con un aparente ropaje de justicia y de gloria.

No obstante, desnuda y trágica, a través de los siglos, puede ser ataque o defensa; ardid que juega volcando el equilibrio de las naciones; maldad en acción, justificación del robo, bandolerismo legislado; crímenes transformados en virtudes, redimidos por los muertos que sucumben en el holocausto sangriento.

Las agrupaciones pueblanas, las organizaciones sociales, amparadas por un presuntuoso honor nacional, se lanzan al duelo inexorable y destructor, legando la indecible herencia de los dolores inconsolables.

Después de los centenarios siglos que han transcurrido evolucionando las urbes hacia el bien, únicamente se ha logrado respetar la libertad de las naciones conforme lo permite la potencialidad bélica que las sostiene. Antes los triunfadores conquistaban y los vencidos eran esclavos; no obstante, los hijos del Sol sólo aspiraban a extender su reino y a convertir a los vencidos a la adoración al Sol.

Ahora los derechos del vencedor se traducen en imponer la esclavitud económica, a sumir a los vencidos en una miseria degradante. El doloroso cuadro de la visión macabra, no desaparece, como los cadáveres que oculta la tierra, y, al contrario, perdura originando apatías insalvables, destruyendo energías, engendrando languideces, envolviendo la vida en palideces que degeneran en el macerado mortuorio, así parece que sólo estuviese entonado melancólicamente por los atardeceres otoñales evocadores de un fatalismo insalvable.

La ética se transtorna y tiembla, la ortodoxia resulta cambiadiza; la filosofía fulminada, despavorida, se esconde en el abismo de un silencio temeroso, cuando el mundo ruge en la inmensa tempestad de su locura: guerra! guerra!

Los triunfadores necesitan una paz centenaria para reparar las catástrofes sufridas, para recuperar la riqueza económica volatilizada en pólvora; mas de los latidos de los corazones gimientes, de la herencia del dolor no se libentarán jamás.

Los vencidos, decrépitos de la miseria, apenas el letargo abrumador del infortunio les permite reaccionar, se levantan y alistan nuevamente; a tal punto se suceden las guerras en la vida de los pueblos, que bien puede considerarse la paz sólo como un descanso necesario para preparar una nueva guerra.

¡Fortalezas invencibles, ciudadelas orgullosas, murallas ponderadas, atalayas de amor y de dolor donde el almuhedano pregonaba la plegaria o espía el peligro, castillos almenados, parapetos atrevidos, trincheras defensoras de todas las civilizaciones de todos los siglos; escombros, ruinas arcaicas, bellezas vetustas que perduran en todos los continentes, sólo dicen con el internacionalismo de la objetividad, que desde lo remoto de los siglos hasta las efervescencias de hoy, la guerra fué la materia avasalladora contra las aspiraciones espirituales de los anhelos de bondad.

Los hijos del Imperio del Sol no fueron ajenos, como todos los pueblos, a este estado de luchas bélicas y al contrario se considera a los Incas como a sabios, magnos en la conquista; civilizadores del salvajismo de la América del Sur.

Después de la caída del Imperio megalítico de Tiahuanaco se levantaron como medio de defensa fortalezas y palacios en las cumbres y picachos de los Andes.

Eligieron lugares estratégicos amparados por linderos de abismos.

En la región bañada por el Vilcanota y el Apurímac, se encuentran los “pucaras” o ruinas guerreras de Muina, Rumiccolcca, Huaccra-pucara, Ollantaytampu, Tipón y algunas otras.

Sacsa-huamán, a inmediaciones de la ciudad del Sol, fué fortificado por murallas de piedra, tuvo habitaciones, caminos amplios para llegar a la cumbre, portadas, bancos, sitiales, tronos e “Intihuatanas” de piedra. Andenes cultivados, grandes alacenas, depósitos de vestuario y comestibles, de igual modo que de ar-

mas, y también pequeñas alacenas de piedra, sin duda consagradas a las divinidades. Fué un refugio de la vida agrícola de la ciudad y baluarte defensivo contra las tribus amenazantes.

Allí existen entradas que conducen a subterráneos inexplorados. Se cuenta que un curioso al penetrar en uno de ellos, no volvió a salir. De otro se dice que cuando el sacerdote celebraba la misa en el altar mayor del Templo de Santo Domingo, sintió que daban golpes bajo sus pies y que al abrirse el suelo apareció un hombre en estado agónico quien murió sin decir palabra alguna reveladora de lo que existe oculto en lo recóndito de Saccsa-huamán.

La tradición, con el vuelo de fantasías halagadoras, supone que allí subsisten escondidos los caudales mitológicos del Dios de los Incas.

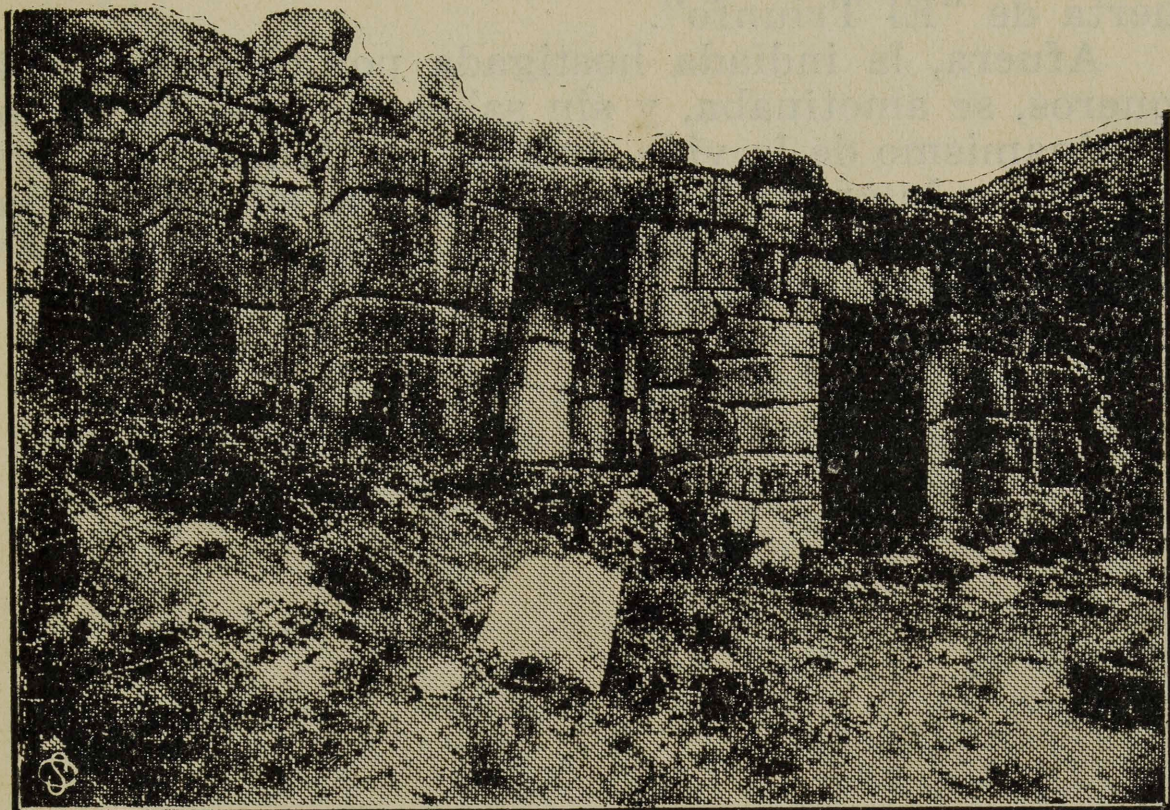
Ahora sólo se puede ver la boca ruinosa semiabierta de un viaducto negro y repulsivo, al lado de andenes pedregosos que en aquellos tiempos fueron como los jardines colgantes de Babilonia, cuando no cultivados y cubiertos con el verdor de maizales o cebadales ondulantes, declinando desde la altura en contorno de la fortificación, en una extensión tan grande que daba amparo a diez mil hombres. Desde la edad de piedra primitiva hasta la del Imperio de los Incas, Faraones de los Andes, y después bajo el dominio de los Reyes Católicos españoles, el acontecimiento más notable y que mejor recuerda la historia, sucedido en esta fortaleza fué el levantamiento del Inca Manco II, cuando sitió al Cuzco en Marzo de 1536, al punto que los españoles tuvieron que refugiarse en el Palacio de Sunturhuasi, hoy transformado en Iglesia del Triunfo, en conmemoración de la aparición de Nuestra Señora, a quien se debió el milagro de vencer a Manco Inca.

Desde allí se puede avisorar la erguida fortaleza, testimonio inefable de tantas bizarrias, de insuperables esfuerzos, de ansias remotas, de inconsolables infortunios.

Tal vez pueda el peregrino de las romerías arqueológicas, sentir una congoja inusitada, prorrumpir en un clamor extraño, ante el enigma guerrero de Saccsa-huamán, surcado por la sangre que corrió sobre esa

tierra inculta que la generación espontánea la cubre de tristes pajonales, de hierbas y parásitos mústios!

Al anochecer, la silueta formidable de la fortaleza envejecida, envuelta en sombras, se esconde entre los picos de los Andes aledaños.



El cielo sin estrellas tenía la pesadumbre que presagia tempestades; pueril congoja se apoderó de mi espíritu; si mi madre hubiera estado allí hubiese buscado sus manos para que abrigasen mi frente que estaba tan fría como el hielo de las alturas.

Sin tener el refugio del calor materno, me dirigí hacia el templo de El Triunfo y busqué la efigie milagrosa de Nuestra Señora y la duda que acecha lo fortuito, me hacía divagar al amparo de las vacilaciones crepusculares. ¿Fué acaso necesario que las multitudes pudiesen, que el degüello infernal llegase al maximalismo destructor, para entronizar el bien Supremo?

¿Fué necesario que se operase el milagro salvador para que la hecatombe llegase al fin?

¿Es sangre redentora, la sangre del dolor, la sangre de la muerte?

¿Habrà de renovarse el torrente cien veces ya vertido para que triunfe el bien de las aspiraciones de los pueblos hacia la justicia y la libertad?

“Buenas noches te dé Dios, señoray”, me dijo el sacristán, encorvado al peso de los años y de los centenarios dolores de su raza martirizada, al cerrar la puerta de “El Triunfo”.

Afuera, la indiada hostigada por cabecillas politiqueros, se amotinaba, y sin saber por qué, en virtud del dinamismo de la vida, gritaban: ¡Muera! ¡muera!

Saccca-huamán amedrentado, en su ancianidad gimiente, se había escondido al amparo de la noche obscura, impenetrable.

CORICANCHA.

He visto Templos ruinosos, pilastras seculares, que día a día se desgranán hasta convertirse en polvo; míseras mazorcas trituradas por la omnipotencia de los siglos, que sólo se elevan en polvo formando densas nubes turbadoras de la solemidad del recuerdo. Así en la muerta arquitectura resurge el alma de los tiempos pretéritos, con sus vetustas preocupaciones de efímera vitalidad y la contemplamos en su lejanía endeble y ruinosa empalidecida a la luz de las modernas inquietudes.

He visto evaporarse el perfume centenario de la gloria de los altares convertidos en escombros y la tristeza de las ciudades que se pretende desenterrar de los añosos sepulcros, sin que renueven los clamores ancestrales, ni las aspiraciones magnas.

He visto la sombría aridez del paisaje remoto, y formidables portadas tambalearse al peso destructor del abandono.

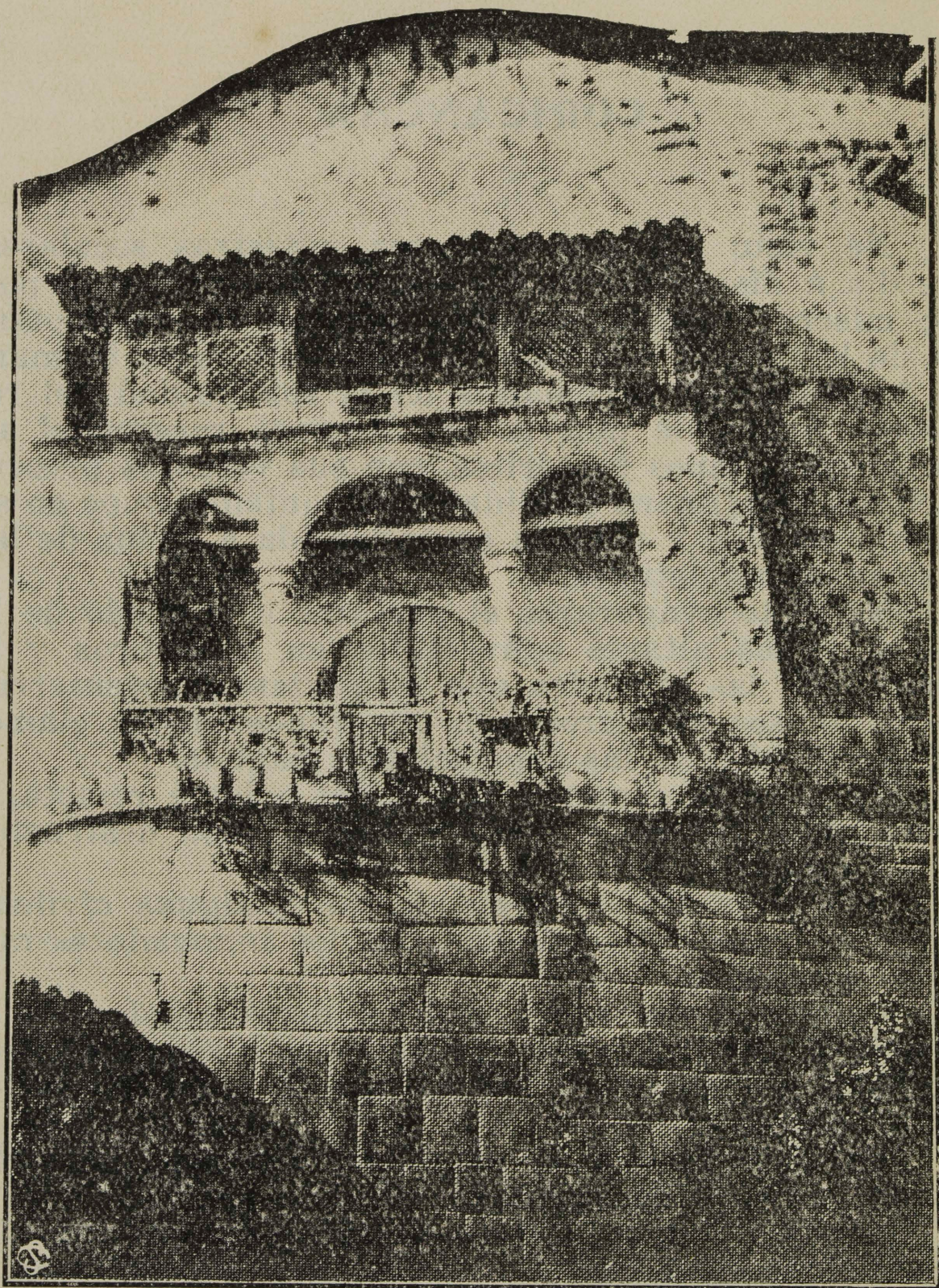
He visto los despojos de las antiguas civilizaciones guerreras desdeñadas ante los innovadores métodos modernos.

He visto tronos de piedras, derrumbados en el silencio de pavorosas soledades y Reinos seculares desquiciados, en virtud de las inevitables transformaciones orgánicas.

He visto ruinas de suntuosos Palacios convertidos en guaridas de reptiles.

He visto desplomado lo que fué suntuoso Imperio, y la melancolía de un crepúsculo gris ha turbado la exaltación anhelante de lo inusitado. Insaciable, avarieta de emociones desconocidas me dirigí al Templo del Sol, cuyo origen se remonta a la fábula de la historia.

Hace muchos siglos que el oro que cubría las paredes, los zócalos, los sitiales donde se veneraban las momias de los Incas; las grandes planchas don-



de debían descender los rayos del Sol levante y poniente, causando el recocijo de la idolatría, han desaparecido.

Del antiguo Templo del astro vivificante, sólo subsiste un muro exterior.

El Templo de la Luna se ha transformado en convento Dominicó. De los adoratorios dedicados a las estrellas, al Arco Iris, al Rayo, al Trueno ya nada queda revelador del antiguo Perú, de la abundancia del oro ni de la pompa insospechada.

Algún muro de piedra, algún nicho, es todo lo que recuerda la adoración al Sol en el Templo moderno.

La terraza destinada a exhibir las riquezas del Sol, las dádivas, las ofrendas, también han desaparecido.

Y fué aquella solana deslumbrante de oro y pedrerías un tesoro expuesto a las miradas públicas, un jardín artificial, tibio y luminoso que producía las múltiples flores del matiz, fecundadas por los reflejos solares.

En vano la emoción estética del paganismo me remontaba a los tiempos pretéritos, en vano la ingenuidad arcaica me transportaba hacia el sol, como a un Dios digno por la belleza del color y de la fuerza de sus ardores hacia la adoración incaica.

Me encontraba en el templo de Santo Domingo, fundación colonial que se debió al Padre Juan Olivos, por indicación de Juan Pizarro, a quien le tocó el Templo del Sol en el reparto que en 1535 hiciera el marqués Pizarro.

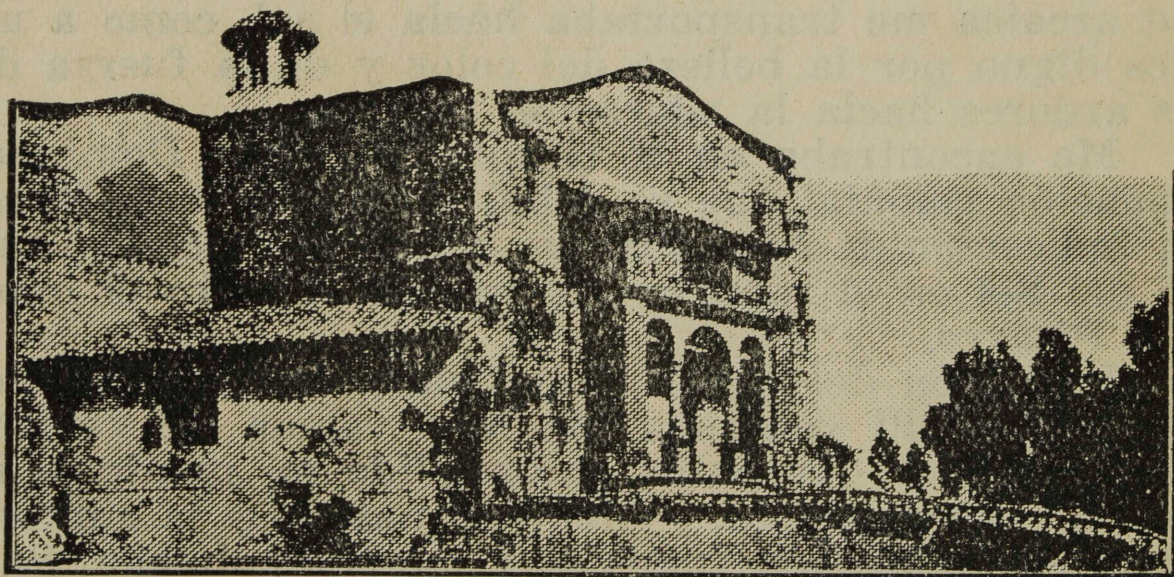
La visión del Señor Crucificado, la Santidad del catolicismo allí venerada me hizo volver del remoto viaje evocador que había emprendido mi mente, a la realidad del momento, y olvidé el pasado y la suntuosidad del malogrado Imperio, y me sentí limeña, San Pedrana, hija de la ciudad de los reyes católicos, que aún no ha perdido de inmenso beaterio el recogimiento, ni el perfume del incieso, que emana del corazón femenino al calor del alma apasionada.

Las rosas benditas se apiñaban en los vasos de bazar barato y miraba un blanco tul, que cubría el comulgatorio, semejante al que cubrió mi cabeza de colegiala, cuando en el internado claustral, como una postulanta del sacerdocio laico, me acerqué a la eucaristía y con el recogimiento del primer amor, sentí por vez primera que no sólo la materia es realidad, que también existe lo divino, que la divinidad llega al alma.

¡Oh ansias enloquecedoras de la humanidad! ¡oh dolores y tristezas inconsolables que nos llevan a inquirir lo etéreo, lo desconocido!

¡Quipus incaicos, ritos de los adoratorios solares, tinieblas del pasado! Libros santos de la Biblia, Kem-pis de amor, Sanscritos cabalísticos, Enigmas y Esfin-ges, sois páginas de la humanidad que siente, sois las ideas aglomeradas que se suceden y vuelan con alas interrogadoras! Está escrita la carrera veloz de los anhelos, de las vehemencias, de los martirios, de las torturas de la espiritualidad, de las aspiraciones ultra-terrestres.

Existe una ética inmutable y serena de todas las ciudades, de todos los pueblos, de todos los tiempos; está escrita en todos los idiomas y lejos de dar forma a la legendaria Torre de Babel, constituye la unidad de los siglos, la unidad de la voluntad síclica mundial.



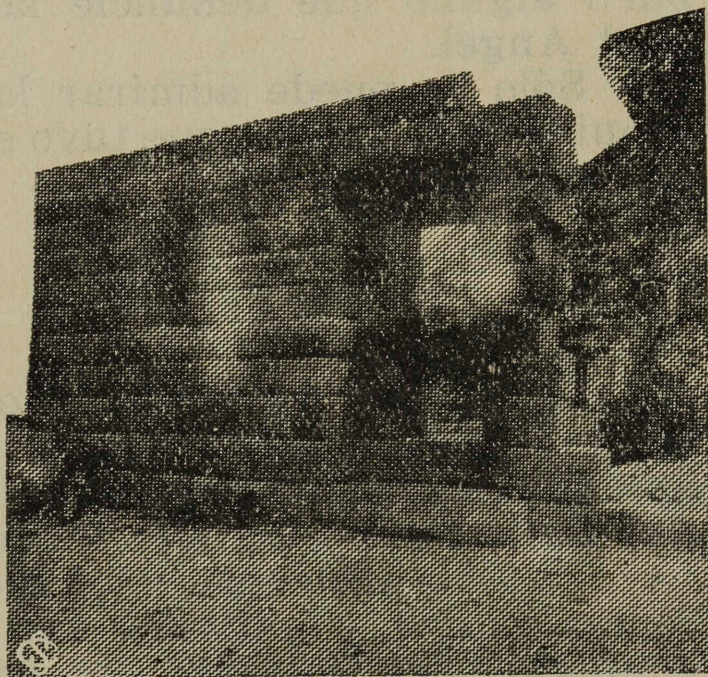
¿Quién desconoce la interrogación de la criatura hacia Dios? ¿Quién el gran aglomerado del pensamiento mundial? ¿Quién el pragmatismo Bergsoniano inquiriendo la prolongación eterna de la individualidad?

¿Quién ignora la angustia inútil de la existencia de Sócrates?

Dos fuerzas potentes sostienen la lucha de los siglos: la luz, que es la vida, y la fuerza, que es la materia, con el corolario de la inmortalidad que sondea el cielo, que se eleva y divaga ante el misterio de la muerte.

COLCAMPATA.

Cuando visité, en Roma, las villas de los antiguos Emperadores, pasando por avenidas abrigadas que protegían árboles placenteros o subiendo las terrazas superpuestas, tan vistosas y floridas como los cármenes andaluces; sentí una emoción silenciosa de esas que enmudecen los labios y levantan rumores en el alma, despertando la melancolía de los amores tristes, de las dichas perdidas, que se diluyen en la congoja del alma, huyendo siempre, más queridas cuanto más lejanas. Así, absorta, con la aberración de realizar un imposible, resucitaba la remota opulencia, la realeza antigua que asombra, el esplendor de los muertos que nos exalta.



Contemplando las ruinas romanas, que coloreaba amorosamente un crepúsculo tibio, pensé que siempre guardaría como visión amada el recuerdo de ese tramonto levantino que besaba el cuadro de lo que es sepulcro vivo, por el esmero con que se pretende conservarle eternamente.

La melancolía del paisaje evocaba las emociones pasadas que no volverán: así como no volverán ha resurgir las generaciones históricas que nos legaron

los estremecimientos violentos de la vibrante alma latina.

Con el recogimiento piadoso de un Fray Angélico, en un día que la boira se esparcía en el campo de la ciudad del Sol, evocadora de la antigua Roma, subí por el camino empinado de un montículo cuzqueño: “¡Colcampata!”

¡La ruina de belleza emotiva! La Sión del paganismo incaico donde se levantó la mansión que era Templo y el Templo que era mansión del hijo de la Divinidad; Real alcázar del Gran Inca Manco Ccápac, fundador del Imperio.

De pronto, la primera impresión no es halagadora; la aspereza de la ruina, muestra descarnado el esqueleto de los grandes bloques de piedra, sin relieves ni dibujos, ni trazas que por ellos haya pasado buril alguno que denuncie la inspiración de un Miguel Angel.

Sólo se puede admirar la sed de inmensidad del arquitecto cuzqueño, que tuvo el inconmensurable aliento faraónico.

*

* *

El azul del profundo cielo que se ahonda, atrae la mirada hacia lo alto y por lo bajo la ciudad incaica se aplanan ajena a la locomoción moderna, con la solemnidad de lo eterno, ante la invocación del sagrado mito.

Tupida arboleda, más inclemente que los siglos, forma monte y extiende sus raíces carcomiendo los cimientos del Palacio; son árboles destinados por el utilitarismo mercantil a convertirse en leña. ¡Ay dolor! ¡Cuanta indiferencia!, ¡cuánto desdén! Abruma el abandono de tanta belleza, cuanta en el apartado Cuzco se esconde!

Las ruinas del Palacio de Manco-Ccápac, como la escondida Apadana de Darío, hablan el lenguaje centenario de su historia; diríase heraldos portentosos de la grandeza del magnífico Inca rebelde, invencible!

Una muralla de piedra formando bloques, circunda el cerro, a manera de gigantesco Coliseo: la

piedra pulida y ajustada, sin dejar intersticio alguno, constituye un muro de sobriedad emocionante, que a ser alto recordaría la desnudez trágica penitenciaría. Este muro esconde una parte de la morada Imperial, circundando el montículo, con la solidez perdurable del Coliseo de la dulce Verona, cuya luna bañó los idilios de los amores adolescentes que cantó el bardo inglés de las sublimes tragedias.

En Colcampata, como en Verona, reina un ambiente cálido de poesía, sutil y apasionada, mezcla de romanticismo y de luchas sangrientas; mas, por la casa de Manco Ccápac, no pasaron gladiadores sedientos de sangre, ni fieras destinadas a despedazar la musculatura del luchador; allí estuvo la guardia imperial de heráldica apostura: los nobles incas luciendo la gaya indumentaria oriental y los plebeyos descalzos; por allí pasaron las literas empenachadas, con los plumajes extravagantes traídos desde lejanos montes; los soldados imperiales custodios de la real morada y la servidumbre esclava.

*

* *

El primer andén del montículo queda protegido por un zócalo de piedra que lo oprime sólidamente evitando derrumbes; incrustados, aparecen los nichos o garitas de escasa profundidad, imitando puertas, las que se repiten en todas las construcciones incaicas, por lo que se puede suponer que sirvieron de motivo decorativo al mismo tiempo que utilitario, pues tienen la regularidad simétrica de un dibujo que ornamenta la base de Colcampata.

A este andén sigue otro más elevado; así continúan superpuestos; conservando apenas la trasa de la armonía arquitectónica de lo que tal vez fué atalaya de amor o planicie perfectamente cortada y aplana en la que el propietario ha formado un monte cultivado.

En uno de los andenes que por su amplitud parece espaciosa terraza, subsiste aún un pórtico de piedra pulida con el amor de los siglos. Allí yacen

algunos bloques desquisiados, único resto de las habitaciones del Inca.

Al lado de la portada erguida y de los magníficos bloques que incitan a la añoranza, aparecen las habitaciones modernas de pobre construcción, interrumpiendo la placidez del ambiente romántico, que aman las almas solitarias. Allí, en la paz de la colina, en el verdor de la fronda, ante la placidez del panorama; interrogué a las almas vegetales, si habitando la somnolienta colina de Colcampata no desaparecen los delirios pasionales, los anhelos atormentados del espíritu moderno, en la solemnidad apacible de la ruina?

*

* *

En los andenes todos simétricos y ordenados se ven, aquí y allá, paredes de piedra que permanecen levantados como un vestigio de la amplitud y soberbia solidez del trabajo incaico.

El agua serpentea, sube o baja, empapando la colina, revelando un ingenioso sistema de irrigación a base de enormes estanques, que lo mismo que antes, se utilizan hoy.

Una terraza más amplia que las otras se encuentra enteramente cubierta de un tupido cespéd: brinda al reposo cual sumiso tapiz smirniano; allí se respira el aire libremente; se goza del ambiente con más amplitud que en las otras; desde allí se avisa el cielo inmenso y las crestas de las colinas cercanas.

Este lugar donde sólo se apercibe un paisaje de alturas, debió ser el preferido por Mama Occllyo, dulce encarnación de la matrona amante, que amparaba a los niños; maestra de las delicadeces de la aguja y de los primores de los finos cendales.

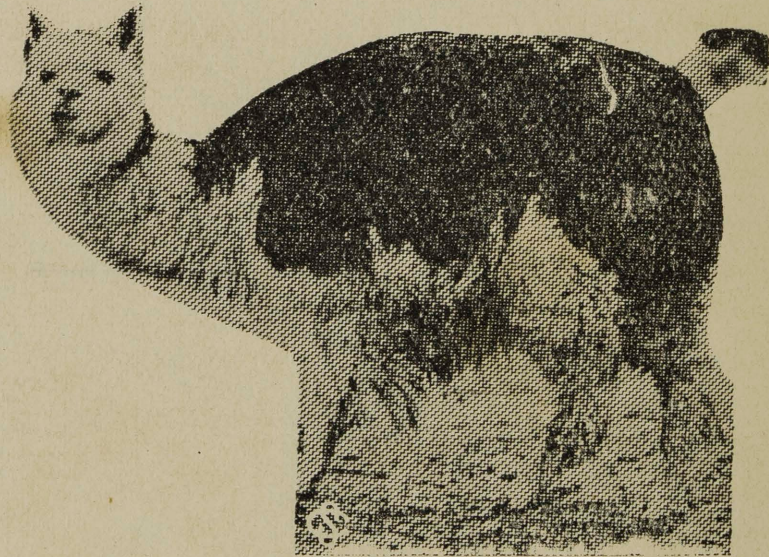
¿Fué este paraje halagador el preferido por la benigna soberana? De su alma de mujer ningún vestigio ha quedado, ninguna huella, ninguna reliquia, ante la cual la cuzqueña moderna pueda invocar a la madre del Imperio; como su obra de amor fué impalpable, derribóse frágil, delicada, al choque rudo de los años, que sólo resiste la piedra que se mantiene perdurable en la vida ancestral.

Anocheecía cuando me alejé de la ruina soberana de Colcampata, centinela monstruo de nuestra nobleza sepulta con el sudario de la incommovible piedra. Me alejé supersticiosa ahuyentada por las sombras, de ese centinela que es una ruina, de esa ruina que si hablase nos diría: “Los peruanos del Imperio del Sol se descalzaban antes de pasar mis umbrales; los de hoy, descubrid vuestras cabezas y hablad quedo, no despertéis al fundador del Imperio; el alma histórica del Perú duerme aquí!”

EN RUTA HACIA URUBAMBA.

Amaneció aquel día propicio para la marcha: las nubes no presagiaban el riego frecuente veraniego que aman los pastales; no obstante como suelen presentarse intempestivamente terribles y amenazadoras, fué preciso aprovechar la bondad del tiempo, darse prisa y avanzar rápidamente por el camino que conduce hacia Urubamba.

Al pasar por la quebrada de Ayagwayccio, rancherío en el que se cobra el impuesto al mojonazgo, admiro una hermosa y antigua portada, que me transporta con el re-



cuerdo hacia los vetustos arcos triunfales de Roma, mas la evocación se disipa rápida, pues el bullicio de los operarios del ferrocarril destinado a la provincia de la Convención, denuncia elocuentemente la actividad y movimiento del progreso moderno.

Apartándose de este lugar principia la dificultad del viejo camino, que existe cortando cerros desde los tiempos legendarios de los Incas; no obstante de haber sido destinado únicamente a los peatones es amplio y forma elevada escalera de piedra; los peldaños pulidos por el tiempo y por lo tanto resbaladizos, son difíciles para el caballo que sube con la inestabilidad de sus pisadas y el jinete más aún con las sacudidas y vacilaciones del animal.

Las graderías en parte destruídas, por los pedrones desquiciados por el continuo uso, no tardan en aparecer penosas en la ascensión forzosa del caminante. Los operarios incaicos las han incrustrado en los cerros rasgando las cortezas terrestres.

Mi pobre caballo sufre, acaba de salir de un pesebre donde su propietaria le hacía cuidar con todas las regalonerías imaginables; sin embargo, debe elevar las patas delanteras como en los circos cuando el equitador le obliga a pararse sobre las traceras. Jamás supe que las lecciones que recibí en mi niñez, en la "Haute Ecole", de M. Pelier, con el fin de lucirme como correcta amazona, en el *Bois de Boulogne*, deberían más tarde servirme con utilidad indispensable.

Donde los estragos del tiempo han derrumbado una piedra, abierto un bache o sangrado la tierra, el agua se deposita y forma charcos que son eternos.



Miles de hombres han pasado por allí y pasan de continuo sin que hasta ahora ninguno haya pensado restaurar el camino.

La Hacienda "Ccomer Cruz" (Cruz vende) tiene una pobrísima casa: mi curiosidad indagadora, descubre por la rendija de una puerta mal cercada, que bien podría ser la de un

granero, un oratorio.

El oro de las maderas talladas reluce en la semi-obscuridad de la habitación.

El oro, que el Perú prodigara en otro tiempo, se encuentra como vestigio de una opulencia muerta, en todas partes, hasta en la apartada puna de "Ccomer Cruz"!

Si hubiese podido abrir la humilde puertecita, no dudo que me habría sorprendido un tesoro secreto legado al olvido en el escondido altar; alguna obra pictórica del arte colonial, testimonio imperecedero de la unión mística de los maestros primitivos, cuyos cuadros son numerosos en las Iglesias cuzqueñas.

Un declive corto de la cuesta, permite que la cabalgadura vaya más a prisa; así no tardo en llegar a otra hacienda, como la anterior de pastos naturales.

Un riachuelito, gracioso y juguetón, con cause propio, corre por allí; como manantial va inflándose y adquiriendo fuerza y avanza destinado a transformarse en poderosa corriente.

El paisaje del camino no varía de aspecto y al contrario se repite igual: un cerro enorme, inconmensurable, que se multiplica con sinuosidades que lo cimbran, se extiende formando planicies, para luego ahondarse en lo profundo de las quebradas; más todo esto puede decirse que equivale a un espejismo, lo real es que faldeando los cerros o trasmontándolos siempre continúa la ascensión.

Cuando creemos haber alcanzado una cima, se presenta un pequeño declive, un recodo, una encrucijada de la naturaleza y después del llano recorrido, se principia de nuevo a subir otra escalera incaica, como la que se dejó atrás, y así el engaño se prolonga interminable y las millas resultan tan pequeñas que es preciso contar las distancias por leguas.

En vano los lugareños quieren acortarlas, son largas y penosas cuando la jornada es obligada como la que yo hacía: "El trayecto que se debe recorrer, es de ocho leguas", dirá un cuzqueño; "de nueve" dirá otro, de diez, seguramente el caminante.

Es indispensable llegar a Urubamba antes que anochezca: de lo contrario habría que pasar la noche en una choza miserable. Con todo, Poroy, donde parte un camino que conduce hacia Anta, equivale a una hostelería; aunque sólo habitada por indios tiene algunas casitas tejadas que la protegen contra la lluvia.

Los indígenas que viajan a pie, con mayor comodidad que los jinetes, saben que allí encuentran comida preparada a hora señalada.

En una quebrada graciosa como una sonrisa que se escapara de la boca de una grieta, las indias han preparado la comida al aire libre: se ven las pequeñas fogatas encendidas, la olla de barro humeante, los *mates* en los que rebosa el *chupe*, comida apetecida por los sobrios viajeros indianos.

Graciosas figuras las que presentan estos grupos silenciosos, cuyas fisonomías serenas y el recogimiento de las actitudes que adoptan al sentarse en el suelo inspiró al laureado pintor nacional Lazo su bellísimo cuadro "La Pascana".

Las mujeres usan faldellines de tal ampulosidad que los envidiarían las meninas de Velásquez y grandes sombreros redondos como quitasoles, debajo de los cuales caen las negras trenzas, contrastando por sombrías, con el alegre colorido de la indumentaria serrana.

Cachi Mayu (Río de Sal), impresiona tristemente; las chozas parece que hubiesen sido construídas sobre un lodazal; como la víspera ha llovido, los charcos aún se mantienen jugosos.

A la vera del camino, los indígenas ordeñan una vaca cuya leche, es más exquisita que las cremas confeccionadas en los mejores hoteles.

Un sol de verano, refrigerado por la lluvia de la altura, parece próximo a esconderse detrás de negras nubes; sus últimos destellos iluminan la miseria silenciosa de Cachimayu.

Deseo conocer el interior de esos hogares en los que nace y crece la numerosa indiada que constituye el alma fuerte de la nación; los que pastan el rebaño en los pajonales, los que a pie recorren los confines de los montes; los que en la guerra son soldados y en la paz, labriegos.

Cada morada tiene una sola habitación de techo muy bajo y la puerta tan pequeña que para entrar es necesario doblegar el cuerpo. Duerme el indio sobre tupidas pieles de cordero; al extremo opuesto de éstas, arde el hogar y al lado, la india, en cuclillas, tritura entre dos piedras el maíz o la jora que ha de fermentar para convertirse en clara y sabrosa *chicha*, con que se regalan esos pobrísimos indios que poco conocen

de la felicidad que se disfruta en las grandes ciudades y que ni siquiera aspiran a ella.

Las aves de corral y los cuyes circulan por allí como en casa propia.

El perrito pastor, flaco, lanudo y desgredado, ladra insistente al hombre de la civilización que se acerca a esa pobreza resignada, de belleza apacible en la grandiosidad del paisaje.

Pienso en los niños que allí nacen ajenos a la piedad e higiene de la cultura social, sin otra protección ni sostén que la bondad agreste climatológica; más parece que estuviesen destinados no a la vida sino a la muerte.

Al llegar a Sima Cucho (Rincón alto) los caballos que estaban sedientos, bebieron el agua fresca y cristalina del riachuelo que corre libre y bullicioso; mientras saciaban su sed, por última vez ví los postes de la electricidad que desde las purísimas lagunas de Chincheros, provee de luz y de agua a la ciudad imperial.

Debo continuar la empinada cuesta por una escalera incaica, de enormes peldaños de piedra gastada, desquiciada, desigual y fangosa.

Algunos escalones han desaparecido dando lugar a que se formen atolladeros enojosos.

Esa construcción síclica jamás ha conocido la benéfica y saludable labor de la conservación, ni mucho menos se ha pensado en repararla.

Por allí han pasado varias generaciones y seguirán pasando sin que la ruina ancestral haya sido modificada; así fatalmente está destinada a convertirse en vestigio de lo que en otro tiempo fuera antigua grandeza peruana.

Al fin, después de haber creído alcanzar la más alta cumbre, engañada varias veces por la fantasía caprichosa de las sinuosidades de los cerros, no me cabe duda que he dominado la altura, mis ojos avarientos, pretenden vanamente, abarcar el panorama de inmensidad salvaje, inconmensurable.

Me encuentro en la parte más elevada de la gran subida que se inicia desde la salida del Cuzco, después de haber descendido no pocas veces para continuar otra vez hacia lo alto.

Aquello es un estupendo cuadro que hasta ahora ningún pincel ha perpetuado: donde se extienda la mirada se abarcan las mesetas cubiertas de tupida grama verde, fresca, lozana, de tonalidad insinuante, las que se suceden en continuidad sin fin sugiriendo inagotables esperanzas que incitan con promesas alucinadoras.

Allí, alejada de las ciudades y del ruido del mundo, en la solitaria cumbre andina, me siento abismada entre dos océanos de color: el azul del inmenso cielo y el ondulante esmeraldino de los cimeros que se abrazan con indestructible amor.

Diríase un edén gigantesco, inusitado, donde habitaron cíclopes desconocidos.

Conforme continúa la marcha el panorama se transforma suavemente, en los espejos de las aguas dormidas de un lago donde se mira el firmamento.

Ya no se ven las faldas de los cerros formidables, las ásperas laderas y las quiebras fabulosas; todo incita a la mansedumbre, a la paz del corazón, a una felicidad agena a las torturas de los convencionalismos sociales, que sugieren anhelos inclementes.

“Este lugar es apropiado para almorzar”, me dice el guía.

A la orilla de una laguna, perfectamente redonda, trazada a compás, el caminante se detiene, como en un oasis la caravana sedienta.

Descansé una hora sobre el muzgo tierno; allí comprendí por qué el ermitaño se alejaba de las ciudades para orar buscando la proximidad de Dios, y cómo la naturaleza es madre generosa que prodiga su amor.

A poco de continuar la marcha me encuentro en Huaypo Grande, un inmenso fundo lanar que se extiende en las alturas.

En la gran pampa que forma la cima pastan las ovejas humildes, cual ofrendas de holocaustos rituales, en perpetua mansedumbre; por allí anda algún Patriarca indiano que no espera en la tierra prometida, sometido por el vasallaje centenario que les impuso la conquista.

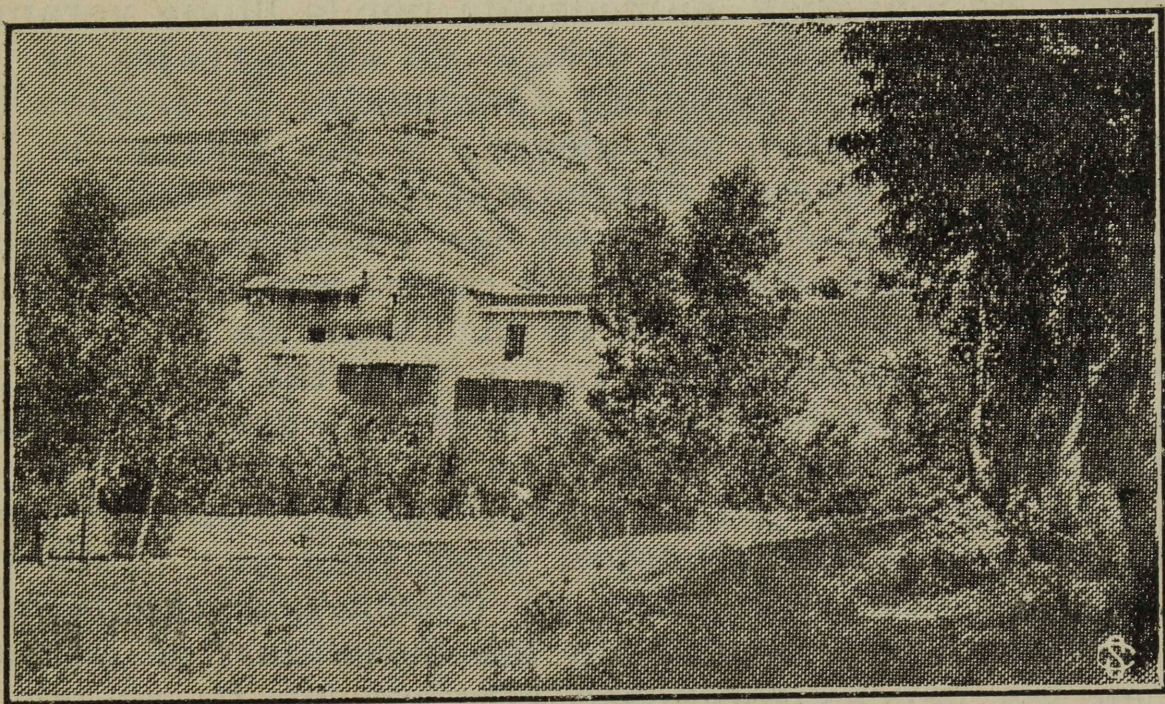
Algunas viviendas y galpones se ven a lo lejos en las mesetas cercanas.

La pastora ha encendido un hogar, un niño descansa a su lado y un perro olfatea la merienda deseada.

A lo lejos, otra laguna de severa placidez, recuerda el mito incaico, de revelaciones divinas, de lucubraciones éticas, de fantasías románticas, de ambiciones espirituales, como las del pueblo de Israel; si allí no escuchó Moisés la revelación del decálogo, en cambio la maravilla andina no pasó inadvertida a la sensibilidad artística de los hijos del Sol, inspirándoles el mito de la aparición del Dios Viracocha.

¡URUBAMBA!

El paisaje se renueva conforme se acerca el fin de la jornada: las chositas que antes divisara en lontananza miniadas por la distancia, principié a verlas



próximas, consolando la soledad del inmenso camino; humildemente halagan al viajero anunciando la cercanía de la población. Un rebaño de ovejas seguido por pastores, sube un pequeño cerro para luego perderse en lo hondo del recuesto, diríase un cuadro de silencio en el que sólo habla la poderosa luz poniente, incitando a la devoción que inspirara a los pintores primitivos. No tardé en llegar a “Cchekere” (que podría traducirse: lugar que se extiende), así llamado porque de allí se abren tres caminos: el que sigo, con rumbo hacia Urubamba; otro, por el cual se llega a la salinera de Maras, y el que conduce a Tiyabamba, cacerío inmediato en el que se destaca, por blanca, una diminuta capi-

lla que eleva la campana aldeana en devota torrecilla, levantada por la piedad y el fervor católico.

La idea de arribar a Urubamba después de un día de continuo caminar, me obseciona como el anhelo vehemente del peregrino que apercibe el altar de la meta, sin alcanzar a besarle.

Antes de llegar a la quebrada de Urubamba, cuya leyenda de paisaje maravilloso me fascina, aun debo recorrer una trocha peligrosa llamada *jaboncillo*, palabra quechua españolizada, que significa *pampa de jabón*.

En verdad, la pampa no existe; la tierra en este lugar es arcillosa y blanca, parece apropiada para la fábrica de mayólica, humedecida por la lluvia veraniega resulta inconsistente debajo de los herrajes de las cabalgaduras que resbalan fácilmente. El tráfico lugareño me distrae, me alegra: a las piaras de las aristocráticas llamas, desdeñosas de la minúscula carga que les imponen, siguen los robustos asnos, que conducen resignados, enormes cestos con frutas y granos destinados a la venta en las ferias de la comarca. Las indias que los guían van a pie y tan cargadas como ellos, llevando sobre los hombros grandes bultos, cuando no a sus criaturas.

La floración parece pulular precipitada: el muytus, en hermosos arbustos, deja caer sus ramilletes amarillos, con elegancia; en desmayada inclinación, los cactus, enamorados de las serranías, se inician, y en las pencas espinosas retoñan las flores encartujadas, amarillas y rojas, como las marimónas de seda aprisionada, con que adornaban sus tentillos las Meninas de Castilla.

Cuando se ha terminado de dar la vuelta a la cuesta de *jaboncillo*, desde la altura se atalaya el panorama milenario que provoca a la admiración, revelando una belleza digna de la profecía. ¡Urubamba incomparable, que no tiene heraldos ni Pitonisas, porque los sueños proféticos no pudieron imaginarla! ¡Sión que pregona el dogma de lo imperecedero!

¡Jerusalén sin Templo, solitaria y desconocida; sólo el que contemple tu beldad puede venerarte! ¡Urubamba! paraíso de peregrina belleza, refugio que eli-

gió el General Ollantay, para llorar el infortunio de los amores que le impusieron la tragedia sangrienta de la guerra civil. Parece un decorado teatral que tuviese por escenario la grandeza cíclica de la naturaleza. Como cortina de blanco tul que se descolgase desde el cielo ondulante, en reventazón de olas, se ven alineadas las cimas de los Andes, disputándose la albura de la nieve que los empenacha, el azul del firmamento de intensidad apasionada.

Debajo de este limbo espumoso, sin dejar espacio a la declinación del color, ni a la languidez de las medias tintas, la tierra baldía se muestra negra en tétrica desnudez; a la vera de este manto mortuorio se extiende la quebrada francamente abierta, con el suelo amorosamente cultivado: diríase una lámina de orfebre prodigioso cubierta de esmeraldas.

Las hojas agudas de los maizales, las ramas de los manzanos y duraznos floridos, se estremecen de congoja al ímpetu con que corre el Vilcanota, rugiente y formidable, amenazante como una catarata próxima a desbordarse, con su torrente indomable, que corta y separa el valle de lozano verdor.

El pueblo de Urubamba, donde sólo debió existir un campamento durante el Imperio del Sol, destinado a guarecer los ejércitos del Inca o los del General Ollantay; posteriormente, en los tiempos coloniales, sin duda tuvo mayor importancia que en nuestros días, por su excelencia climatológica que no admite competencia.

Allí no existe Hotel ni posada alguna; en cambio, el vecindario ofrece galana hospitalidad. La amplia plaza principal realza a la pobre Iglesia, de noble aspecto, por sus dimensiones y limosnera por su devastación. Un árbol majestuoso de fronda tupida, asombra por sus gigantescas proporciones. Ha crecido en el atrio, libremente, sin refinamiento ni pulcritudes de horticultura; nudoso, retorcido, extiende sus brazos múltiples en actitud de pugilato y da sombra en el verano a la indiada que espera a la puerta del Templo.

La casa curial de antes sólo conserva de su antigua grandeza el escudo episcopal; hoy sirve de plantel de enseñanza. El señor Cura, de cuyas bondades

conservo grato recuerdo, aunque no ha corrido desde entonces largo tiempo, ya ha muerto; y no podía ser de otro modo, porque a continuar viviendo habría realizado el prodigio de la vida eterna; a tal extremo le conocí anciano: Tocando el árbol del atrio me decía: “No sé cual tiene más años, si éste o yo”.

La indiada lo veía con cariño y veneración, asombrada de su sobrenatural existencia, como si fuese la imagen de algún santo escapado de un altar. Desde joven habitó en Urubamba y cuatro generaciones recibieron de su apostolado los sacramentos religiosos y consoladoras bendiciones: los pequeños le señalaban llamándolo “Taita Cura”.

Se puede decir que llegó a la ancianidad sin conocer el mundo; su aspecto era severo porque sabía que su magisterio era solemne y requería ser respetado; pero nadie ignoraba que era muy bueno el Señor Cura, que perdonaba en el confesonario y daba la sagrada hostia con piedad conmovedora. Su casita, pobre y sencilla como su alma, estaba embellecida por la naturaleza y agraciada con un jardín pequeñito, lleno de fucsias rojas y blancas que trepaban por el marco de la puerta parroquial para descolgarse desde lo alto formando una original decoración. Los árboles de un huerto, como el jardín también pequeño, asomaban benevolamente por detrás de los techos de las habitaciones, cargados de duraznos, cuyo peso doblegaba las ramas. Un olor suave a fruta fresca llegaba hasta nosotros mientras charlábamos sentados cerca de una burda mesa misionera. El Señor Cura, tenía predilección por las fucsias rojas, esas que parecen envueltas en una capa cardelanisia, y que se abren a trechos para dejar ver el corazón relleno de pétalos blancos; mas él no las cultivaba, crecían solas, trepaban la pared y se enredaban formando guirnaldas naturales. “Crecen como quieren”, me dijo tristemente, y luego con gran desaliento agregó: “Yo nada puedo hacer, ya estoy muy viejo”. Silenció un instante y su semblante tornóse caviloso, denunciando que oculto dolor le atormentaba, por lo que le inquirí afable, para que me revelase su secreto. Como el que hace confidencias a un viejo camarada con sigilo me dijo: “Nunca creía que se

permitiese a los protestantes venir a mi curato. Aquí cerca tienen una hacienda con las misiones protestantes y son poderosos porque tienen dinero, yo nada tengo. Conquistán a los indios y los engañan”.

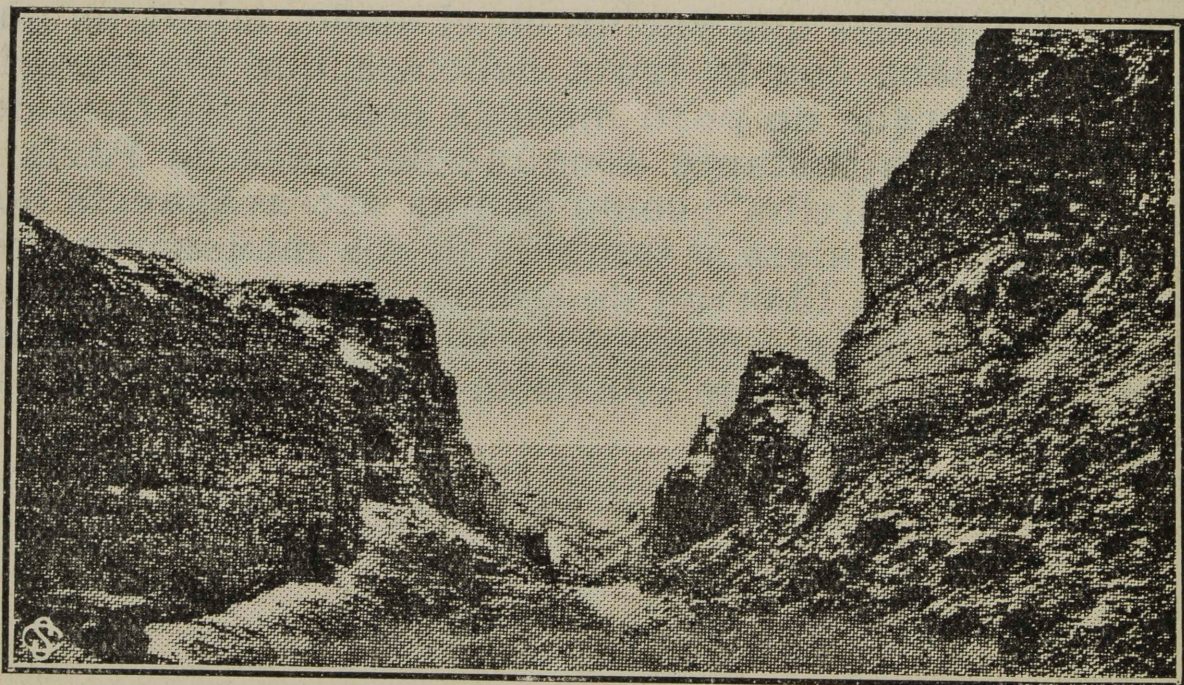
Luego inclinó la cabeza y después de breve pausa continuó: “Yo no puede hacer nada..... no puedo hacer nada.....” La humillación de su fé vencida por el dinero, fué el dolor de sus últimos días expiatorios, que sin duda le abrieron la Gloria, donde al morir su alma voló!

Encima de la mesa los duraznos amarillos, fragantes, formaban pirámide y se insinuaban apetitosos, mientras que en la puerta dos fucsias con el corazón blanco se desprendieron de la planta.

El cura meditabundo permaneció inmóvil con la cabeza inclinada sobre el pecho, contemplando las florecitas marchitas que yacían en el suelo, mientras que yo me regalaba con la fruta deliciosa que me pareció exquisita, porque de puro madura acababa de caer del árbol y por un instante abominé del Café de París y de sus “peches Melba”, como de una extravagancia que repudia la naturaleza y también de los misioneros protestantes y de la libertad de cultos, que permitía la intromisión de éstos, amargando la ancianidad del buen Cura, que todo su lujo consistía en mirar las fucsias y obsequiar duraznos.

EL INCA BAÑADO EN SANGRE.

En un amanecer de cielo límpido, avara de las frescas horas matinales, emprendí viaje hacia la residencia de Ollantay, por un callejón estrecho cuyas paredes cercan huertas de árboles que se ofrecen al caminante cargados de frutos maduros.



En la ruta, los guindales ofrecen sus ramilletes de perlas rojas, inclinando las ramas hasta acariciar la cabeza del caballo. Las casitas aldeanas se esparcen sin orden ni simetría, algunas abren sus patios hacia el camino, deslindadas por la doméstica acequia; allí, en amigable consorcio, pasean las aves de corral, los lanudos perros bullangueros y los indiecitos cobrizos que juegan o descansan en la solana; únicos guardianes de la casa abandonada por los padres, que durante el día trabajan en el sembrío o en la ciudad inmediata.

No faltan las paupérrimas chicherías, con las puertas abiertas, diríase grandes bocas negras cuyo fondo no se alcanza a ver; a falta de rótulos anuncian el lugar de la venta largos carrizos a cuyos extremos luce un ramo de flores.

Al paso rápido del caballo no tardo en llegar a la vera del río Vilcanota, cuyo trazo sigo entre dos formidables murallas de cerros floridos. Ollantay debió seguir este camino buscando el lugar apropiado donde fijar su residencia: a veces parece que las laderas al estrecharse, bordeando las orillas del río, cerrasen el paso cual una inevitable encrucijada de la naturaleza; mas continuando la marcha desaparece el engaño, y lo que se creía insalvable parapeto continúa siendo franca y amplia ruta. A los espinos floridos, *muytus* tiernos y retamas odorantes, sucede un bosque de salvajina, especie de musgo azulado que enreda sus anillos y se descuelga desde los picos de las piedras, cual abundantes y enmarañadas cabelleras de cabezas penitentes en postración eterna; otros de estos parásitos brincan sobre los arbustos y se extienden ocultándolos con su espeso ropaje.

En el bosquecito de salvajina, donde la fronda incita a la melancolía, fué sin duda donde Ollantay, en una noche de luna, suspiró por la ausencia de su amada Princesa.

*

* *

La mañana es hermosa; el sol sin tener el reverbero de los arenales costeros, colorea tiernamente la quebrada: la brisa tibia y perfumada incita el espíritu a la beatitud de los primeros amores.

La evocación de las almas ancestrales se apodera de la mente: Ollantay estuvo allí; parece que hubiera dejado en la naturaleza que admiró, como manantial inagotable, la tristeza de su amor.....

El Vilcanota torrentoso, encrucijado, formidable, fué el primer gigante que dominó el General de los ejércitos del Sol.

Hacia la margen izquierda, aun conserva el pedregal de la canalización milenaria: sólida y robusta mu-

ralla impide los desbordes torrenciales, protegiendo el cerro contra los derrumbes y constituyendo así los cimientos de los primeros andenes que orillan el cerro formando terraplenes por medio de los cuales se logra, debido a un colosal esfuerzo, alguna extensión llana de tierra cultivable.

*

* *

Ollantay pudo haber sido, además de guerrero de indiscutible valor, ingeniero de gran talento: una saliente de la peña cortada por la naturaleza, a manera de muralla, avanza hacia la vía orillando el río. El genio militar supo utilizarla constituyendo en ese lugar una Torre a manera de fortaleza medioeval.

Este torreón ruinoso, que día a día va dejando caer un vestigio de su poderío, parece destinado a la guardia de avanzada, que defendía el Palacio.

En la margen derecha del río existe un cerro formidable, cortado como una pared lisa, sobre el que se vé un grotesco diseño, representando la figura de un hombre, de color de sangre, con los brazos abiertos. Lo llaman "El Inca bañado en sangre".

Se atribuye el origen de esta pintura a esos tiempos en que se realizaba lo que hoy nos parece inhacerable; es lo cierto que no se comprende como hombre alguno, sin estar provisto de alas, pudo llegar a esa altura y menos donde se sostuvo mientras manejó el pincel.

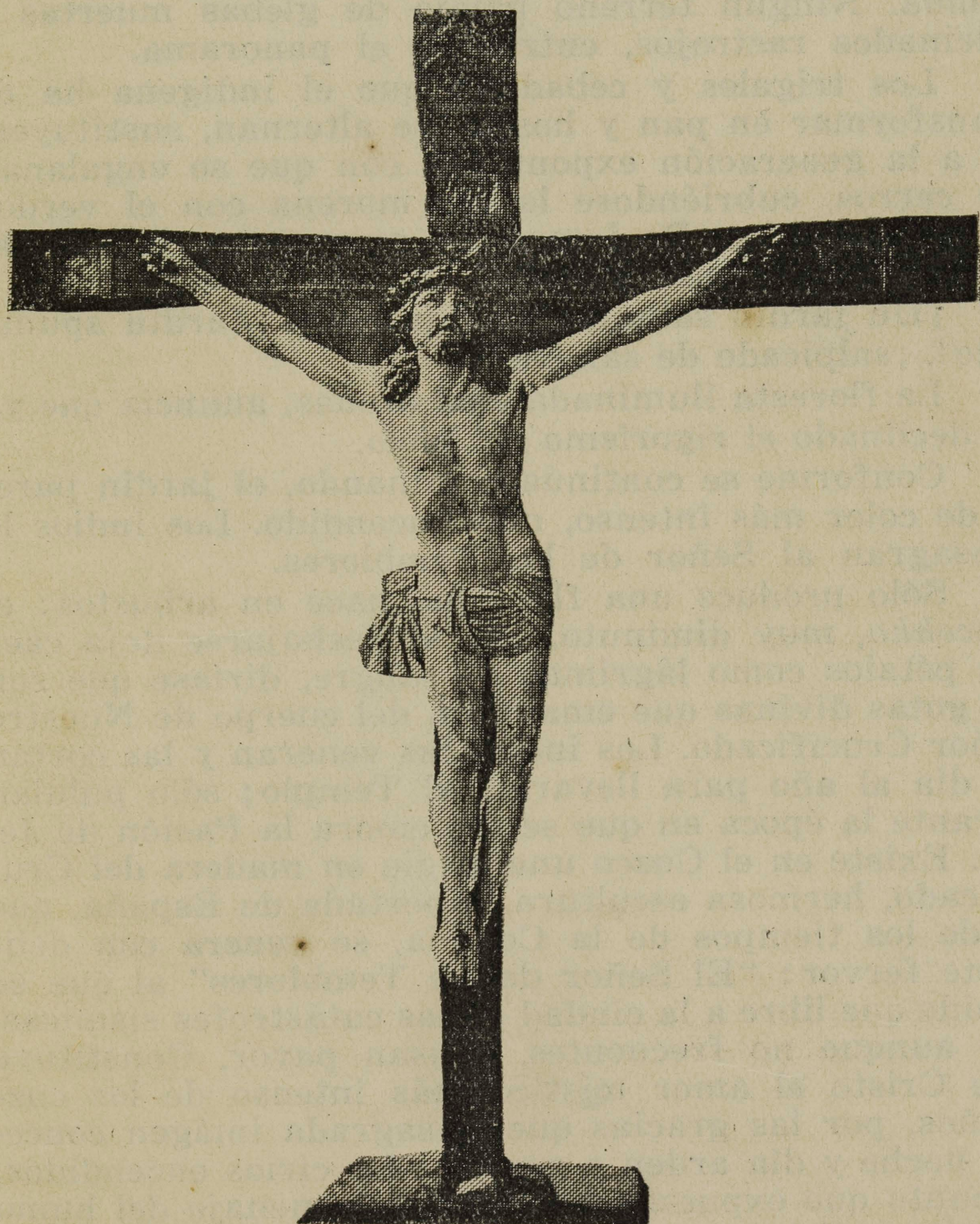
Al turista que en España visita la vieja y hermosa ciudad de Burgos, se le enseña en lo alto de una gran portada, la forma de un herraje, de donde deducen que el Cid pasó por allí dejando la huella del caballo que montaba.

¿Por qué no se ha de repetir en el Perú, que aquella imagen bañada en sangre, pintada sobre la peña viva, con la túnica rígida y que tiene por marco la inmensidad del firmamento, sea el retrato del Inca, guardián de Ollantaytambo?

Bien puede ser que aquella figura hubiese sido trazada para perpetuar la memoria de Yahuarhuacca, el visionario de Viracocha, de quien se cuenta que lloró sangre para libertase de sus enemigos.

EL JARDIN SAGRADO.

Caminando por los agrestes apartados caminos de las vías de locomoción, que del Cuzco conducen ha-



cia el pueblo de Urubamba, que se encuentra escondido en una quebrada de sorprendente belleza, hay que

seguir la ruta milenaria trazada desde la época del imperio del Sol; orillando cerros formidables, avisorando lagos, que son oasis de las alturas y cumbres empinadas de eterna blancura.

Después de haber subido cerros enormes, que por la fatiga que causan parecen inconmensurables, principia la bajada en la que florecen maravillosos jardines salvajes que barruntan la proximidad de Urubamba. Ningún terreno baldío de glebas muertas o calcinados rastros, entristece el panorama.

Los trigales y cebadales que el indígena ha de transformar en pan y hostia, se alternan, sustituyendo a la generación espontánea con que se engalanan los cerros, cubriéndose la tez morena con el verdor de los sembríos. De improviso aparece un jardín espontáneo causando asombro.

¡Un jardín salvaje! ¡Jardín rojo! ¡Jardín apuñalado!, ¡salpicado de sangre!

La floresta iluminada cual azcuas, anuncia que ya ha declinado el rigorismo del hielo.

Conforme se continúa caminando, el jardín parece de color más intenso, más encendido. Los indios lo consagran al Señor de los Temblores.

Sólo produce una flor, que nace en arbustos: el *Muccho*, muy diminuto, que al deshojarse deja caer sus pétalos como lágrimas de sangre, diríase que son las gotas divinas que emanaron del cuerpo de Nuestro Señor Crucificado. Los indios las veneran y las cortan un día al año para llevarlas al Templo; sólo pululan durante la época en que se rememora la Pasión de Jesús. Existe en el Cuzco una efigie en madera del Crucificado, hermosa escultura importada de España, que desde los tiempos de la Colonia, se venera con delirante fervor: "El Señor de los Temblores" al que se le pide que libre a la ciudad de las catástrofes sísmicas, que aunque no frecuentes, causan pavor. Constituye este Cristo el amor místico más intenso de los cuzqueños, por las gracias que la sagrada imagen concede: noche y día arden a sus pies los cirios encendidos, al punto que expuesto a recibir el homenaje del humo perpétuo, el color natural del esmalte se ha transformado en un patinado pardo, sombrío. Blanco y amora-

tado por los golpes y virtiendo la sangre del martirio, vino de España; mas hoy, sometido a la adoración cerial del pueblo, tiene el color indiano. Según el fervor exaltado, este Señor sufre como si fuese un cuerpo humano: al amparo de la obscuridad del altar donde se le venera, lugar obscuro al que no llega la luz hiriente del día, lo ven llorar humanizado, con el delirio de las plegarias y aún el amado cuerpo, cubrirse de sudor, lo que no parece fabuloso cuando se contempla la expresión extraordinariamente adolorida del divino rostro, artísticamente conmovedor.

El día que sale en procesión el Señor de los Temblores, constituye una romería a la que acuden los indios desde las remotas chozas donde mora la gañanía.

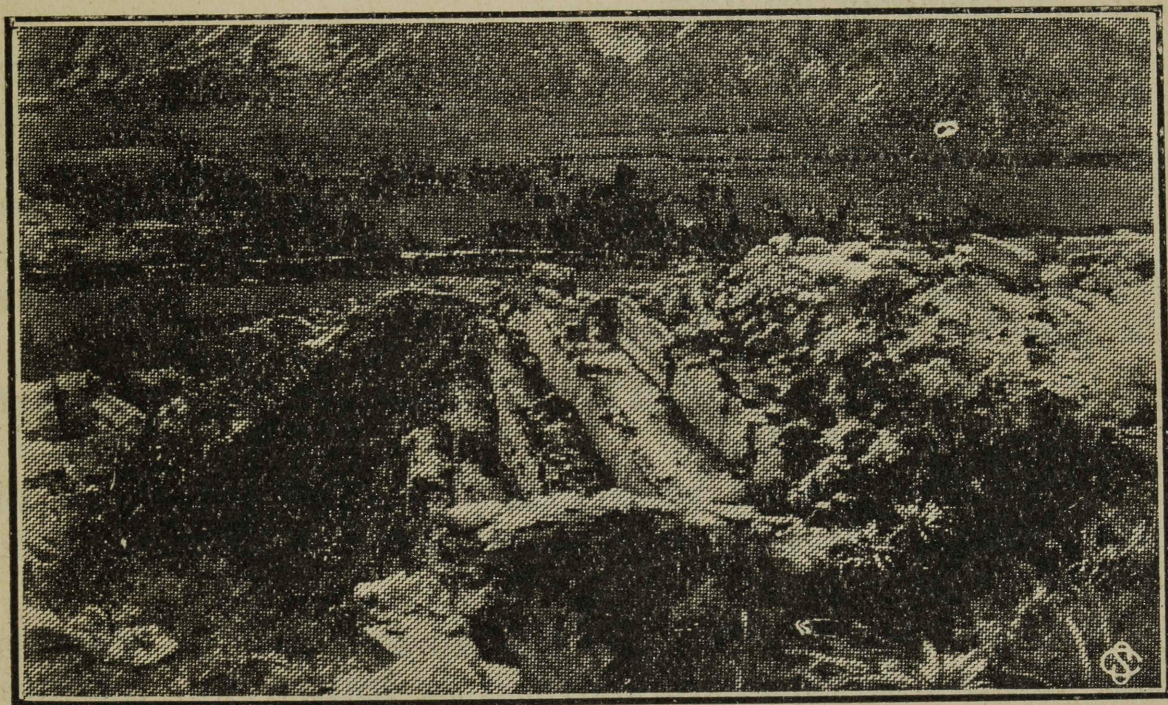
Las familias enguirnaldan las fachadas de las casas, cubren los balcones con chales y sederías de Manila y hacen traer desde las haciendas remotas una penca que sólo en esa región se produce, la que abriéndola deja caer numerosas hojas, más transparentes que una gasa en forma de alas, las que arrojadas desde la altura, vuelan cual blancas mariposas, arremolinándose al rededor del anda venerada. En ese día los jardines del Cuzco agotan sus flores; las monjitas ofrendan el zahumerio que graciosamente han laborado y que se dilata en espirales de humo perfumado, desde los zahumadores del ingenioso arte plateresco que las devotas prodigan a los pies del Señor; y la indiada acude al campo y recoge todo el muc-chho cuaresmal, con piadoso celo.

La ciudad se vé invadida por miles de indios, peregrinos silenciosos de apasionado fervor: los jóvenes trepan a lo más alto de los postes del alumbrado público del trayecto que debe recorrer el anda, ricamente engalanada, y así suspendidos, sin otro sostén que el propio esfuerzo, permanecen largas horas hasta que aparece la imágen adorada, agobiada de flores, de amuletos de oro y plata, cubierta con rico sudario recamado con piedras preciosas, ahogada por la densa humareda; gimiente al calor de la plegaria de los cirios encendidos: sobre su amado rostro sacuden las preciosas mantas del placentero colorido serrano, dejando caer las lágrimas de sangre del *muc-chho* montaraz.

Luego esperan pacientemente, esperan que termine el día, esperan que el Señor de los Temblores vuelva a la Catedral, esperan la noche que ahuyenta la agitación, el movimiento, los ajetreos del día; esperan, como los desdichados condenados por el infortunio, esperan lo maravilloso, lo fantástico: esperan el milagro: Esperan el *muc-chho* que se ha depositado en el anda, pues lo consideran reliquia sagrada; no sólo destinada a dar los bienes del alma, sino también la salud al cuerpo. En la apartada puna, en la tristeza de los picos nevados, en los cimeros salvajes, donde los pajonales disputan el terreno a la nieve, habita en rústica choza el indio pastor de llamas y vicuñas, aislado en la soledad de las alturas, sin compañera ni familia, distanciado por largas leguas de población alguna; sin médico, botica, ni curandera, sin sacerdote que fortalezca el alma cuando desfallece el cuerpo; sin un auxilio divino ni humano. Cuando su salud se quebranta, cuando imprevisto mal le agobia, sin tener donde pedir amparo; recurre al *muc-chho* del Señor de los Temblores, que en cocimiento bebe, deseoso de obtener el alivio milagroso de su dolencia. Sólo tiene el consuelo del milagro que la conquistadora España le dejara con la fé del martirio, enseñada y aprendida entre torrentes de sangre.

OLLANTAYTAMBO, CIUDAD MODERNA.

Tres portadas de piedra perfectamente pulidas que se juntan y sujetan con solidez indestructible, anuncian la entrada a la ciudad. No tienen la suntuosidad de los arcos romanos, ni son tan grandes como



éstos; conservan la sobria arquitectura incaica, que transforma las canteras en bloques sedosos los que superpuestos lucen con elegante elevación. Son tres, sin duda para que aquella por la cual pasaba la grandeza de Ollantay no fuese mancillada por planta de soldado alguno.

Estos privilegios que se arrogan los poderosos han existido en algunos reinos; conocida es en Berlín la puerta de Brandeburgo, del Emperador Guillermo, colocada en medio de dos arcos destinados a los transeuntes, a los que no se les permitía pasar por el de la

familia Imperial. Sin alejarse hasta Europa, buscando semejanzas se encuentran en algunas casas coloniales del Perú las que conservaban antiguas cadenas de bronce impidiendo el tráfico por la portada principal del zaguán y sólo se levantaban a la entrada del virrey o de algún personaje de renombrado título, mientras que por ambos costados se efectuaba el tráfico ordinario.

*

* *

Antes de subir al formidable cerro donde Ollantay hiciera construir su Palacio, se vé el frágil rancharío moderno, levantado sobre un terreno llano, al amparo de la antigua ciudad.

Ollantaytambo estaba de fiesta, habían anunciado mi visita y causaba regocijo; sin duda por el recuerdo grato que en el Perú inspira el nombre de mi padre, a lo que se unía la satisfacción lugareña halagada con la idea de que mis viajes por esas serranías y mi admiración por las bellezas que contienen, darían ocasión a la publicidad periodística.

De la acogida que tuve en Ollantaytambo conservo dulce remembranza.

Fué aquel día de resurgimientos infantiles, de visiones gratas, al mismo tiempo que de dolorosos recuerdos.

Vestía aún de luto por mi madre, que se llevó al morir todas mis alegrías, cuando de improviso, después de haber corrido largo tiempo, inusitadamente me tributaban iguales manifestaciones a las que ella recibiera durante la época de la guerra con Chile, obligada por la persecución del enemigo a errar por las nieves y los valles de los Andes.

Un indio joven y bien trajeado, probablemente el más hermoso del pueblo, saliíme al encuentro cargado de flores y me ofreció un hermoso ramo tejido en forma de palma; de una manta tejida con primorosos dibujos alegremente matizados, me arrojaba pétalos multicolores lo que molestaba a tal punto a mi caballo que no disimulaba su disgusto dando cabezasos.

Los músicos del lugar: un ciego arpista, un manco que toca el bombo y un tuerto la flauta, a quienes no había apercibido porque estaban ocultos entre la indiada, prorrumpen en inesperada y entusiasta diana.

Este trío, lo mismo que ocurre en casi todos los villorrios serranos, se había dedicado a la música a causa de su invalidez para la faena agrícola, siguiendo la tradición cuyo origen ellos mismos ignoran. Al lado de éstos se encontraban: encorvado, casi ciego, el más anciano; la enana y el "opa" del pueblo: son los desdichados, los pordioseros que subsisten porque la caridad no los deja morir de hambre: son tres figuras muertas, escapadas de los caprichos de Goya!

Llevamos los caballos al paso: entre los que cabalgan los caballeros, que han venido a recibirme, los hay hermosos y bien enjaezados; cubren las monturas ricos pellones y los frenos y estribos lucen brillantes enchapados de plata, con preciosos cincelados del arte plateresco.

A pesar del tropel de las cabalgaduras, se escucha la música bulliciosa, repitiendo con incesante monotonía, los compases de la salutación guerrera, la misma que aprendieron de la Banda militar, cuando dió la señal de alerta contra el enemigo, hasta en los confines de la República. Me preguntaba si habían olvidado los himnos solemnes, las danzas voluptuosas, las marchas reales, los alaridos formidables de esa música primitiva, insistente, con toda la fuerza de la emoción que emana de los artistas ingenuos que la forjaran?...

Al entrar a la Gobernación, una india joven y rolliza, me ofrece otro bello ramo de flores, igual al que recibiera a la entrada del pueblo; causa placer mirarla, el rostro encendido de rubores; muy engalanada, luciendo el vistoso traje dominguero.

Sobre un escaño de adobes, que constituye el mobiliario de la habitación, han extendido ponchos de suave vicuña; el centro, lugar que debo ocupar, está cubierto con un pellejo de blanca lana de carnero perfectamente escarmenada la que se levanta mullida cual copos de espuma; cubriendo el suelo se encuentra otro igualmente blanco. La indiecita, como odorante lluvia, deja caer sobre mi cabeza pétalos multicolores, mien-

tras que afuera, el trío de invalidez, continúa tocando el saludo de diana.

El tributo que me rendían, el homenaje de que era objeto, por su sencillez y humildad me habían conmovido, al punto que lejos de protestar hube de resignarme.

En conciencia, debo declarar que jamás me he creído merecedora de especiales agasajos; más aún, aparte de las manifestaciones espontáneas que se tributan a un hombre después de haber realizado una hazaña o merecido el laurel guerrero, considero lo demás de un convencionalismo denigrante a la dignidad humana.

Todo lo que sobrepasa lo que obliga la correcta educación, como son los ceremoniales palatinos, la cortesanía servil, sólo me impresiona como una comedia representada en el teatro de la vida, cuya grotesca payasada obliga a mirarla con ojos de dolorosa por guardar decoro, mientras que el espíritu ríe, ríe, ríe ingenuamente.

Era el caso que la pobreza de esos indios, en su apartado rancherío, me había impresionado hondamente; muy enternecida, recordé cuando mi madre me contaba el magnífico acogimiento que le hicieran en la región del Centro, durante la época de la guerra con Chile, y cómo la llamaban: "Madre grande", y también lo mucho que sufrió.

Me parecía escuchar su voz temblorosa, ver correr sus lágrimas, que no podía esconder, cuando en el monólogo que a veces le sugería la evocación del infortunio nacional, exclamaba: "La pobre gente que iba a morir en desigual combate".

* *

*

Un paseo por el pueblo permite apreciar las bases de lo que fué antiguo esplendor, opulento Palacio, más aún ciudad guerrera, fortaleza invencible.

Me dirigí hacia la Plaza del pueblo, donde numerosas puertecitas lucen ramilletes de flores suspendidos al extremo de largos carrizos, lo que le dá un aspecto de feria pobre; no obstante, sólo anuncian el único mercado del pueblo: las "chicherías".

Busco las callecitas rústicas, que pueden ser atajos, me detengo delante de los primeros bloques que veo; y aunque a mis amables acompañantes se ha unido la indiada y los músicos que entonan la marcha real de los Incas, puedo meditar, reconstruir, inquirir imaginativamente.

Todos silencian discretamente; guardan el silencio que inspira la veneración; un silencio funerario, solemne, parecido al que reina en las ceremonias de los cementerios.

Diríase que con mi presencia iban a resucitar los Incas de sus palacios, de sus tumbas ocultas, a mostrarse los espectros.

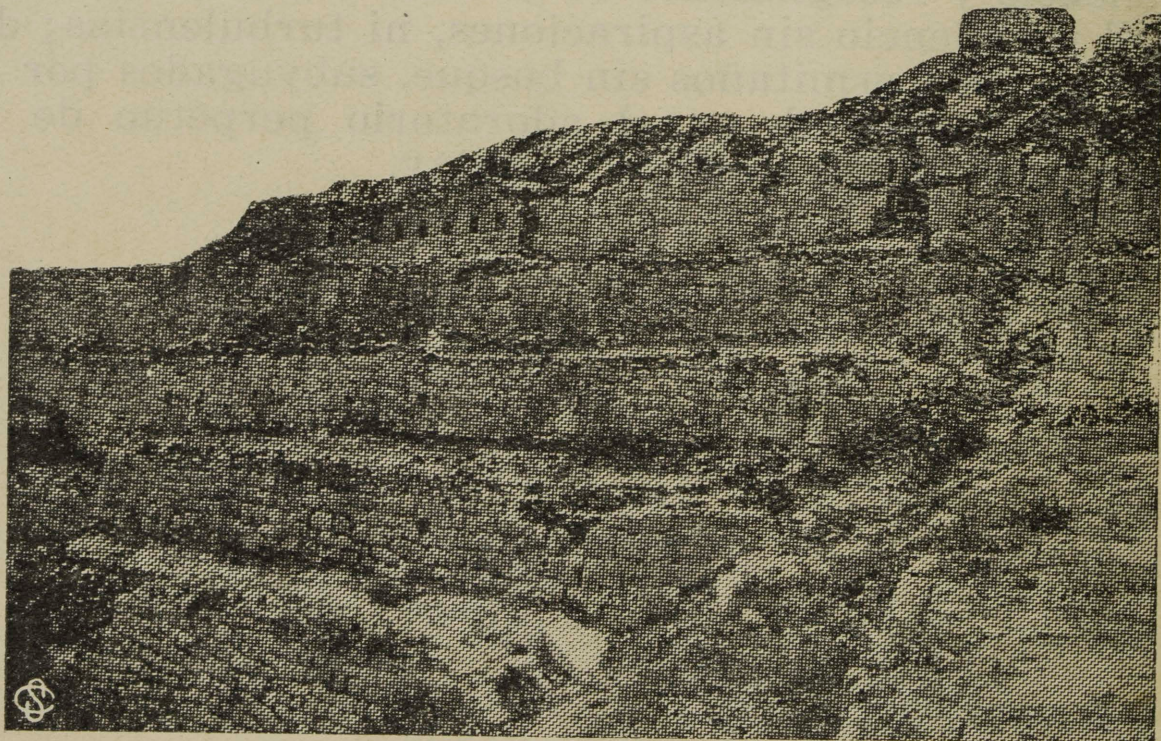
Jamás conocí público más discreto, ni mejor educado; habría causado envidia al de las cultas capitales; mas este comportamiento moderado y digno no debe sorprender, porque en Ollantaytambo, todo invita al silencio y recogimiento de la vida contemplativa; es aquél un silencio sin aspiraciones, ni turbulencias; diríase que son ermitaños sin bosque, subyugados por la ruina monumental, en el adoratorio perpétuo de la magnificencia del General Ollantay.

EL DRAMA DE OLLANTAY.

Me imagino la figura arrogante y hermosa del General Ollantay, sin duda de tez avellanada, cabellos de azavache y de ojos oscuros, de cielo tempestuoso.

Soberano debió ser el acogimiento que le hicieran al volver victorioso de sus excursiones bélicas!

No admite duda que fué un hombre excepcional.



Su alma se abrazó con el gran incendio de la formidable pasión que le inspirara la Princesa Cusi Kcuyllor.

La esposa anhelada, que no podía serlo; de poco le servían sus hazañas guerreras, ni el haber luchado heroicamente por el engrandecimiento del Imperio.

A la casta de los Incas, supuesta de origen divino, no se le permitía mezclarse sino con la nobleza de es-

tirpe, y Ollantay sólo poseía la de sus aspiraciones y la irresistible corriente de su amor que le hizo olvidar la veneración obligada para con el Inca, llegando a cometer el formidable delito de seducir a la Princesa, pero ¿a qué no se atrevería Ollantay, cuando unía a la altivez de los grandes, la sensibilidad exquisita de un artista?

He dicho que era un hombre hermoso: si no bastase la tradición, para afirmarlo apelaría al juicio femenino.

¿Hubiese sido posible que una mujer se enamorase de un hombre olvidando rango, dinastía y apostatado de sus creencias, hasta llegar a entregarse en el abandono del amor, si a la belleza del alma no hubiese unido la del cuerpo?

De igual modo digo que fué arrogante y esmerado en el vestir.

¿Puede dejar de ser elegante el seductor de una Princesa?

Para él tejían primorosamente las lanas de las vicuñas más tiernas y sedosas, y de los mejores carneros y alpacas; había tal esmero en esta labor, que igualaban a las estofas, cendales y aceitunies de los refinamientos árabes.

Sobre la lana dibujaban maravillas, más sorprendentes que todos los mosaicos italianos; usaban láminas de oro tan finas como el papel, las que los orfebres incaicos habían patinado y estampado, formando estrellas y soles, pumas y peces; así los reflejos metálicos que hoy imprime hábilmente Fortuny, en los vestidos de interior de las mujeres elegantes, ya se conocían como ornamento en la indumentaria nacional.

Para justificar su arrogancia basta conocer su valentía y temperamento pasional; fué seductor cual un trovador de la Verona galante; sin duda debió golpear con las *macanas* de igual modo que un Vulcano la fragua y blandir la honda, como las flechas los antiguos romanos.

Me imagino a este joven de alma atormentada, de nacimiento humilde, con sueños de grandeza y actitudes de monarca, sufriendo los indecibles pesares del amante a quien le aprisionan a la mujer idolatrada;

revelándose contra su Emperador, el hijo de la divinidad, que en aquel tiempo, para ellos, venía a ser lo que entre nosotros el divino Jesús de Nazareth: El Hijo de Dios.

¿Puede concebirse poema pasional más intenso que el de Ollantay, caminando por esa región en busca de la tierra, no de promisión, sino de aquella que le fuese propicia para defenderse contra el monarca que le negara la mano de la Princesa?

Sí, deseaba encontrar un lugar estratégico que le sirviese de Palacio y Fortaleza, al mismo tiempo que para albergar su ejército.

Saliendo de Urubamba, Ollantay eligió el camino de la izquierda, a la vera del Vilcanota, cuyo trazo siguió entre dos cerros cubiertos por la primorosa generación expontánea.

Se comprende que el insigne guerrero se alejase de Urubamba, pues por la amplitud que tiene esa quebrada resultaba posición inadecuada a la empresa guerrera que se proponía realizar.

Así avisó las cadenas de montes aledaños que se prolongan colosales y siguióles el rastro con rumbo a la montaña real. Tenía la selva a retaguardia y las tropas del Emperador podían atacarle sólo de frente.

Siendo Ollantay Capitan general de Antisuyo, una de las regiones en que se dividió el territorio del Imperio de Tahuantisuyo, bajo el reinado del Inca Pachacútec, hubo de frecuentar la Corte del Inca; así conoció y enamoróse de la hija de éste, la Princesa Cusi Kcuyllor. Ollantay quiso hacerla su esposa; para el caso consultó con el gran Sacerdote del Imperio, Huillac Homa, si sería posible suplir los requisitos de sangre, acostumbrados en los matrimonios principescos.

El gran sacerdote debió ver en esta pretensión un sacrilegio, una herejía.

Trató de disuadir a Ollantay, más, como el amor no razona y Ollantay en tratándose de osadías las conocía todas, atrevióse a pedir al mismo Inca, la mano de la Princesa, él, que no pertenecía a la dinastía de los hijos del Dios Sol.

Pachacútec debió quedar abrumado ante semejante atrevimiento, hasta entonces desconocido, mas la

prudencia aconsejábale no rechazar en el primer momento a su Capitán general, debido a la numerosa tropa que comandaba; así dióle una negativa perentoria y entre tanto ordenó la prisión de su hija.

Ollantay, el má valiente mozo del Imperio, quiso vengar la doble ofensa que recibiera su amor y su honrría.

Sublevóse contra el monarca y se retiró a la provincia de Urubamba, donde levantó la formidable fortaleza, cuya ruina aún mal descubierta, revela mejor que todos los poemas el temple y gran aliento de su espíritu.

Ollantay quiso demostrar que sin tener la sangre divina del Sol, también podía ser Emperador.

El General Horkco Huaraca, quien comandaba el ejército del Antisuyo, le proclamó como a tal; de allí la pompa y el lujo deslumbrante que gastaba.

Noches emocionantes de dolor debió haber pasado, encerrado en su fortaleza por el delito pasional.

Impotente para vencer al Inca, los años trascurrían y la Princesa Cusi Kuyllor dió a luz una niña, de peregrina belleza, a la que dieron el nombre de Imac-Sumac, que en castellano significa ¡Qué hermosa!, la cual, como su madre, fué condenada a vivir prisionera en uno de los conventos de las vírgenes del Sol llamado Acllahuasis.

La tradición conserva diversas interpretaciones de este drama que originó la guerra civil en el Imperio.

No falta autor que pretenda darle un lapso prolongado, contando que cuando ya el Inca Pachacútec había muerto y restableciéndose la paz, Ollantay visitando el Acllahuasis apercibió a Imac-Sumac, cuyo nacimiento y prisión ignoraba, y asombrado por el parecido que tuviera a su amada, preguntole quién era, a lo que la doncella respondió "Soy la hija de Cusi Kcuyllor y de Ollantay", y que sólo así reconoció a su hija y supo que la madre había muerto de tristeza, llorando su ausencia.

Continuaba Ollantay en su fortaleza, amenazando al Cuzco, deseoso de libertar a la Princesa, que se encontraba bajo la custodia de la virgen carcelera Pitu-Siclla.

El Inca Pachacútec, inexorable, trató de reducir por las armas al seductor Ollantay, sin poder conseguirlo; a su muerte le sucedió en el Incazgo su hijo Yupanqui, el que redobló la lucha contra Ollantay, logrando penetrar a la fortaleza por medio de la traición de Rumiñahui, quien se prestó a ello por la enemistad personal que tenía con Ollantay.

El Inca Yupanqui, logró reducir por las armas a Ollantay y magnánime después del triunfo, accedió a que éste celebrase nupcias con la Princesa Cusi-Kcuyllor, la que se efectuó en el Cuzco con gran pompa; equivaldría decir, que la constancia del amor venció al Imperio.

Ollantay vivió a fines del siglo XIV y principios del XV. Y se considera, autor de este drama histórico en quechua, que existe anónimo en los archivos nacionales, al cura de Sicuani, D. Antonio Vélez, de la época de la insurrección de Túpac Amaru, año 1781.

Uno de los artistas nacionales que se ha inspirado en el propio terruño, sin aventurarse fuera de la patria, como el degenerado que recurre a las drogas para alimentar la deficiencia de su sensibilidad, es el maestro Valle Riestra, cuya magistral ópera "Ollantay" se ha representado en Lima.

Ollantay y Cusi-Kcuyllor resurjen de las ruinas cuzqueñas para vivir la vida musical armónica y perdurable del Teatro peruano que se inicia con halagador éxito.

Todos conocen cuales son los convencionalismos teatrales a que debe someterse todo compositor; dentro de ellos aparece en el primer acto de la Opera Ollantay, la Plaza del Cuzco durante el reinado del Inca Pachacútec.

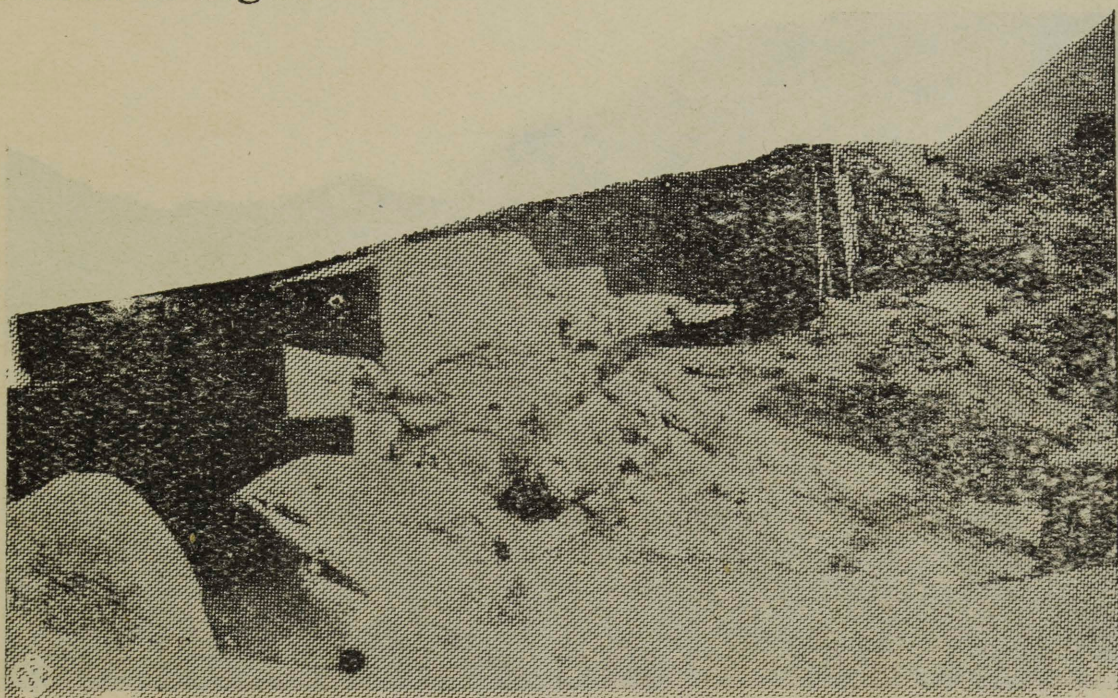
Los personajes principales de esta Opera, son además del Inca y del General Ollantay, el General Rumiñahui, Horkco Huaranka, amigo de Ollantay, la Princesa Cusi-Kcuyllor, hija del Inca, y Mama Iclla (sacerdotiza del Sol).

El Inca, acompañado de su corte, recibe en su Palacio al General Ollantay que llega vecedor, los coros cantan sus glorias, la Princesa Cusi Kcuyllor le ama, y la Sacerdotiza Mama Iclla, trata de consolarla comprendiendo el infortunio de este amor.

El Inca ofrece al General Ollantay el premio que ha conquistado en la guerra y éste le confiesa su amor por la Princesa.

El Inca condena estos amores y rechaza a Ollantay el cual al verse desdeñado crece en altivez y se retira indignado ofreciendo venganza y rescatar a la Princesa.

Acto II. — En el Templo del Sol, la Princesa dice sus penas a Mama Iclla, ésta la exhorta a olvidar; entre tanto Ollantay ha rodeado el Templo con sus guerreros y lo invade hasta encontrar a Cusi-Kcuyller, quien gustosa le sigue.



Felices aparecen en el Palacio de Ollantaytambo, muy felices; lejos de la corte, en la soledad magnífica del Palacio embellecido por el amor.

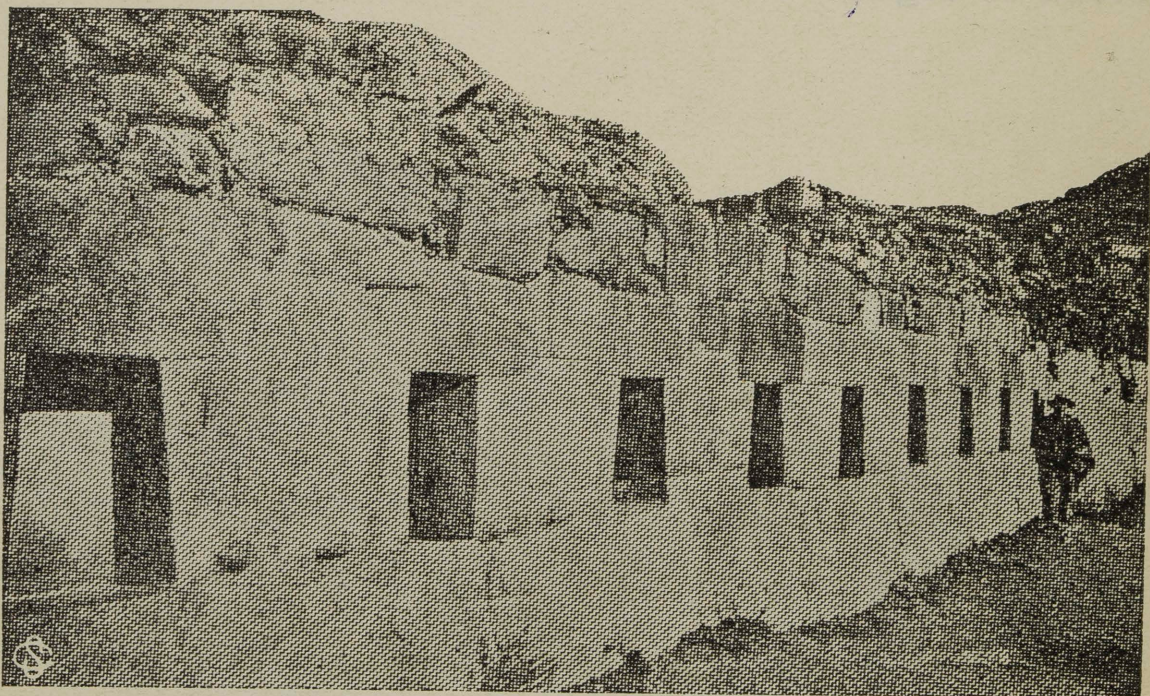
Acto III. — Ollantay y Cusi-Kcuyllor celebran una fiesta; interrumpe la alegría de los invitados la aparición del traidor Rumiñahui, quien, sigilosamente, aprovechando de la disipación de éstos, hace entrar súbitamente a las tropas del Inca.

Ollantay y Cusi, al verse sorprendidos, se deciden a morir y para darse la muerte, se envenenan.

Al rededor de este argumento, se desenvuelve un magnífico drama musical, que perpetúa la aventura galante de los tiempos incaicos en el precioso libro del arte peruano.

RUINAS.

En la casa cural de Ollantaytambo existen dos piedras de gran tamaño, que se muestran al viajero por las enormes proporciones que tienen, las que sobrepasan la altura de un hombre; plebeya puerta moderna los utiliza a manera de enjambe.



Por ser una piedra más grande que la otra han dado en llamarlas hembra y macho; pero es fácil suponer que estas piedras tienen su historia: probablemente fueron ídolos de los adoratorios en los que se veneraba a la piedras. Según las crónicas de los padres agustinianos, siempre que alguna piedra difería de las vulgares, la endiosaban y rendían culto, dentro de una huaca oculta, para librarla de la persecución del catolicismo.

Se las consideraba como a Dioses secundarios e intermediarios entre el Sol y sus hijos.

Los misioneros que fueron a la región de Pachacamac, cuentan que una piedra que existe en la playa, acariciada suavemente por olas que serpentean, sin inflarse en turbulentas reventazones, era el Coniraya-

Viracocha, quien se había enamorado de la Diosa Cauillaca, la que se había transformado en piedra. En las ruinas de Calca se conserva aún la piedra encantada por infortunio de amores. Así no es aventurado suponer que las piedras de Ollantaytambo representen al General Ollantay y a la Princesa Cusi-Kcuyllor amantes desdichados por el rigor del Inca.

Detrás de este monumento semi-oculto entre el matorral, cercando el huerto del curato, un muro parece prolongarse subiendo hacia la fortaleza, como si indicase el trazo de una parte de la ruina que aún no se ha desenterrado.

*

* *

La tarde declina dulcemente, apenas sopla leve brisa refrescante. El ventisquero nocturno que brama el alarido de la noche, recorriendo los cerros, aún no se dejaba oír, era preciso aprovechar la rara bonanza del tiempo que me favorecía.

Pasando por huertos con árboles, derrengados al peso de la fruta, apartando las ramas del matorral, evitando los charcos; llegé al baño de Ollantay: curiosa piscina de piedra aterciopelada; hundida en el suelo; provoca, incita a sumergirse en ella, con el halago de una caricia; grueso chorro de agua se desliza desde lo alto del cerro llenando el baño rápidamente sin estancarse y desaguándose constantemente.

No muy distante se encuentra el baño de la Ñusta, semioculto entre arbustos, al cual es difícil llegar por lo tortuoso del terreno y el tupido bosque que lo esconde: encima de esta piscina, subiendo siempre el cerro, a cortos metros de altura, se encuentra la ruina de lo que probablemente fué habitación destinada a desvestirse y no digo a vestirse con la ropa de baño, porque la historia incaica continuamente deja dudas; con todo, se puede suponer que las Princesas del Sol, al bañarse, sólo conocieron la castidad del paraje, ignorando la del vestido; porque, aunque ambos baños, el del Inca y el de la Ñusta, se encuentran a la intemperie; el de las mujeres queda oculto a las miradas del que por allí pase, preciosamente escondido por la naturaleza

entre cortinas de hojas propicias al pudor de las princesas bronceadas. Recorriendo las más apartadas comarcas del Perú, en todas partes, aún en los confines de la América del Sur, se encuentran las *thermas* del Inca, como ocurre en la República Argentina.

Los peruanos, cual los pueblos primitivos que se distinguieron por el amor al deporte y que soportaban la desnudez a que les sometía la corta túnica, tuvieron marcada afición a las abluciones.

*

* *

Apenas anochece, el cierzo violento chicotea las cumbres rugiendo con ira formidable, los arbustos amendrentados gimen al temblor de sus ramas y el caserío silencioso cierra sus puertas presuroso en la semi-obscuridad de un alumbrado agonizante. Sólo el monumento soberbio, la fortaleza de Ollantay, ruinosísima, carcomida por los años, en el desamparo de los siglos, dibuja entre las sombras, su silueta formidable; monótona lluvia salpica las piedras, repercutiendo una canción lejana de tristezas desconocidas, el lamento de un llanto desolador, como si Ollantay hubiese dejado en la ruina, la tristeza de su amor a la eternidad, mientras que el eco ruge voces de conjuro entre las paredes cansadas del Intihuatana sin Dios.

Después de una noche de evocación, en la me fué imposible conciliar el sueño, esperando la primera claridad matinal para admirar las ruinas, anhelo que durante largos años había acariciado, apenas amaneció el día emprendí la ascensión a pie, acompañada por bondadosos amigos.

La inmensa Fortaleza de capacidad para albergar numerosa población sobrepasa a todo lo que una imaginación exaltada puede ambicionar. Jamás sentí igual emoción a la de aquel despertar en Ollantaytambo, ni comprendí con mayor elocuencia como la tierra no es sudario, sino ropaje sobrio con que se visten los cerros para cubrir la desnudez del peñazcal.

Los artistas europeos no han visto la soberanía de esta ruina, porque al conocerla no habría faltado otro Pierre Loti, capaz de forjar una literatura genuinamente incaica, tan conmovedora y bella, como toda su

exótica labor. La coreografía con su gracia inesperada, la arquitectura monumental, en su empeño de dar a conocer lo inmenso; las musas todas en su inspiración genésica y los cópyles griegos, no igualan a los arquitectos incaicos en su empeño de abismarnos, de sorprendernos, produciendo la sensación del vigor eterno coloso de los siglos.

Los vestigios de la arquitectura incaica abundan en generosidad poco común; se advierte un expendio de brazos sorprendente de tiempo transcurrido en la construcción al punto que no debió contarse. Los arquitectos del Sol interpretaban a la naturaleza con elocuente verdad imitativa; no obstante, no fueron geniales porque carecieron de inventiva; se puede decir que sintieron el amor a lo grande, a lo magnífico, que rindieron el tributo de su admiración a la belleza con que Dios regalara al mundo.

Eligieron las cimas de los cerros para orar; los senos, para abrigar sus moradas; los cimientos, para ampararse en el combate; los ríos torrenciales, como defensa; las estrecheses de las quebradas, como parapetos, y el llano de los valles, para el sembrío.

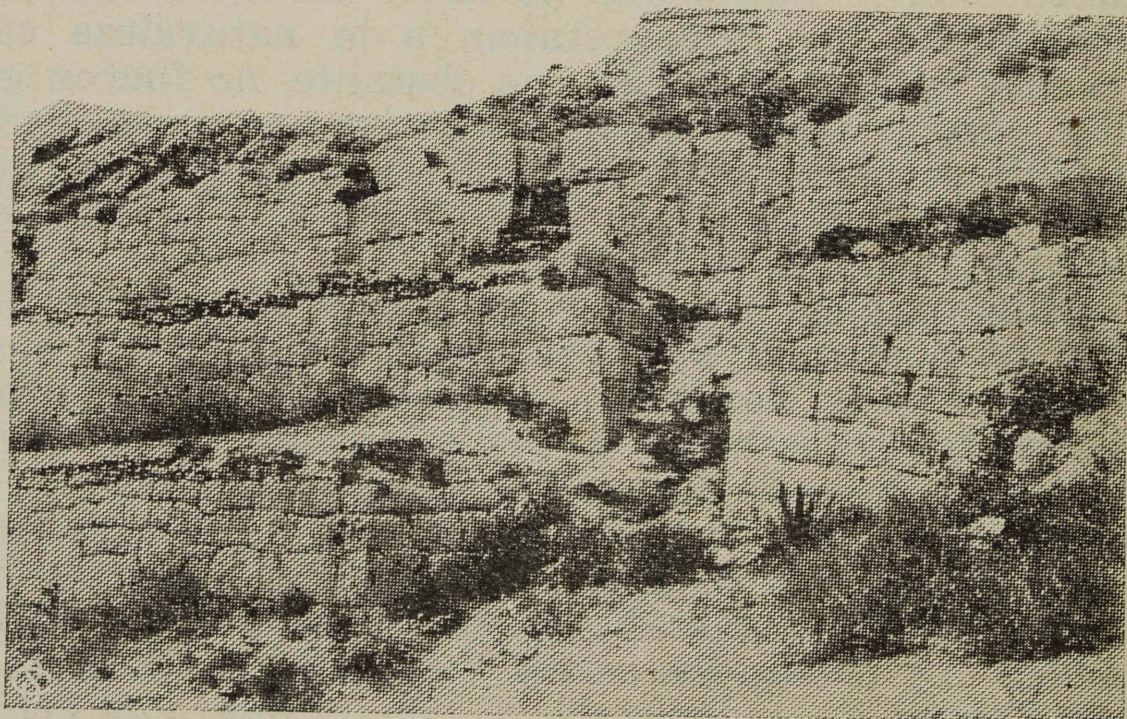
Con el empeño de vivir en lo alto, de elevarse hacia el firmamento, de aspirar al horizonte azul de las nubes; cuando el salvajismo del terreno lo impedía, entonces civilizaban los cerros y los cultivaban cortándolos. Formaban andenes de más de un metro de ancho y en los picos más elevados, se servían de las aguas de los lagos, llevándolas donde les convenía; y así vivieron siempre con marcada tendencia de enaltecimiento, con amor a lo grande, robando el agua a las nubes y el calor, aproximándose al Sol.

Así vivieron esas almas legendarias, contemplando el cielo y despreciando lo bajo que iguala a lo ruin; desdeñosos de las playas humildes, de los arenales muertos, diríase reptiles incoloros, que se entregan sumidos a la voracidad del mar que los arrastra; ¡despreciables arenales sin resistencia; miserables y débiles médanos que doblegan la cerviz y se humillan ante la inestabilidad del viento!

En el antiguo Imperio, por su riqueza inusitada se desconocían las consideraciones de orden utilitario y económico.

Preferían las altas cumbres y transformaban los cerros inmensos o las colinas modestas en material arquitectónico, obteniendo un conjunto armónico, grandioso y soberano, semejante, en la marcada intensidad, al que los griegos supieron imprimir a su plástica y al que el dios moderno del mármol, Rodin, ha dado a su remarcable estatuaria.

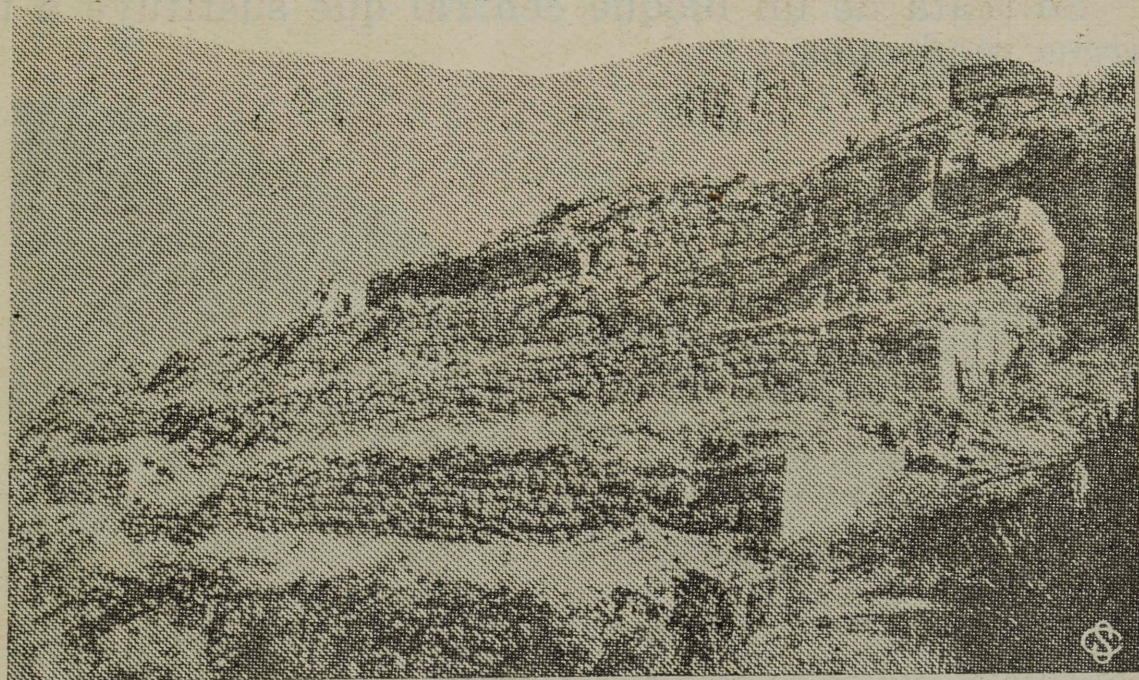
Fueron los primitivos peruanos los arquitectos de la solidez, transformaban, estrujaban, taladraban la masa inerte y le imprimían el aliento de la mano del



hombre; la piedra bruta, las cortezas encallecidas, las rocas inclementes, las convertían en escaleras, en pórticos, en ventanales, en andenes floridos, y hasta en divinidades a las piedras gigantescas, por ese aspecto de terciopelo sombrío que les daban; por el enigma que esconden; por el secreto de la vida perdurable que poseen; tal vez por el inmutable amor con que besan el suelo donde se posaron las plantas de los que se ausentaron para no volver; tal vez por la magestad hierática con que se levantan; tal vez porque son inflexibles; tal vez porque nos amenazan con el derrumbe aplastante que abre anticipadas sepulturas.

RUINAS EMBELLECIDAS DE AMOR.

He llegado a la meta del peregrinaje de mis anhelos turistas; al fin, después de un largo viaje me encuentro en el Palacio de Ollantay o mejor dicho en el inmenso patio, al cual convergen la fortaleza, el Palacio y sus dependencias.



La grama crece insolente; en los baches se deposita la lluvia y por una gran grieta que la corriente del agua ha abierto, a manera de acequia, se desliza tenuemente.

Es aquello un campo de desolación, un mustio collado como dijo el poeta a Fabio, contándole su dolor.

Hacia la derecha aún se mantienen de pie las portadas de lo que fué en otro tiempo magnífico Palacio; sólo dos portadas de piedra subsisten, pero ¡ay! en completo abandono, amenazando desplomarse.

Aunque en Ollantaytambo, han dado en llamar a esta ruina Palacio del Inca, me inclino a creer que

estas puertas así como las de la izquierda, pertenecieron a la servidumbre real.

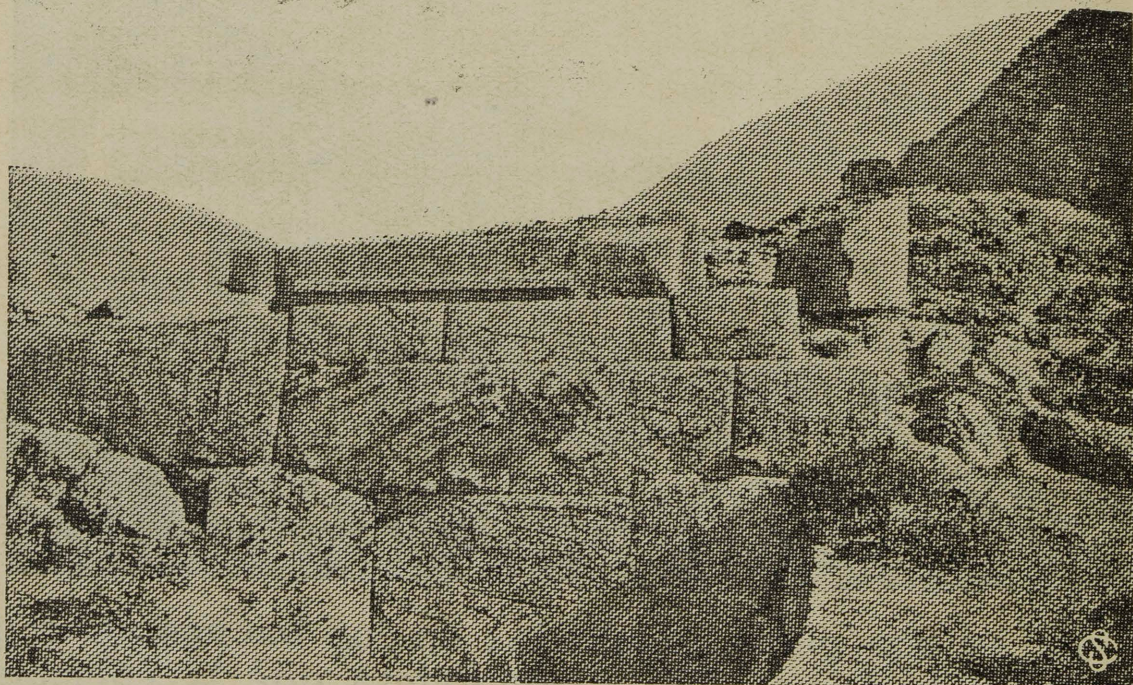
En ambos lados, se encuentra la misma clase de puertas, semejantes a las que he visto a la entrada del pueblo.

De frente, con inclinación hacia la izquierda, aparecen los pórticos principales, semejantes en forma y material a los anteriores, aunque de mayores dimensiones.

En uno de ellos se vé lo que los indígenas llaman *Intihuatana* que significa lugar para amarrar al león.

Se comprende fácilmente que esta denominación quechua es moderna, pues en los tiempos de Pachacútec no se conocían leones, más apropiado sería llamarla *puerta huatana*, esto es: lugar para amarrar la puerta

Se trata de un bloque central que sustituye a los marcos modernos.



Uno de estos ha sido primorosamente trabajado; así en el marco forma una argolla en la que han dejado una columnita enteramente aislada, se sujeta al bloque de la que forma parte por ambos extremos, sin que exista la más leve traza de ayuntamiento o junta alguna.

La del lado opuesto del pórtico ha sido destruída, probablemente por algún turista o tal vez por un indígena con fin utilitario.

Estas columnitas debieron servir, como acabo de decir, para amarrar las puertas; según el maestro Birgham, en el magnífico estudio que ha hecho sobre las ruinas de Machupichu, dice que las hojas de las puertas las fabricaban con troncos, juntándolas por medio de correas, con las cuales sin duda las sujetaban a lo que hoy llaman *Intihuatana*.

Los otros pórticos que no llevan *huatana* alguna, es fácil deducir que los cerrarían empleando trancas, como en la antigua Roma.

Termina la fachada con otras pequeñas puertas, conducentes a pequeñas habitaciones, cuyas paredes de piedra y adobe se encuentran en perfecto estado; algunas tienen ventanitas altas, por las que penetra la luz y el aire, en otras, se ven los mismos marcos de piedra que constituyen las ventanas, todos de igual medida, más incrustados en las paredes a manera de nicho.

Saliendo de allí, o mejor dicho continuando hacia adentro, aparece la gran ruina con su indecible encanto; quedando la fortaleza en el nacimiento de un grande y caprichoso cerro que se extiende hacia la derecha, del lado más bello y menos ruinoso.

Una amplia y florida escalera conduce hasta la cima, diríase que son los jardines colgantes babilónicos, pero no creáis en el engaño de las florecillas silvestres que enamoradas, al mismo tiempo que temerosas de su atrevimiento, germinan en la morada de Ollantay.

Hoy los jardines de antes sólo forman escaleras de enormes peldaños, inaccesibles a las proporciones humanas.

Yace en el suelo, antes que principie el ascenso de la formidable gradería, con la amplitud de los andenes, un reclinatorio de piedra, formado por un bloque en el que se han ahondado dos cavidades que tienen la forma y proporciones adecuadas para las piernas de un hombre arrodillado.

Sabido es que en las residencias reales existía una trinidad arquitectónica, la cual destinada a tres usos diferentes, forma en conjunto una sola ruina: la fortaleza, la habitación palaciega y el lugar destinado a la divinidad, la que en parte la constituía la persona del monarca; así antes de presentarse ante

él, debían descalzarse, arrodillarse reverentes e inclinar la cabeza.

En conformidad con este uso, se admite que aquella piedra haya servido de reclinatorio en el que se arrodillaba la servidumbre de Ollantay, antes de subir a su Palacio.

Hacia la izquierda se ven las paredes del Palacio, que suben siguiendo la gradiente del cerro, y ocupando una gran extensión de terreno.

No terminan lisas como las de hoy, sino cortadas a manera de almenas.

Me detuve un instante en la habitación más amplia, de paredes añosas, que tiemblan de senectud, como si estuviesen prontas a derrumbarse.

¿Fué allí acaso donde Ollantay confiado y generoso como todo hombre superior, tuvo el gesto magnánime de recibir a Rumiñahui?

Hacía tiempo que este servidor de Pachacútec, vagaba por los alrededores del Cuzco, lamentando su fingido infortunio con el monarca.

Diríase un Edipo destronado y errante por las tierras de Grecia, en busca de amparo.

Rumiñahui dijo haber perdido la gracia del Emperador porque había descubierto la conspiración que fraguaban contra él.

Lamentaba su desgracia amargamente, trasmonando las colinas cuzqueñas, hasta que su fingido dolor llegó a oídos de Ollantay, quien le abrió la fortaleza y benévolo le acogió entre los suyos.

Rumiñahui tuvo un alma de ruina; si existió en él algún sentimiento noble, habíase gastado como un monumento que llega a su fin, cansado el tiempo de mirarle tambalear en extertores irreparables.

Por eso en la gran sala devastada, en medio del desmoronamiento vetusto le recordé un instante.

Contiguas hay otras habitaciones más pequeñas, en algunas de ellas se repiten como un motivo de arte decorativo, los mismos nichos de piedra a que ya he aludido y seguramente existen aún, otras ruinas ocultas, que yacen en el sueño del sepulcro esperando, como la bella del bosque durmiente, que llegue un príncipe curioso, inquisidor de lo oculto, que las despierte a la alborada de la existencia moderna.

Cuando se haya explorado la residencia de Ollantay seguramente revelará más que la vida del general enamorado, la del Imperio, íntima, con sus costumbres, zozobras, inquietantes congojas e intensas alegrías; la fiereza de la raza y la hoguera de sus amores.

De una plataforma pasé a otra abismada ante la inmensidad de los bloques de piedra, pues hasta esa altura parece imposible que se hubiesen podido suspender.

¿Son los cimientos? ¿Las bases de los templos? ¿De la atalaya, desde la cual el almuhedano incaico gritaba al Sol, la formidable plegaria de sus ritos?

Lo que se vé revela apenas indicios del antiguo poderío incaico.

Hay que cavar el cerro que edificó Ollantay, ahondarlo, profundizarlo y abrir a la luz esa tumba de la historia peruana.

Una piedra monstruo aperece allí, diríase un inmenso sofá adecuado por sus proporciones a la cumbre en que se encuentra.

¿Acaso Ollantay se sentó alguna vez en él, asombrado, divisando desde la altura, como las tropas del Inca Yupanqui habían invadido sus dominios debido a la traición de Rumiñahui? ¿O tal vez celebró en él, a manera de altar, un homenaje al culto Sagrado, implorando la gracia de la Madre Luna para la cautiva Princesa?

Subiendo a mayor altura existen seis piedras enormes que miden de tres a cuatro metros, unidas a otras cortadas y modeladas formando cordones.

“Paredes del Palacio”, las denominan algunos; parapetos o trinchera incaica, diría un militar.

Piedras sagradas, para un místico; muralla misteriosa exclamaría un poeta; es lo cierto que delante de ellos se abre la entrada de un subterráneo que llaman chincana.

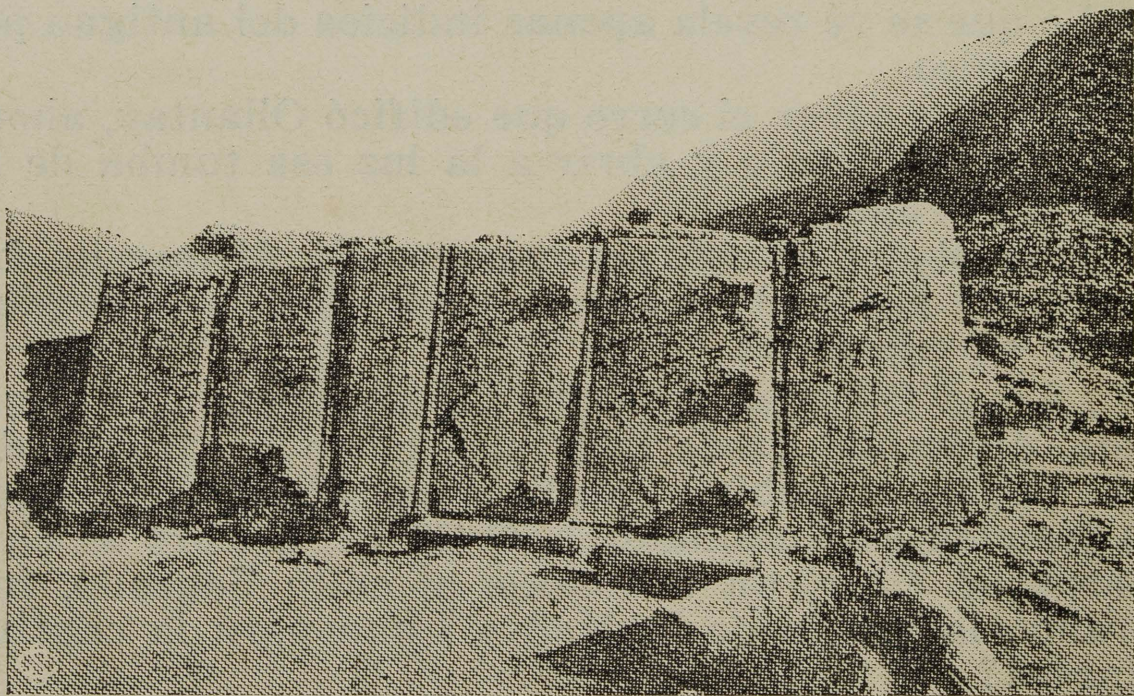
Cuentan que por allí se baja a un camino oculto que conduce hasta el Cuzco.

Actualmente han obstruido esta entrada porque en una ocasión dos jóvenes se internaron en ella, sin que se les volviese a ver.

Coronan la residencia de Ollantay, en la cima del cerro, otras tres piedras que forman uno de los más célebres *Intihuatanas incaicos*.

Todo indica que fueron piedras sagradas: los restos de una pequeña habitación que las protegía, la proximidad de otra más pequeña a manera de santuario y la ubicación que es la que seguramente conveniría a un águila para colgar su nido y que fué la elegida por Ollantay para estar más cerca del Sol.

Se traduce la palabra *Intihuatana* por “amarrar el Sol” fiesta religiosa que se celebraba en el solsticio; simulaban como si amarrasen al Sol, atándolo a unos anillos taladrados en la misma piedra.



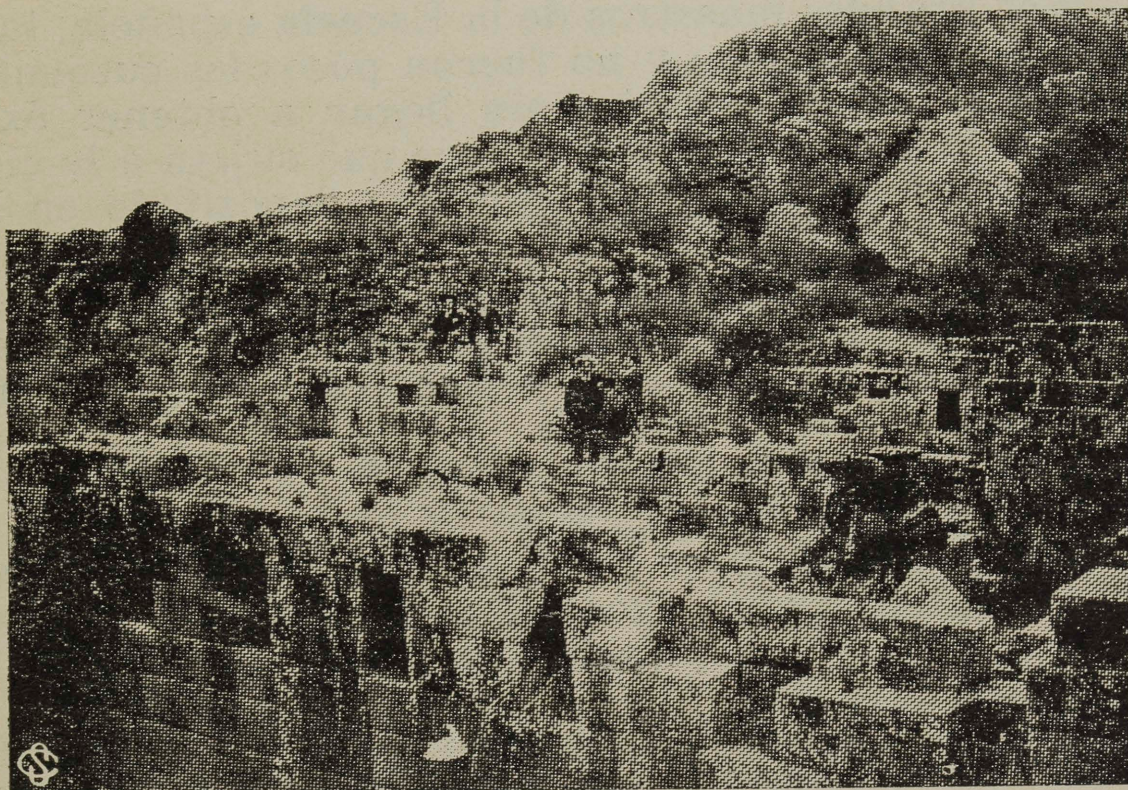
Delante de estas deidades bailaban danzas hieráticas siguiendo el ritmo de la música primitiva, monótonamente melancólica.

Estas piedras sin duda impacibles ante los anhelos del joven enamorado, después cuando éste alcanzó la madurez de la vida, presenciaron el milagro del triunfo del amor debido a la constancia.

La naturaleza, a la que Ollantay le rindió el culto de su admiración, no es ingrata a su memoria, germina la ofrenda de las florecillas del campo, en una gama morada de calvario y de obispales alelís; son una caricia, un beso perfumado y humilde, más elocuente que mi recuerdo, ante la mansión del héroe del amor, de la valentía y de la belleza, el General Ollantay.

INSPIRACION.

La producción artística que floreció entre los hijos del Sol, debido al avance civilizador del tiempo, ha transformado su índole primitiva.



El arte ha evolucionado totalmente, al punto que ha dejado ser oriundo, adquiriendo una marcada tendencia y orientaciones extranjeras, resultando así ajeno a la espontaneidad y sinceridad del Arte. La cerámica antigua así como la orfebrería, han dejado verdaderas obras de ingenio; no obstante, fué el arte decorativo el más preponderante, habiendo alcanzado una estilización que no desdeñaría un notable dibujante modernista.

Los motivos decorativos de los cacharros, así como policromías esmaltadas, primorosamente combina-

das, revelan una rara habilidad y sutileza de expresión sugerida por el mito.

Fué al confeccionar la indumentaria incaica cuando hubo tal derroche de riqueza ornamental que recuerda la del lujoso Oriente.

El arte pictórico, aparte de los esmaltes de la alfarería de Nazca, se puede decir que no existió y sólo más tarde, durante la dominación española, fué cuando la pintura importada desde Europa, encontró adeptos de no escaso mérito.

Llamaron la atención y fueron los más populares, los quiteños quienes se esforzaron en seguir las huellas de los primitivos florentinos, con plausible empeño, aunque con escaso resultado.

Los grandes maestros de la Escuela española, también tuvieron adeptos y no fueron pocos los cuzqueños que aspiraron a imitarlos sin llegar a obtener éxito brillante. La pintura colonial más que sujeta a la ciencia académica fué un beso piadoso depositado en las capillas de los altares.

El ambiente peruano estaba saturado de beatitud y justo era que los lienzos la perpetuasen engalanando las Iglesias, Oratorios y Sacristías del ferviente catolicismo.

Posteriormente, en la época de la República, se destacaron en las Exposiciones de pintura del Salón de París, algunos pintores peruanos de indiscutible talento, mas salvo alguna excepción de señalados cuadros, no sobresalió la inspiración nacional que refleja la belleza del terruño.

España destruyó al Imperio del Sol y a España, las libertades republicanas; así tanto el arte ancestral pictórico, cuanto el literario, huyeron con las evoluciones sociológicas extranjerizándose al punto de no reconocer lo que de atrayente tiene el propio suelo.

Fascinados y seducidos por la formidable revolución francesa que sustituyó la Flor de Lis por el gorro Frigio, el arte nacional débil y en vías de formación, desapareció sometiéndose al genio de Francia.

Por suerte y para mayor gloria del Perú, ya se inicia saludable reacción y no son pocos los que comprenden la patria pintoresca. No se puede negar que el delito cometido fué tan grande, que se ha pretendido

adaptarse lo que nos es inadaptable, por carecer del antecedente esencial a toda verdadera obra de arte, ajena a las ficciones convencionalistas; esto es por faltarle la lactancia artística que no la pueden dar sino los pañales con que la maternidad ancestral nos envolvió al nacer.

*

* *

¡Cuán pocos son los artistas peruanos que se han conmovido ante nuestras bellezas! me atrevo a decir: ¡Cuán raros los que han visto lo que de hermoso encierra el Reino del Sol!

En el arte pictórico sólo Lazo, con la ternura de su alma incomparable, bebió en la fuente de la tierruca.

Raro es encontrar al pintor, a excepción del autor de los “Funerales de Atahualpa”, que reviva la belleza de la historia primitiva, que se estremezca con los hielos soberanos de los Andes, o se ahogue en las arenas candentes de nuestras playas; en cambio se busca la embriaguez exótica que no se ha vivido, sino en la literatura mercantil, boulevardera, fabricada para la exportación, que no es arte, pero sí detestable pacotilla.

Con todo, afortunadamente, no falta quien no desconozca la inspiración nacional y que con el alma encantadora de un griego se haya conmovido, no ante la mitología pagana, sino humildemente, a los pies de nuestros propios dioses, que se ocultan en nuestros montes, en nuestras quebradas, en las profundidades eternas de las montañas, en nuestro maravilloso cielo serrano.

El Perú no es árido ni ingrato para el que sabe admirarle; nuestra historia tiene el privilegio de igualar a la más hermosa de cualquiera nación.

Todos los aspectos de la vida de los pueblos que deseemos inmortalizar con el legado de nuestra labor, o sencillamente recrearnos con lo que de fuera nos fascina, lo podemos encontrar sin alejarnos del Perú, con inconmensurables y variados aspectos.

Si nos seduce la India con sus ritos fantasmagóricos espiritistas, volvamos la mirada hacia el gentilismo

primitivo y veremos que sus hechizos, mitos y extravagancias milenarias superan imaginativamente a la magia oriental.

Si nos fascina el oro mitológico, no olvidemos que el jardín de las Hespérides no fué por cierto tan deslumbrante, cuanto el incaico dedicado al Sol.

Si el cortejo faraónico, con su legado piramidal nos incita a loar sus maravillas, tengamos presente y no desdeñemos el peñascal grandioso de Sacsahuamán, Ollantaytambo, Pisac y Machupichu.

Si las leyendas amorosas del Rhin nos seducen con sus blancos cisnes y héroes de plata, pensemos que más intensas y apasionadas son las quechuas y aimaraes.

Recordemos a la Princesa Sumac Tica que según la tradición hasta hoy gime, convertida en piedra, en las ruinas de su Palacio viendo descender desde lo alto de la montaña, el cordón de plata que proveyó de agua a su pueblo y la obligó al suicidio de amor.

Si la fama europea con sus romances, dormidos al abrigo nemoroso, incita nuestros anhelos, sepamos antes que la belleza fabricada de las montañas Suizas y sus lagos ponderados, son pigmeos si se les compara con la soberana hermosura del Titicaca, de majestad solemne, de azul infinito, que la imaginación del hombre jamás puede concebir.

El Perú es hermoso, es bello; miradlo, mirad sus ríos torrentosos que corren cual corceles salvajes, en carrera milenaria, sin que aún la mano del hombre les haya encausado, ni enfrenado.

Son soberanos a los que no mancilló el petróleo ni el remo.

¡Mirad la claridad de la luna que al medio día desafía al Sol; mirad los jardines salvajes, los andenes floridos con los muytus sagrados, que salpican las verdes quebradas con gotas de sangre; mirad la indumentaria polícroma india que colorea los cerros esparciendo una armonía y placidez que envidiarían los lienzos de Sorolla!

¡Mirad las nieves perpétuas de las altas cumbres! ¡Mirad nuestros gigantes blancos: los Andes, a cuyos pies pululan las plantas con mayor exhuberancia que en la tierra bendecida de Canaan!

Cuando se haya visto todo esto, se habrá constituido un nuevo imperio: el del reinado del arte, ya sea con la paleta de Apeles o con la tinta de Cervantes; se habrá constituido el alma cultural, única que puede evidenciar la importancia de la República, única que traspasa las fronteras, porque sin el vasallaje del extranjerismo, vuela por el mundo en el aeroplano internacionalista de la gloria y en todas partes se le quiere, en todas partes se le celebra; conquista las voluntades y sin luchas impone su nacionalidad a la admiración mundial.

LA IMAGEN DEL DOLOR.

Recuerdo la impresión de mi niñez, cuando por vez primera descubrí la falta de sinceridad con que se forjó una obra de arte: representaba el dolor. Desde entonces ha pasado largo tiempo y corrido la vida presurosa a veces y otras eterna en el infortunio; sólo halagadora ante la belleza estética.

El cuadro de mis divagaciones se esfuma lentamente, sin encontrar el pincel que restaure la melancolía de los colores con que persisten las emociones idas.

De la tragedia griega, que antes me abismara, sólo invita a la meditación la remembranza intensa de la máscara teatral, con la grande boca abierta por la que todo puede pasar: falsedades, horrores, hasta la locura y la muerte.

De la Roma pagana, la carne gimiente, desgarrada y palpitante de los luchadores, cuya sangre enrojeció la arena, y de los tiempos medioevales, el crujir de grillos y de las pesadas cadenas que arrastraba el hombre.

Siempre pensé que el duelo, el sufrimiento, no encontraría artificio que lo representase al punto de causar la sensación intensa del dolor, porque ya hace mucho tiempo que los tormentos y suplicios no se renuevan: la ferocidad humana ha agotado todo lo que pueda causar un dolor nuevo, así como un nuevo goce. La fuerza punzante, la fuerza hiriente, que desgarras almas y estrangula corazones es tan poderosa que no admite, ni en el arte, interpretación objetiva, porque siendo amarga realidad resultaría transformada en virtud, por la halagadora visión estética.

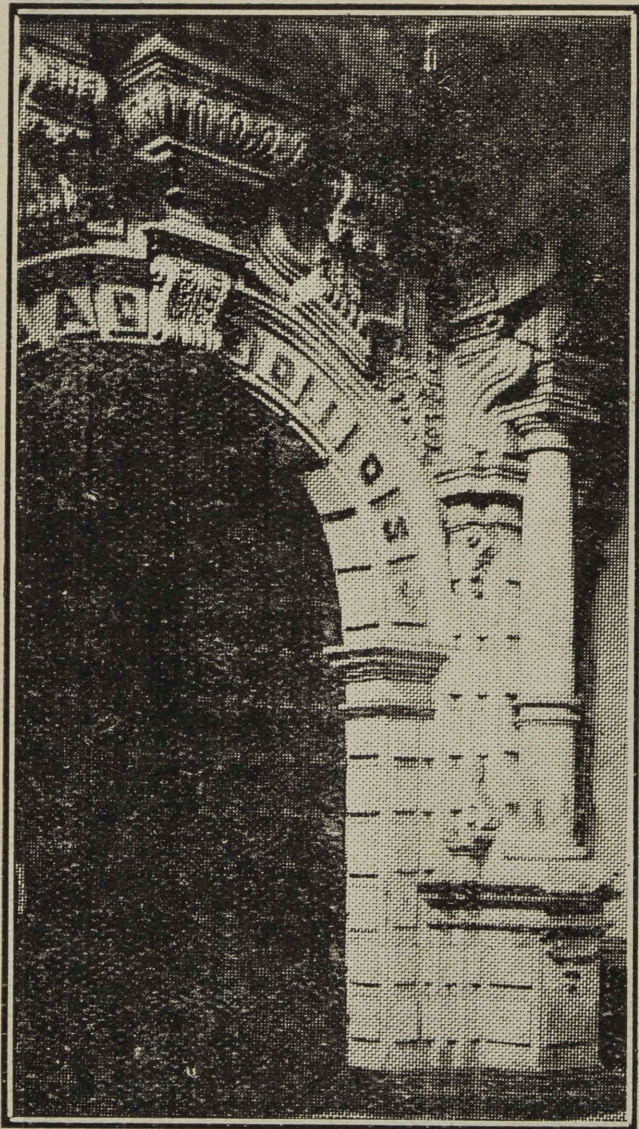
Así discurriendo había llegado a un pesimismo abrumador más fatalista que el de un musulmán, pues

desesperaba que pudiese encontrar un Allah del arte



capaz de interpretar la verdad emotiva que simboliza Niobe.

En un patio, cuya puerta estaba entornada para evitar las indiscretas miradas callejeras de los transeuntes, impensadamente me sorprendió la figura del dolor.



Contemplé absorta ese dolor discreto, oculto, silencioso: dolor que nada espera y que se resigna; dolor tenebroso, dolor juvenil; humilde por su pobreza, enriquecido de remembranzas; dolor que me hizo estremecer incitándome a la meditación, dolor que mueve el alma a condenar la inclemencia humana.

Para tí no hay conmiseración: la piedad te ignora; la caridad te desconoce. Lejos de tí todo amparo; sin justicia ni protección te condenan por delito no cometido y así continuas tu existencia, siempre olvidado, como el caminante abandonado,

que sólo conoce el sendero de la tristeza.

¡Quién fuera poderoso para desterrarte, quién suficientemente fuerte para suprimirte, para borrar-te de nuestra historia, dolor de nuestro indio, y trocarte en felicidad!

Dudé un instante que pudiese tener vida aquel rostro joven que tanta pesadumbre revelaba; sí, era humana aquella figura esbelta, bronceada, que apoyada la cabeza contra el muro permanecía inmóvil, con la mirada perdida en el espacio como si soñase o recibiese en dolores síclicos, toda la pesadumbre de su raza.

Parecía un Prometeo encadenado que ofrece el corazón para alimentar al buitre del despotismo.

Un grupo de artistas le rodeaba, le habían improvisado el oficio de modelo y, embelesados, pretendían reproducir en el lienzo la fisonomía de infinita tristeza, amablemente alumbrada por la claridad diurna.

Toda la pesadumbre del Imperio Incaico derribado, toda la sangre que esterilizó el suelo, toda la mansedumbre del holocausto eucarístico, estaba escrita en ese semblante deprimido por la esclavitud.

¡Dolor de vasallaje, dolor de cautiverio, dolor de indio. ¿Alcanzarás a redimirte un día?

Te conocí altivo: a falta de rifle con un rejón luchador en las manos, en acecho continuo; oculto entre breñas, resbalando sobre la nieve, alerta contra el enemigo chileno que incendiaba la choza indiana y daba muerte a la mujer, a la hija y al rebaño.

Te conocí valiente, alma de la nación, ennoblecida por tu arrojo; supiste hacerte admirar en la sangrienta guerra, revelándote rejonero admirable, y ahora vuelves como en los tiempos de los conquistadores a ser grano que tritura la rueda del indiferentismo!

Quise hablarle, inquirir la pena de este modelo de apariencia estatuaría, que a pesar de sus cortos años ya había perdido el vigor, agobiado de pesadumbre; pero me fué imposible, nos separaban siglos, él hablaba el lenguaje de los hijos del Sol y yo lo ignoro.

¿Dónde han encontrado esta escultura del dolor más emocionante que la forjada por la Grecia mitológica? pregunté: "Lo de siempre", me respondieron, "ha venido a pedir justicia, es uno de tantos infelices; les han robado, los han asesinado!"

Es el dolor de Huancané que viaja, es el dolor inmanente del dinamismo de la capital: Lima!

AMOR, ¿DONDE ESTAS?

Caminaba, mejor es decir, descendía por una calle en gradería, que existe desde los tiempos incaicos y a cuya vera la hierba se dibuja verde y extravagante, acortando el camino que distancia la ciudad de una colina cubierta por tupida arboleda. Algunas casitas campesinas y plantas floridas semiocultas detrás de una tapia muy baja, a trechos la sobrepasaban ansiosas de mirar afuera; atrevidas y vistosas enredaderas desbordaban sobre ella; hacia adentro, las casitas serranas humildemente se apiñan alineadas, encajonando esta calle solitaria y pintoresca.

En lo alto, se pierden en las sombras los peñascos de la ciudadela incaica.

La campana de la no distante iglesia parroquial había silenciado el último toque de la oración.

Oculto, detrás de la tapia engalanada de verdor mortecino, una indiecita dejaba oír su voz plañidera, tiernamente modulada, que cantaba las melodías peruanas denominadas "Tristes", mientras que sus manos hacían girar vertiginosamente el huso en que hilaba blanca lana. La joven a media voz salmodiaba:

Con plumitas de cisne,
Polen de rosas
Y la arenilla de oro
De mi jardín,
Un nido había formado
Para adorarnos
Y vivir entre flores
Cerca de tí.
El ave compañera
Que tanto amaba,

Abandonando el nido
Se me escapó.
Y desde entonces sola
Vivo gimiendo,
Envuelta entre las sombras
De mi dolor.
Después de muchos años
De sufrimiento
Pude al fin arrancarte
Del corazón.
Y hoy tengo sepultado
Bajo una flores
El nido que formara
Para el amor
¡Vuelve así amor a nacer
Como el dolor a morir!

Extraña coincidencia o preocupación de mi espíritu turbado por la melancolía de la hora que invitaba a la meditación: esta ingenua canción evocaba el vigor de los corazones juveniles, capaces de olvidar los infortunios de amor para renovarse con el vigor de la sabia creadora, dispuesta siempre a producir la flor cambiadiza del amor, que desconoce la tragedia martirizada de lo eterno a que se condenan las almas inmutables y constantes.

Es curioso como al choque de un incidente cualquiera, de una fugaz reminiscencia despierta la remembranza, resurgiendo a la vida, el amor que parecía muerto.

La indiferencia, el tedio o la ingratitud pueden desvincular al amor; no obstante, el recuerdo, como imagen indestructible relegada en una cámara obscura, vela siempre.

Si se vuelve a sentir el perfume evaporado, a oír la misma música con que se recreaba aquél a quien se amó, la puerta del recuerdo que permanecía cerrada se abre espontáneamente apareciendo el amor que se había escondido en el corazón entumecido.

El eco, vagamente, extendía por el campo la voz tierna de entonación quejumbrosa de la indiecita, que semejava a un murmurio arrancado a lo hondo del corazón.

¡Ay, así amor vuelve a nacer, como el dolor a morir!.....

A la luz del primer foco del alumbrado eléctrico que encontré en mi camino, escribí la página de una novela que jamás terminaré. En ella decía: "La inmensa casa de mis abuelos en la que yo naciera, donde vivió y murió mi madre, me parece hoy más grande, más solitaria, más melancólica que antes.

¿Por qué la angustia de otros tiempos renace? ¿Por qué turba mi alma extraña incertidumbre? ¿Por qué estoy abandonada y triste, mirando al infinito con indagadora inquietud?

¿Puedes, amor, volver a nacer? ¿Puedes amor volver a morir?

Como lo inusitado, visión de ternura impalpable, lo he visto: ¿fué una realidad que se esfuma?.... Le he visto y su presencia subyugó mi alma.

¡Felicidad que apareces con un cortejo de tristezas, quién pudiera exilarte! No te acerques, no me quebrantes: alondra próxima a emprender el vuelo, busca el reino de la fantasía; mi amor se ahoga en la mansedumbre de un lago desconocido: es un aleteo de agonías.

Te presentí antes de verte, amor extranjero, en horfandad indagadora; lo incierto de tu camino me desconsuela; no te detengas. Quisiera ofrendarte la paz de un corazón sin inquietudes, que desconozco.

¿Creías que te deseaba?..... Si pudiera detener-te: Dime que has de volver mañana y todos los días de la vida en continuidad de felicidad sin fin!

Me espanto con sólo pensar que podría esperarle todas las horas de mi existencia, perdida de dolores, durante una ausencia que no conoce límites.

Sólo sé que llegará hasta mí cuando mi angustiado corazón le llame y aunque intangible le sentiré cerca, muy cerca de mi alma.

Interrogando a la visión amada, cuando sus ojos no me miren y su boca no hable ofreciendo halagos, sin lograr persuadir la extravagancia de mis anhelos, me sentiré extraviada en la inmensidad de su corazón; quedaré temblorosa, escondida en un nido oscilante colgado en la rama del misterio, sin conseguir apartar-

me de una sombra muy negra, la que refleja mi tristeza.

*
* *

El frío del invierno ha huído, mas el sol no vuelve.

La primavera está melancólica; la noche trágica armoniza en el silencio de mis cavilaciones; enigma indescifrable que interroga al infinito.

Atormentada por congoja inusitada, exclamó la princesa bronceada por las caricias del Sol, en la solemnidad faustosa de un bello salón colonial: “¿Por qué te rechacé amor desconocido? Vuelve, ven aunque sea un instante tan corto como el punto final del libro de mis dolores.

Los “quipus” que anude mañana serán blancos y los arrojaré con el hastío de las horas perdidas, lejos de mí y cerca del olvido.

¿Cómo decirlo? A la hora del crepúsculo me ha dado una cita: viene a decirme que le ame en la ausencia, que se aleja para siempre.

La vida es larga, amor, y tu cita eterna, ¿acaso para el cielo?

Forma que parece intangible, ensueño o realidad, genio audaz, la separación que pides es montaña de nieve que diluye el calor de la esperanza; exiges lo imposible ¿qué ser humano podrá retener el vuelo del cóndor? ¿Quién, a la carabela que surca las tempestades pasionales? ¿Quién transforma en constante lo que es efímero? ¿No podré olvidar su magestad serena?

Su cabeza aureolada de gloria, corriendo el mundo, será poderosa; su voz se dejará oír gratamente, extendiéndose por los confines de la piedad, en clamores de justicia, mis oídos no le escucharán más, sólo su fama llegará hasta mí, dulcemente, como la música que se escucha a la luz verdemente tamizada por la palidez de la ausencia.

Para mí no existe el amor que vuelve a nacer. Sólo a él amaré siempre, le amaré eternamente, a la hora

del crepúsculo, cuando débilmente me dijo que no le olvidara nunca”.

*
* *

La gacela que cantaba había silenciado y apoyándose en la tapia del huerto, descolgaba el cuerpo hacia



afuera, con inclinación de flor que desfallece: sus ojos asustadizos abarcaban el espacio, inquirendo a la sombra. Volví hacia ella y le pregunté: ¿Tienes nido de amor?

La indiecita respondió: “Si, *señoray*, tengo mi novio: al toque de la oración venía todos los días; pero ya hace muchos que no me vé.....”

Ahogada en sollozos no pudo continuar; las lágrimas caían de sus ojos.

Alejóse presurosa cubriéndose el rostro con el ruedo del amplio faldellín, ruborosa de su llanto.

No sé si pudo oírme pero alcancé a decirla: “Si tu corazón sabe esperar volverá un día; hay amores que nunca mueren”.

La Ciudad del Sol estaba sombría, tenuemente alumbrada por la luz de los focos somnolientos; el arcano de su vieja historia parecía abrirse para lanzar el bostezo del cansancio que emana de lo inerte.

Ya había llegado a mi alojamiento y mis labios murmuraban: ¡Ay amor que no vuelve a nacer: no sólo mi amor quiso morir!

LAS CALLES.

Las calles del Cuzco no se parecen a las amplias y suntuosas de las grandes capitales; tienen la belleza de lo que estrecha y abriga, de lo que se esconde, de la línea que se prolonga; el encanto toledano, la evocación del mito, la tentación del recuerdo.



Son calles miniadas que se escapan de los pinceles primitivos; de las aventuras galantes de los viejos castellanos, de los duelos sangrientos de centenarias vendettas, de los trágicos idilios veroneses.

¡Benditas calles que aun viven años atrás dividiendo solariegos hogares, de amplios patios y ventanales moriscos que lucen blasones marquesinos y condales!

¡Benditas calles esmaltadas de flores en la cuaresma, durante los ritos sagrados en el martirologio pasionario de Jesús Crucificado!

¡Benditas calles en las que se puede meditar con la unción de los claustros conventuales!

¡Benditas por su silencio que mueve el alma a la contemplación ancestral, como un himno secreto y remoto!

Reina en ellos la armonía del conjunto, la gracia accidentada; blancas y polícromas se elevan hacia las verdes colinas en pedregales musgosos, o declinan dulcemente convergiendo hacia la plaza principal y otras, donde se transforman en abrigadas y graciosas arquerías, a cuyo amparo se realiza un mercado especial y curioso, mezcla de feria y de verbena: a falta de chisperos, de chulas y manolas, pasan bajo los portillos que algunos se llaman de panaderos, de carniceros, y otros, las montesas ahogadas en la amplitud del refajo, la dama dulce de elegancia moderna, el ceitrino levantisco, el sayal del monje, la española capa clerical, el enlevitado magistrado y el romántico mozo que sabe rasguear una guitarra y enamorar a las colegialas, entonando una dulce melodía o las centenerías canciones con que regalaron sus oídos las pricesas arcaicas y las vestales del Sol.

Andando por esas calles, en las que vagan los romeros cosmopolitas peregrinos del arte y de la belleza mundial, he sentido la beatitud del primer amor, una sed de paz y la necesidad de mirar el verde agraz de las colinas, de aspirar el amplio incensario de los campos de urces quemadas, de pastales despertados por el rocío estival.

Yo también he vagado como una silenciaria y exótica viajera, ocultando el tesoro de las emociones que sentí, en esa cosita tan frágil y tierna que es el corazón de la mujer, cuando contemplé la antigua calle Loreto kijllu, que conducía al antiguo templo del Sol, convertido por la piedad española en iglesia y convento dedicado a Santo Domingo.

¡Los desfiles sagrados, la adoración gentílica coloreada por el astro refulgente en el cielo y deslumbrando de oro la tierra!

El cortejo sonoro del Inca, marcial y rítmico, según la melodía de la misteriosa quena, y las bellas princesas luciendo esmeraldas y perlas entre los fantásticos dibujos de finas y sedosas telas, pasaron en otro tiempo por la calle del Sol.



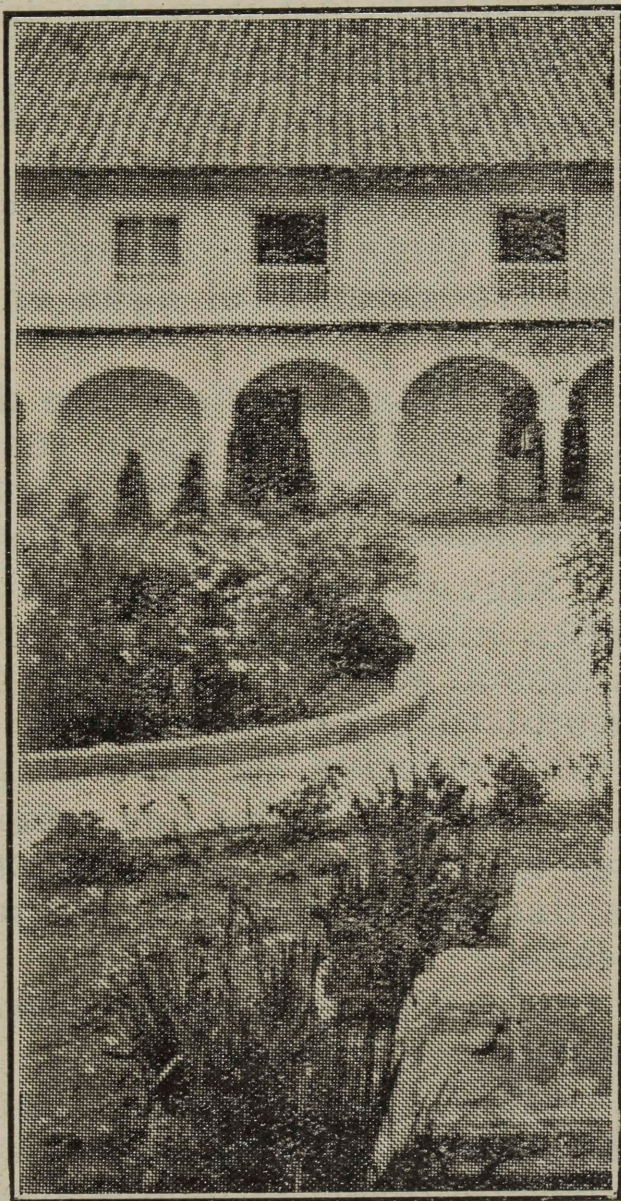
Ví perderse, a lo lejos, en la puerta de la sacristía, a un monje dominico, ocultando en el fondo del claustro la blancura del hábito y el negro ropaje de la capa, y luego escuché un eco, un murmullo tenue, que se escapaba del vetusto convento: era la oración de los prisioneros del amor sagrado, que entonaban una

plegaria a Cristo, allí donde la fé incaica adorara al Sol.

No distante aparece un canal profundo de agua que se esfuma tristemente, como un remanso veneciano; si tuviese cisnes me habría transportado imaginativamente a los canales de Brujas, en una mañana bañada de Sol y de alegría. Las ondas sonoras de la aurífera "María Angola", con su místico clamor, llegaban hasta mí cual el carrillón lejano de la amorosa Brujas, que me despertó en un día de felicidad, de esos que las mujeres buenas creen que deben ser eternos.

El canal cuzqueño diríase una boa barcina que se estira en la agonía y se prolonga hasta perderse en lo inmenso del campo; hacia el centro de la ciudad esconde la cabeza inerte y desaparece bajo las modernas calles centrales, pulidas y limpias.

Los portalillos me fascinan, se les vé aquí y allá diminutos y graciosos; si no encerrasen un mercado de bazar original, diría que parecido debió ser aquel en que nació Jesús de Nazaret: humilde, de arquitectura vetusta, íntima, acariciado por la naturaleza. Allí se venden Niños Dioses pequeñitos y grandes, cuidadosamente esmaltados; graciosas esculturas de un artista ingenuo que trabaja con el amor beático que inspira el juguete sagrado de los infantiles corazones.



Los Niños tiernos, graciosos y dulces, yacen acostados en rústico y diminuto escaparate. Todos mi-

ran plácidamente y con un bracito abatido y el otro levantado, bendicen al pasajero.

De otro lado se aglomeran las curiosidades serranas: muñecas de trapo originalmente vestidas a la usanza provinciana, arrequives y escarcelas de recientes, burdamente labradas.

Siguiendo una estrecha calle que se suspende o se allana, según el declive del terreno, se encuentra alguna tienda de los anticuarios cuzqueños. Deslumbra el oro de los tallados del más hermoso churiguera. Las esculturas incaicas burdamente labradas, en la multiplicidad de sus formas imitativas, destacan por obscuras al lado del incendio del oro colonial.

En una callecita angosta, cual un pasadizo de mezquita o alhambra, asoman los ventanales y los testeros de antiguas casas españolas. Como en Toledo, desde ambos testeros, se puede conversar sin levantar la voz. En otras, quebradizas y empinadas, corre la acequia, travesando el agua en gracioso y diminuto torrente.

No falta la calle pobre de arrabal; obscuro callejón, a espaldas de algún templo o convento, sin moradores ni transeúntes, la que el indio ha convertido en muladar. También las hay modernas y acicaladas.

Alguna vez me sorprendió un muro grandioso de piedra más artísticamente combinado que en la pagana Roma, y contemplándolo pensé en lo efímero de la arquitectura moderna, en su belleza de cromo, ante la verdad emotiva de la construcción incaica.

¡Benditas calles que presenciaron los mágicos desfiles de los Incas, las marchas gloriosas del Dios Sol, las danzas sagradas y profanas de la voluptuosidad arcaica!

¡Benditas por los poemas de amor y de sangre castellana que ocultaron!

¡Benditas cien veces, porque ellas me condujeron a la ondulante colina donde ví el tramonto del Sol que se precipitó por el monte abajo en lo hondo de la foz, esparciendo la boira que entonó de plata la ciudad!

¡Benditas cien veces, porque ellas me condujeron a conventos centenarios, a viejas catedrales, a ruino-

sas sacristías, hacia frailes y monjas de otros tiempos, de otras épocas, que tienen la santidad de siglos adentro!

¡Benditas, sí benditas! porque ellas me enseñaron el idilio intenso de lo que fué obra de amor y de belleza.

CASAS COLONIALES.

Los edificios de la colonia se levantan despóticos, orgullosos, aplastantes, oprimiendo a los del Sol.

En un barrio incaico de los que mejor se conservan existen las ruinas del palacio del Inca, sobre las que se ha construido una casa moderna de la cual no han desaparecido los frescos legendarios de la ornamentación colonial.

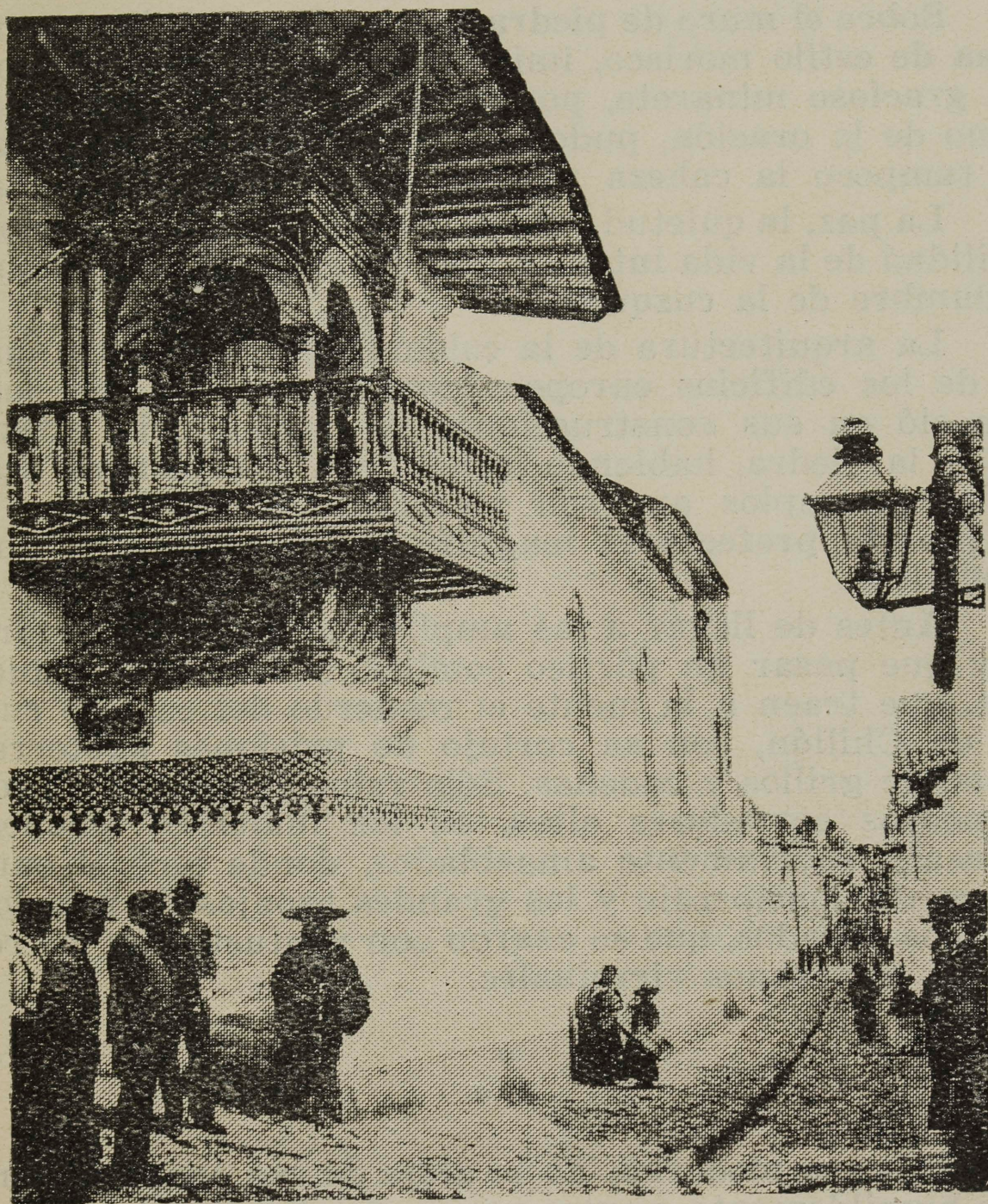
El artista que los ejecutara, menos místico que los primitivos conquistadores, ha querido perpetuar la memoria del Emperador que en aquel lugar habitara, trazando burdamente los retratos de los Incas como homenaje tributado a la majestad incaica.

A la entrada de la casa aparecen los Incas aliñados, como en los frisos faraónicos, con la *macana*, que semeja un cetro, colgando de una mano y el hacha de oro, símbolo del trabajo, en la otra. Tienen la frente coronada por una cinta de oro, que sujeta no el audaz y empinado penacho de Cyrano, sino la borla imperial que se doblega y cae sobre la frente indicando que el que la usa ha recibido del Sol el privilegio de gobernar el Imperio.

Las indiecitas domésticas por allí pasan sin mirarlos; lentamente, como lo permite el peso del amplio justillo, andan silenciosas, con la pisada ahogada por la humilde *ojota* de burdo pellejo: abrigadas con el grueso *anaco* de bayeta de castilla, sobre el que caen las negras crenchas, tan brillantes como los negros ojos.

De la colonia, sólo tiene esta mansión la arquitectura imitativa, aunque un tanto empobrecida. Más amplia y suntuosa es la del Marqués de los Atavillos, utilizada, en parte, para la venta de antigüedades. Dentro

de los salones, cuyas puertas se abren hacia los grandes y amplios corredores, se exhiben muebles de estilo churrigueresco, graciosamente tallados: sillones antiguos, tapizados con cuero de Córdoba primorosamente labrados.



Un cofre centenario contiene maravillosos tejidos polícromos con los extravagantes dibujos que lucieran las Coyas arcaicas. Abundan los amuletos de piedra, de los gentílicos adoratorios; ídolos incaicos de plata y oro, y numerosos cuadros sagrados con los lien-

zos ya gastados, cuyas imágenes veladas por el tiempo presagian un próximo fin.

Otra de las bellas casas coloniales cuzqueñas se levanta sobre las ruinas de otro palacio de los Incas; posee un milenario sistema de cañerías desde aquella remotísima época y que aún hoy se utiliza.

Sobre el muro de piedra incaica han fabricado una casa de estilo morisco, imitación de la Alhambra, con un gracioso minarete, por el que no asoma el almuédano de la oración, pudoroso bajo el blanco albornoz; ni tampoco la cabeza morena de la joven cuzqueña.

La paz, la quietud exterior, armonizan con la tranquilidad de la vida interior, con el recogimiento y mansedumbre de la cuzqueña.

La arquitectura de la colonia, de igual modo que la de los edificios europeos contemporáneos, no desconoció en sus construcciones la importancia estética de la piedra, habiendo legado, con el esplendor castellano, templos que son monumentos admirables y el palacio prefectural magnífico y fuerte como una ciudadela.

Antes de llegar a las amplias escaleras de piedra hay que pasar un pórtico sombrío y fúnebres zaguanes, que traen a la mente el recuerdo del castillo suizo de Chillón, con su cortejo de prisiones subterráneas, de grillos y cadenas. Sólo reina la alegría en los inmensos corredores altos, en los inmensos salones, lujosa y sobriamente amueblados, donde luce el suntuoso terciopelo rojo y los grandes espejos de pesados marcos dorados, que se usaron con profusión en los recintos cortesanos virreinales.

*

* *

La casa moderna, no se aleja de esa época y, aunque humildemente, parece que pretendiese prolongarla; así la ciudad conserva la armonía arquitectónica del conjunto. La morada de la joven casada es la misma que heredara de sus abuelos, todo les recuerda, todo es igual a lo que ellos amaron, todo habla la ceremonia antigua, todo incita a la cortesanía solemne, a la

sobriedad del rito y al amaneramiento gongoriano, un tanto simplificado por la dulzura femenina.

Una de las reuniones más importantes de la alta sociedad la constituyen las visitas. El sillón dignatario, de que ya he hablado, es ofrecido y cedido galantemente por los dueños de la casa, al que viene de fuera, especialmente al turista, para el cual son excepcionalmente hospitalarios. El recato y la moderación dominan durante estas reuniones, pues toda la familia que habita la casa acude al salón para halagar con su presencia al visitante. La sobriedad y etiqueta dominan, y suave murmullo de dulce tonadilla denuncia en la charla el acento lugareño.

Las señoras, poco callejeras, han sabido formar mansiones gratas y halagadoras al hombre, de las que se aleja sin placer para volver presuroso.

LOS HOGARES.

En los hogares cuzqueños ya nada se encuentra que recuerde la idolatría del Sol, ni tampoco la influencia cosmopolita, disociadora de nuestros días. Todo



parece paralizado dentro de las costumbres que nos legó la vieja España.

Las jovencitas de hoy viven y sienten como sus bisabuelas; algunas, las más atrevidas, se escapan de la ternura y el mimo con que las regalan en el hogar para correr a las aulas universitarias, sedientas de lectura, a veces prohibida, sedientas

de ciencia, de sapiencia varonil.

Se puede decir que cada familia constituye un poema pasional, escondido, romántico, que sugestiona dentro del cuadro donde la vida de ayer se apercibe velada.

Los salones en que he sido recibida con galantería solemne y cortesana, tienen la forma estrecha y prolongada; lucía en ellos el rico mobiliario Luis XVI con los amplios y mullidos sofás, las consolas y mesas orladas sobre las cuales tilintean los colgandijos de cristal de majestuosos candeleros, donde se consumen las velas señoriles a las que la electricidad no ha podido desterrar.

Yo sabía, por mi padre, que en el Cuzco tenía una tía de virginal ancianidad, la señorita Yábar, y ansiaba conocerla por ser cuzqueña: muy engalanada como debió hacerlo su belleza a los quince años, me recibió en el mejor salón de su casa, donde fuí conducida ceremoniosa y fríamente por la anciana criada de la familia, que vestía el policromo traje provinciano. Después de cortos minutos de espera durante los cuales mis ojos curiosos escudriñaban todo, apareció la simpática señorita, que soporta la ancianidad con grácil flexibilidad: magnífico camafeo cerraba el corpiño de seda negro que se adaptaba al cuerpo, ajustado con botones; amplia falda de seda que se hinchaba, la engalanaba como a una princesa de Trianon; abolenga redcilla encerraba sus cabellos oscuros. Largos aretes de topacios caían de sus orejas tristemente, acariciándola el rostro cual lágrimas cristalizadas que llorasen el divino tesoro de la juventud perdida.

Muy tierna, muy amable, la señorita Yábar, guardó siempre la compostura y dignidad de los tiempos virreinales. Me había ofrecido el sitio que en el hogar cuzqueño se destina a la más alta personalidad que a ellos penetra: un sillón, colocado en medio de dos clásicos sofás.

La ceremonia, la etiqueta me había subyugado al punto que si me hubiesen hablado de mi *pied-à-terre* parisiense, del bullicio de los camaradas exhuberantes de arte y de ingenio, yo misma me hubiese desconocido, pues sentía que en mi ser había penetrado el espíritu de alguna abuela centenaria: la paz, la quietud del ambiente en el viejo hogar me abrumaba.

Hablamos de cosas tristes, de abuelos, de vínculos de familia, de muertos que no conocí, de enfermedades, de pesares soportados con cristiana resignación.....

Endulzó esta charla el amoroso recuerdo que la señorita Yábar dedicó a la juventud de mi padre y comprendí que con él, el parentezco terminaba.

La luz de la tarde desapareció lentamente y la obscuridad invadía de melancolía la estancia; hubo minutos de silencio, de recogimiento....; el retrato del primo, monseñor, vestido de seminarista romano había ocultado su dulce mirada.

La vieja india gobernanta de la casa, apareció suavemente, con las pisadas amortiguadas como algo que se desliza, luego otra más joven y después otra. Instantáneamente encendieron las bujías y apareció una magia de luz movible, de parpadeos en un despertar lejano, que se reflejaban en los enormes espejos de ricos marcos dorados los cuales parecían que las paredes soportaban con dolor.

Las velas ardían en todas partes, sobre las consolas, sobre la mesa ovalada y grande, sobre las chicas, y se multiplicaban reproducidas en las lunas venecianas con chisporroteos, cual luciérnagas de alas abiertas, alucinante otras, se escondían o se consumían exhaustas; vestales inmaculadas, agotadas en la angustia del calor que consume.

Al despedirme, la vieja india me abrazaba tiernamente, prodigándome el dulce vocabulario serrano, como si hubiese crecido en sus brazos, ya le habían dicho que por parentezco pertenecía a ese hogar. La matrona encontraba poco dignas sus zalemas.....

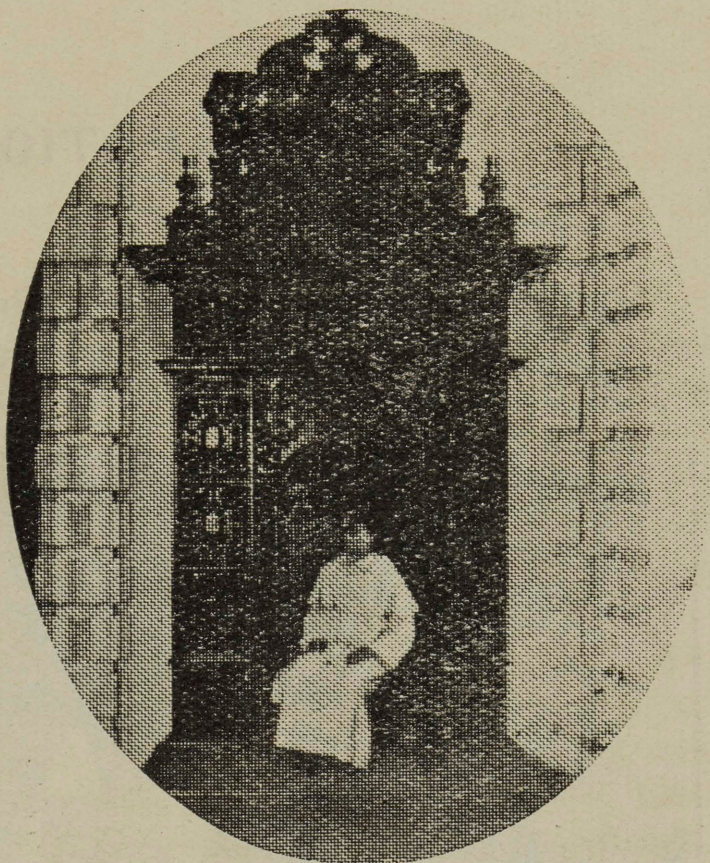
Acompañada con un cortejo de velas encendidas, descendí las amplias escaleras de piedra; oí el chirrido del grueso cerrojo de la puerta de calle que se abría para darme salida; miré detrás el patio oscuro con la arquería de sus claustros y recordé que en los palacios vieneces sólo a los Príncipes se les concedía el cortejo de velas encendidas.....

Allí dentro quedó la anciana, en el hogar colonial, sumergida en recuerdos, entronizada en el pasado de su alma impenetrable.

En la calle hube de andar muy de prisa, la india se amotinaba, corría silenciosa, con ese silencio trágico de las revoluciones sangrientas.

Era la época de las elecciones parlamentarias y un candidato por Ayavirí, acababa de ser asesinado

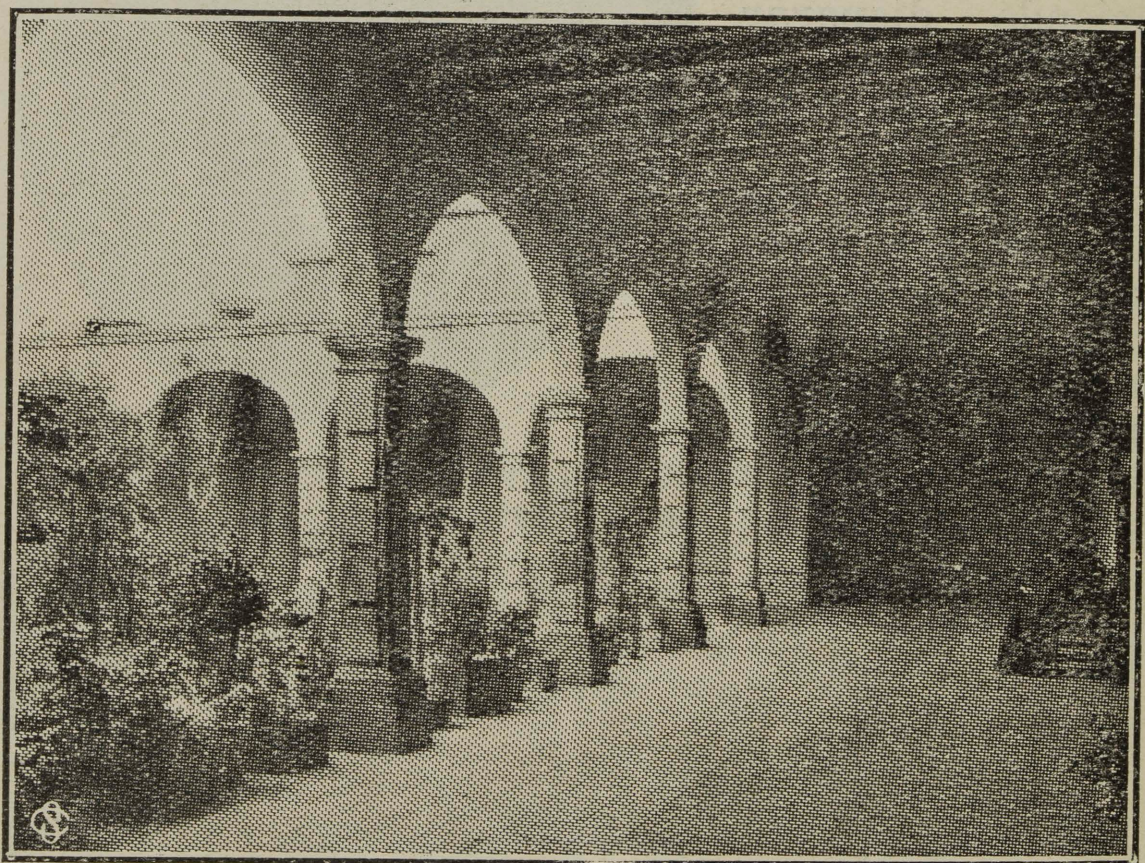
por su contendor; forma no frecuente, pero con la que a veces se obtiene la elección unánime en algunas provincias. Llegué al hogar que me brindaba hospedaje y no tardé en ver a la ciudad que ardía en un castillo de balas. Protestaban por el muerto y la autoridad acuartelada en el Palacio prefectural, se defendía con una pequeña guarnición haciendo disparar los rifles al aire y también contra la indiada.



Dos Cuzcos, dos ciudades, dos hogares! el interior, cerrado y escondido, con reminiscencias virreinales; el callejero, republicano, insumiso, rebelde, levantizco, con la herencia atávica de los guerreros del sol!

LOS PATIOS.

Grandes patios de casas solariegas, patios sevillanos, pobres en tiestos y que gimen la ausencia de los jazmineros andaluces. Los hay floridos, risueños;



también austeros, de vetusta piedra con la severidad de la Avila medioeval. Patios a los que convergen balcones interiores que podrían ser claustros! ¡Patios de quietud! ¡Patios de silencio! ¡Patios de añoranzas!

¿Dónde está la grandeza española que en ellos se recreara?

¡Patios de beatitud armónica, inspirado en el amor que opera el milagro de lo maravilloso!

Algunos blasones de los testers denuncian los tiempos coloniales y que por allí pasó la realeza cas-

tellana; algún conde o marqués cuyo nombre se ignora, ya olvidado en lo borroso del tiempo, pero cuya alma vive eternamente en los patios nostálgicos de su antiguo esplendor, de igual modo que en la piedra blasonada y en la orgullosa portada.

Suelen verse algunos pequeños, modestos, sin la pretensión feudal o la inmensidad monástica; mas, lujosos o pobres, de suntuosidad arcaica o de rústica apariencia, todos tienen el pudor cobijador de la arquitectura que encuadra los elevados corredores de amplios ventanales. Alguno buscando abrigo y en vista de la comodidad que requiere la vida moderna, ha envinado estos claustros en pequeño, y así encerrado más aún los largos y estrechos salones que lucen mobiliario de lujoso estilo.

Los incitantes patios cuzqueños atraen la mirada del transeunte como una promesa velada, para el amante, o con melancólica remembranza para el romántico.

Uno, grande, señoril, mueve a la admiración: perseguido por el mercantilismo que no se detiene ante la belleza, parece agobiado, ultrajado por la casa importadora a que pertenece, conteniendo cajones de mercaderías y abriendo sus puertas a oficinas de negocios.

El grandioso patio de opulencia colonial no se dobliga y, al contrario, se conserva indomable como si el gran conquistador Francisco Pizarro le hubiese dejado el sello de su bizarría: perteneció al más osado entre los guerreros, a quien su Magestad Católica, el Rey de España, le rindió el homenaje de llamarle Marqués de los Atavillos. El gran señor, ennoblecido por su inimitable proeza de haber vencido al Imperio del Sol, lució en el patio de su Palacio el acero de su armadura y la gallardía jamás desmentida de la raza castellana.

En la portada dejó el blasón el Marqués de los Atavillos; mas hoy, parece un sarcasmo de esplendor lejano, entre los rótulos del negocio moderno.

*

* *

Andando por una estrecha calle, que parece adormecida en el letargo indiano, cual un crepúsculo sin sol,

se encuentra el patio de una Posada indígena semejante a la toledana que habitara el inmortal Cervantes.

El patio cervantino ha paralizado su vida al desaparecer ese cerebro de la literatura humana que le diera renombre; ni muere de vejez ni avanza en modernismo, mientras que el patio de la Posada cusqueña va llegando a un próximo fin: agotados, gimen los muros la agonía de su ancianidad y declinan suavemente, con el negror añoso que los entristece. A la sombra del patio descansa, después de haber caminado sobre las nieves perpétuas, la rubia llama, libre de la minúscula y enojosa carga que le impusieran. El despótico paco doblega la altanera cabeza fatigado de la jornada realizada y duerme. Por allí el indio arriero emponchado, con la piel endurecida por el rigor de las punas, con la cara rígida, sin expresión, como una cerámica arcaica, de cuclillas se arrima a una columna ruinoso que parece próxima a derrumbarse y también duerme con la cabeza inclinada sobre las rodillas; mas el menor paso que por el patio cruce, el menor suspiro que rasgue el aire, le despierta: su instinto desconfiado le da una sensibilidad extrema y aún dormido siente el peligro y vigila siempre alerta su alma asustadiza de vasallaje centenario.

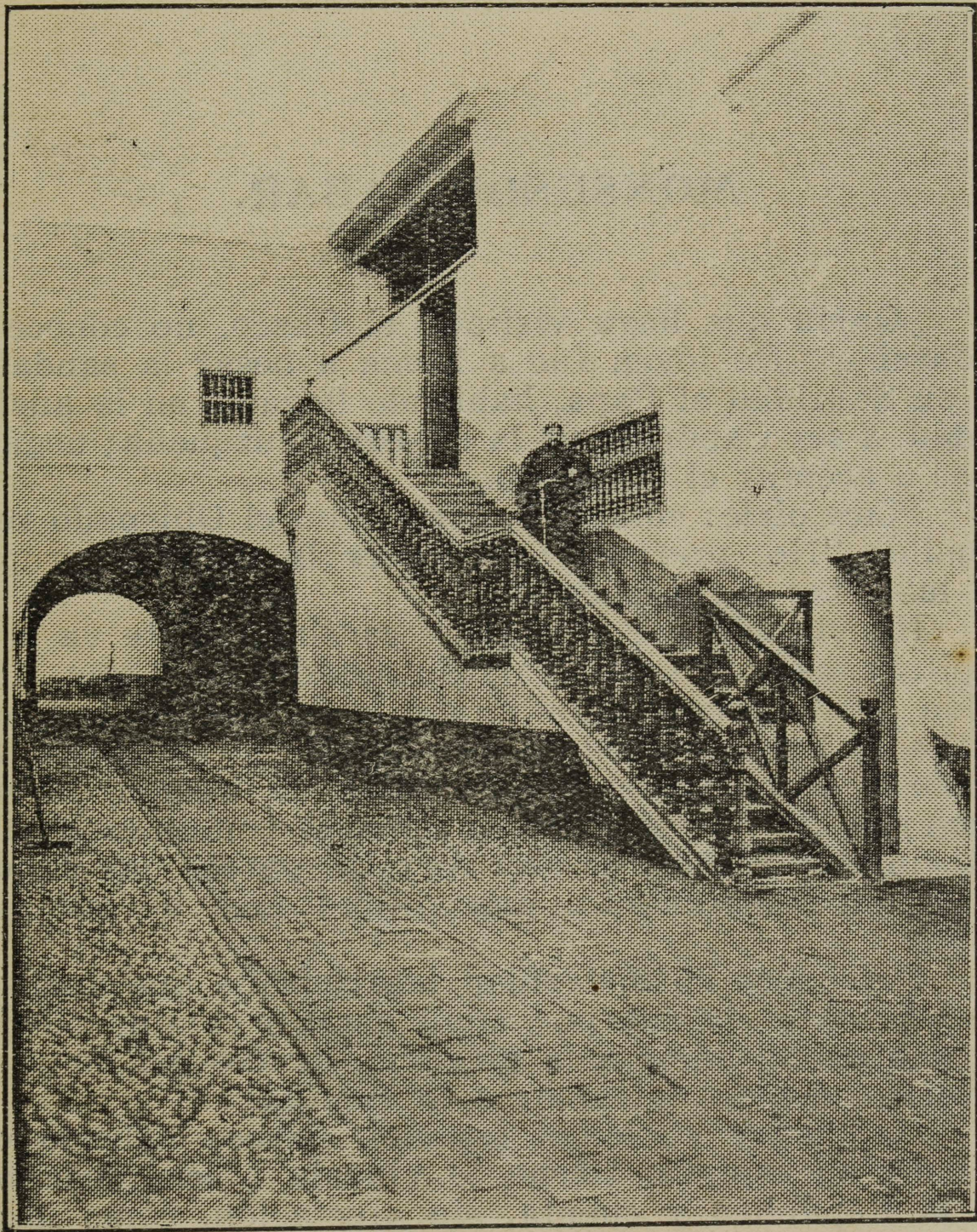
Existe en lo ruinoso una tristeza como de muerte anticipada, de algo que fatalmente se aleja, semejante a la forma corpórea del ser amado y que, no obstante, se diluye, sin que la retina pueda conservarla. Negro telón que lentamente va cayendo, sin que se pueda impedir, ocultando el panorama del pasado, transformado por el ansia destructora del tiempo.

¡Patios cuzqueños! ¡Patios íntimos! ¡Patios de los amoríos y veleidades de la España romanezca!

¡Patios labriegos que brindan solaz a los cuerpos encorvados por el trabajo! ¡Patios benditos donde se recrea la beatitud monjil!

¡Patios por donde cruzó el Santísimo de la Religión que abolió el paganismo incaico, para rendir el homenaje de la devoción sacramental! ¡Luz divina que deslumbrara la del Dios Sol!

¡Pacios de los que se enamoraran pinceles galanos!
¡Ya en lienzos admirables se perpetuó vuestro encanto!



¡Sois un himno del arte que contiene el poema
lugareño!

MONSEÑOR YABAR.

¿Quién que haya visitado el Cuzco, no conoce a Monseñor? De joven fué a Roma a besar la sandalia de su Santidad el Papa, habiendo llegado, en la ancianidad, a ser Canónigo de la Catedral cuzqueña; negándose a aceptar el Obispado.

Place oírle: cuando le ofrecieron el Obispado respondió: "No, prefiero no conocer la vanidad propia de las altas dignidades".

Ha viajado por Europa y continuamente va a la capital; mas sin haber corrido mundo. En Lima, una celda del Convento agustiniano le dá hospedaje y escucha al Prior y obedece el toque de la campana. Al celebrar el holocausto de la Misa, la unción de sus plegarias, la devoción de su alma se comunica al auditorio y el Templo de San Agustín parece que adquiriese un recogimiento, una piedad más devota que antes.

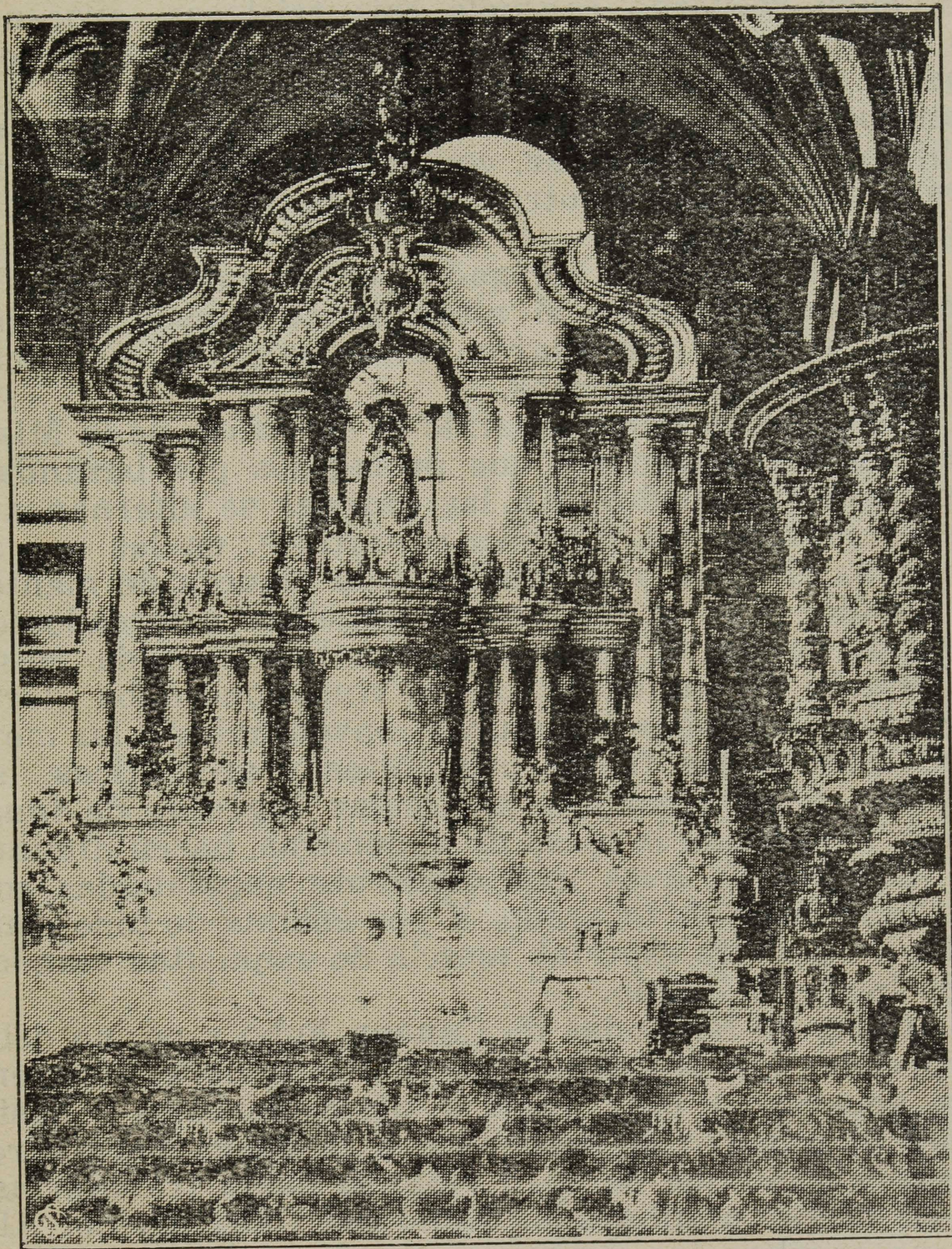
Desconoce la austeridad martirizada que amaron los penitentes del cuerpo y sigue hacia el camino del cielo, dentro del amor a la plegaria, dentro del amor al prójimo, dentro del amor a la familia.

De ilustre abolengo español, parece haberlo olvidado, su espíritu tierno lo vincula a los parientes de la República y cuenta, sin afectación, cómo lazos de familia lo unen a ex-presidentes del Perú, Chile y Colombia.

Habita en el Cuzco una morada clerical, bañada de luz, cuyo patio luce un jardín perfumado de flores y de lozanos arbustos. En un ángulo se encuentra la amplia escalera de piedra gastada por el tiempo; bien puede conducir, por su aspecto señorial, a las blasona-

das moradas castellanas, a los palacios romanos, o a las viejas abadías.

En el primer descanso, un gran lienzo, pintado al óleo con la ingenuidad del arte quiteño, representa a



una Madona; parece, dulce y benévola, sonreír al visitante, desde su capilla improvisada, en la escalera añosa, por la que, en los pasados tiempos, subiera el orgulloso castellano, el austero inquisidor y la magestuosa dama.

Las dolientes escaleras de hoy parecen lamentar su antiguo esplendor, agobiadas, carcomidas, bajo la planta desdeñosa, indiferente del cuzqueño moderno.

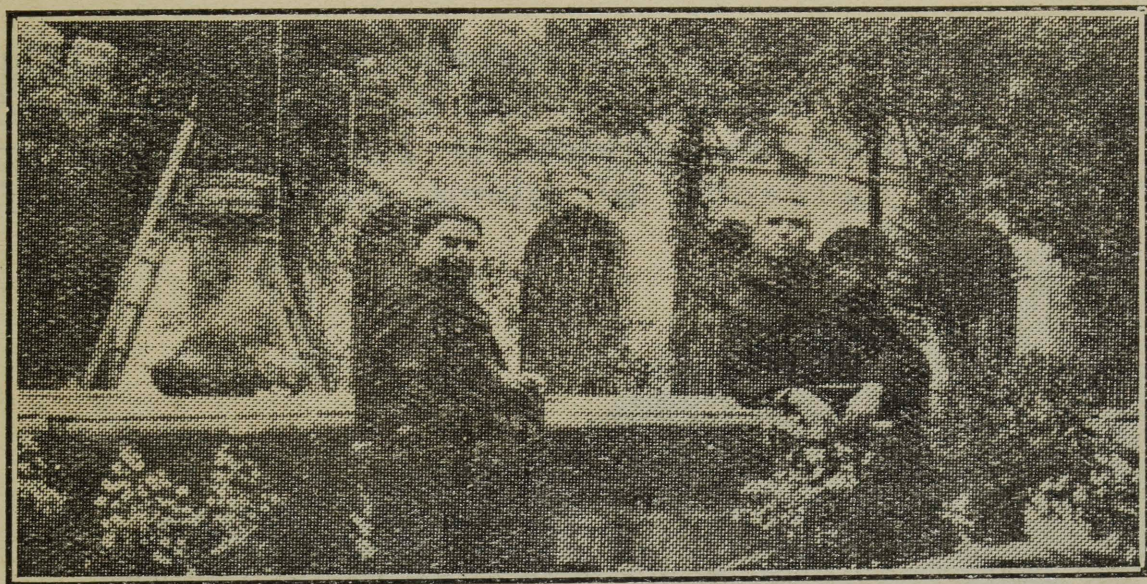
Sólo una vez he visitado la casa de este anciano tío, cuyo recuerdo consuela mis tristezas, evocando su alma, que es la más devota y risueñamente piadosa que he conocido: allí me encontré un día de sol, que iluminaba el salón, propio por la amplitud para un cabildo, y pude admirar, con nítida claridad, las vírgenes florentinas y otras místicas imágenes copias de museos italianos.

En el oratorio, abrigado por el amor y mística piedad, se encuentra el altar donde reposa el Niño Dios y bajo vidrios guarda-brisas se cobija el tesoro de las ofrendas religiosas.

Después de haber asistido al sacrificio de la Misa, atravesé los corredores que protegidos por barandas, conducen al comedor. En las paredes se alternan antiguas pinturas de pinceles primitivos, en las que se derrocha el color, reproduciendo la riqueza de mantos estrellados y en la ternura de angelitos coloreados de carmín. Se rindió honores a una bien servida mesa, abundante en viandas y añejos vinos, que daba gloria verla: la adornaban "misturas conventuales": las monjitas laboran las frutas pequeñas y aromáticas, las acicalan y adornan con particular ingenio; de igual modo, modelando la masa de almendras, hacen diminuta variedad de aves graciosamente engalanadas con cintitas e hilos de briscado. Y por encima de todo emanaba un olorcito especial, mezcla de exquisitas viandas y de beaterio limpio.

Como en las bodas de Canaan hubo vino, no debe sorprender que Monseñor también lo tuviera, ofreciéndolo generoso y muy añejo a sus comensales y hasta operó el milagro de descender a la cueva para ofrecernos alguno que de puro viejo se había transformado en néctar almibarado, digno del Cáliz divino. Allí se encontraban los canónigos que la amistad de Monseñor había seleccionado y algunos monjes domínicos, entre los que resaltaba la imponente figura del Padre Aza, con el blanco hábito y la prolongada barba negra de misionero. Es hermano del renombrado escritor Pío Aza y como él no carece de ingenio: supo ame-

nizar el almuerzo refiriendo, en amena charla, cómo las valerosas monjitas misioneras dominicas, que de España llegaban al Perú, para internarse en las regiones semisalvajes de la montaña, tienen que cabalgar en mulas, sin cambiar el blanco hábito y cubierta la toca con el negro velo monjil, expuestas a derrumbarse a cada instante en la incierta senda que borda precipicios insalvables. Cuando el Obispo Misionero ordenó al Padre Aza que formase parte de una de estas comi-



tivas, respondió: "Sí; pero no ordene su Ilustrísima que si alguna se cae, la recoja, porque seríamos dos los muertos".

Monseñor pronunció breve oración al terminar el almuerzo, como lo hiciera al principio.... Me alejé pensando que el alimento es un regalo grato al cuerpo; pero mejor cuando antes se alimenta el espíritu como en la casa de Monseñor.

SAN CRISTOBAL.

A San Cristóbal lo importaron los españoles al Cuzco después que Hernán Cortéz derribó la adoración al Sol, enseñando la religión de Jesucristo. Fué una importación mercantil, al mismo tiempo que de fé,



la que sin duda costó muchos pesos, porque el hermoso San Cristóbal tiene proporciones gigantescas: en cambio lleva a un Niño Dios pequeñito, tan pequeñito que puede jugar en la palma de la mano.

El emplazamiento de la colosal imagen del Santo debió provocar cabilaciones, pues la armonía de la proporción le requiere un altar muy grande y el altar, en consecuencia, un Templo también muy grande.

Así, buscando espacio, ya que no era fácil llenar toda la ciudad del Cuzco con inmensas Iglesias, debieron pensar en la grandiosidad del lugar; para el caso ninguno más aparente que la Colina de Colcampata, donde ubicaron a San Cristóbal, antes de llegar al primer zócalo, que luce la residencia del Inca Manco Ccápac.

La fe católica, al encadenar al Imperio del Sol, desde entonces lo vinculó inseparablemente a España. Como vanguardia religioso, alerta para impedir la continuidad de la idolatría, se encuentra al corpulento San Cristóbal, venerado en una pequeña Iglesia, delante de la cual hay que pasar antes de llegar al Palacio del Inca.

Es una Iglesia aliviadora, porque al mismo tiempo que atestigua el espíritu conquistador de España, también prueba que la ambición de poderío, queda mitigada por el amor al verdadero Dios que dieron a conocer.

Antes de entrar a la ruina hay que visitar a San Cristóbal, así se comprende que el Palacio del hijo del Sol, en la época colonial, se relegara al olvido, a la destrucción del tiempo, abandonado en la colina donde se venera el Santo oriental y mártir de la fé.

De la magnífica construcción interior de esta Iglesia, ya no debe subsistir vestigio alguno: el espíritu modernista ajeno a la estética y sin conocimiento del arte retrospectivo se había apoderado de ella. Venciendo dificultades, porque se impedía la entrada al público, hice abrir la puerta y presencié la obra de demolición.

La efigie de San Cristóbal, destronada del altar dorado y de las graciosas rosetas y arabescos tallados en madera, con que le obsequiara la ofrenda religiosa antigua, yacía en el suelo condenado, con inevitable resignación, a presenciar la obra demoledora.

La sierra y el cepillo pulían las talladuras de las maderas, despojándolas de su esplendor; el oro volaba en minúsculas partículas pulverizado para desaparecer en la tierra del suelo; las imágenes de otros altares, que la ignorancia había dejado mutilar, dislocadas y envilecidas, estaban mal cubiertas y al amparo de la sombra del recinto parecían ocultarse como una

protesta impotente y dolorosa por el desamor de la obra renovadora.

¡Renegar contra la España de la conquista que derribó las piedras de la idolatría, cuando ahora se ultima el arte precioso del amor sagrado!

Un obrero, adivinando mi tristeza, me dijo: “Todo quedará muy bien, hasta el Tabernáculo lo voy a modernizar, dejando las tablas llanas pintadas de blanco”.

Me alejé de San Cristóbal recordando las palabras bíblicas: “Perdónalos Señor.....”

En la explanada que sirve de atrio a esta Iglesia, delante de la puerta, se ven dos instrumentos de suplicio: dos horcas de piedras, probablemente de origen inquisidor.

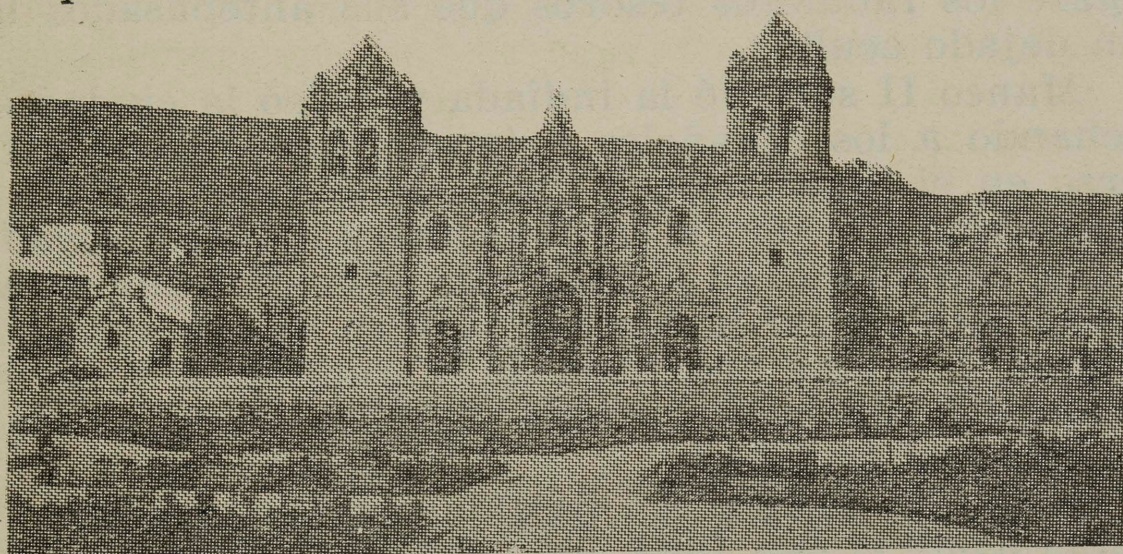
Tormento doble debieron sentir los ajusticiados; desde ese paraje donde se auna el recuerdo de las dos religiones: la cristiana y la del Sol, el de la belleza panorámica.

Allí el deseo de vivir debe sentirse intensamente y los clamores de los condenados debieron ser desgarradores: abajo la mirada se recrea con el paisaje donde aparece la ciudad abrigada por verdes montículos; y hacia lo alto, la ruina soberana de Colcampata predispone, más que a la aspereza ciclópea de la religión renegada, a la dulce remembranza, como si el Inca, generador de la dinastía, hubiese legado a su morada algo de su corazón.

El San Cristóbal bendito, destronado de su altar recamado de oro, como los mantos de Nuestra Señora, permanecerá siempre aunque sea entre las tablas lisas y blanqueadas que le ofrenda la humildad moderna y se le venerará con igual devoción que antes, con la misma fé que desde España le importara.

LA PRIMITIVA.

Así como las plazas de Armas de las viejas ciudades castellanas constituyen el recinto de la vida exterior de los pueblos, se puede decir que las Catedrales son las moradas de las almas, los suntuosos albergues de la fé, del fervor, de las plegarias anhelantes, el refugio del desconsuelo; la paz de las inquietudes, los monumentos de los amores martirizados, la esperanza de los desesperados.



La Catedral crece, se engalana, adquiere magnificencia conforme el pueblo aumenta y la ciudad se extiende.

La Primitiva se inicia modesta, a veces pobremente, para transformarse con el transcurso del tiempo en madre esplendorosa de suntuosidad soberbia y en orgullo de la nación.

La Primitiva Catedral del Cuzco no ha crecido y aun se conserva casi lo mismo que cuando fué erigida por la religiosidad española.

Hoy constituye lo que generalmente se denomina

Sagrario por encontrarse adosada a la Catedral que se construyó después, con la suntuosidad propia del catolicismo que exterioriza el apasionamiento del alma española, desdeñosa de todo lo mezquino, indiferente para todo lo que no es grande.

El Cuzco, conservador de su antiguo y glorioso origen, no le ha variado el nombre a la Primitiva y, como antes, se le denomina El Triunfo.

Se erigió sobre las ruinas del palacio de Sunturhuasi, de los Incas.

Le originó un acontecimiento histórico: la Victoria alcanzada por los conquistadores sobre el Inca Manco II, cuando sitió el Cuzco el año 1536. Hijo del Inca Huaynacapacc y hermano de Huáscar, su valor hizo tambalear la conquista de los Pizarros.

El célebre conquistador Pizarro concedióle los honores que su realeza requería, pero al mismo tiempo se le encarcelaba para que por obtener su libertad entregase los fabulosos tesoros que sus antepasados habían dejado ocultos.

Manco II sublevó la indiada y rodeó la ciudad estrechando a los españoles quienes tuvieron que refugiarse en el Sunturhuasi, donde hubieran perecido si su heroísmo y el fervor católico no les hubiese salvado; pues se cuenta que en el momento de mayor angustia y cuando estaban en inminente peligro de ser vencidos, tuvieron la divina aparición de la Santísima Virgen y del apóstol Santiago, quienes vinieron en su ayuda y decidieron el triunfo.

Sobre las ruinas del palacio incaico se levantó el templo hacia el año 1664, habiendo sido mejorado después en 1729 por el Obispo Dr. Bernardo Serrada, quien quiso perpetuar la fundación enterrando algunos doblones de oro, alhajas y piedras preciosas.

La arquitectura del templo es sencilla y más tiene el aspecto de un Palacio Arzobispal y no de Templo. Interiormente consta de tres naves, marcadas por cuatro gruesas columnas, y de una hermosa cúpula.

El turista que busca el exotismo de los viejos templos, allí encontrará un altar de granito labrado, retablos de luciente dorado, óleos copiados de los cuadros sagrados de Rubens, una bella escultura italiana que re-

presenta al Señor de la Agonía; un Cristo de marfil de gran tamaño, un lienzo que conmemora el terremoto del 31 de marzo de 1650, mandado pintar por D. Alfonso Calés de Monroi, natural de los reinos de Trujillo, quien mandó pintar el lienzo para memoria perpetua del suceso que acaeció en esta ciudad.

Si el incrédulo dudase de la leyenda milagrosa puede acercarse al baptisterio donde se encuentra un cuadro que representa la descensión de la Santísima Virgen y que lleva la inscripción siguiente:

“A este sitio de Suntuturhuasi descendió María Reina de los Cielos”.

Acompañan este cuadro seis de indígenas vestidos a la usanza colonial en actitud de orar y sosteniendo en las manos los cirios de la devoción silenciosa y ardiente.

Mas si esto no bastase al que desconoce la poesía de la fé, puede acercarse a uno de los nichos inmediatos a la puerta principal y leer: “En este lugar galpón, años después iglesia, donde puso sus plantas María Madre de Dios ostentando su poder, haciendo cielo este sitio y victoria la batalla feliz de la conquista, asombrando un sin número de indios, apagando el incendio de estos bárbaros, amparando a los españoles, plantando la fe y convirtiendo a estos gentilísimos, eligiendo como a patrona en sus triunfales aras, año 1664”.

El triunfo, aunque modesto y humilde, parece empequeñecido por la soberbia Catedral; mas encierra el encanto de su simplicidad primitiva y como curiosidad de la arqueología religiosa, una burda cruz de madera suspendida sobre lo alto del altar consagrado al Señor de la Agonía.

Se cuenta que fué la primera cruz que los conquistadores enseñaron en el Perú.

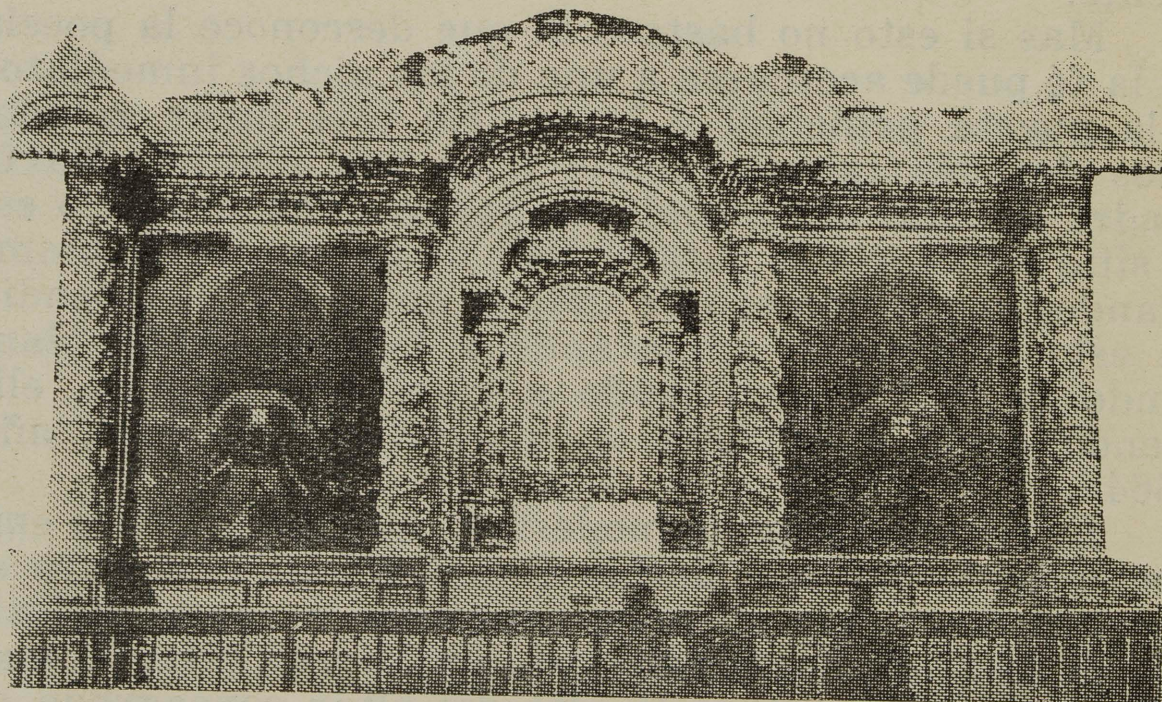
¡Cruz bendita! ¡Cruz redentora del alma! ¡Cruz de agonía!, ¡martirizadora de vidas!, para conocerte y amarte se ensangrentó el Imperio de los hijos del Sol.

LA CATEDRAL.

¿Qué ama quien esta beldad no ama?

¿Qué siente el que no supo conmoverse ante la señorial belleza de las viejas Catedrales?

¿Dónde encontrará abrigo el que jamás tuvo brocados ni dalmáticas, togas ni ricas vestiduras?



¿Dónde se halagarán sus ojos si no se recrean con las ofrendas lujosas y tiernas de los tesoros místicos?

La Catedral es el alma de los siglos que no muere; es la vida interior, fervorosa y silenciosa, espiritual y triste, de los amores desconocidos, de las tragedias ignoradas; de los sucesos de alegrías que la promesa decapita, que el voto perpetúa, que la fé eterniza.

Bella desposada que extiende los brazos de sus naves llamando a todos: al creyente y al incrédulo, al desesperado y al que espera, al indiferente y al fervoroso, al niño y al anciano, al rico y al pobre.

Sus altares son mesas en las que se sirve un manjar exquisito que sólo los labios temblorosos saben paladear.

Tiene un manto perfumado y diáfano que se diluye en espirales que emanan de los incensarios del viejo arte plateresco.

Se viste con un traje de luces que deslumbran, flamear ardoroso de los cirios que se consumen en llamas puras.

Se engalana con las ofrendas florales, que la ternura devota le ofrece en elocuente mutismo.

Se corona con cúpulas y torres de ojivas o lanzas decorativas forjadas por la unción sentimental de la arquitectura gótica y habla un lenguaje mundial, centenario y sonoro con el carrillón de las benditas campanas que bocean alegría, repicando gloria en navidad, al conmemorar el nacimiento del Niño Dios, o se apagan y enternecen, con santo recogimiento diariamente, cuando repiten en el sacrificio de la Misa, que el cordero eucarístico se ha sacrificado, que es redentor de infortunios; holocausto de un hombre divino. Adquieren formidable potencialidad para lanzar el anuncio de arrebató que presagia peligro y las ondas sonoras se esparcen en la ciudad repitiendo a los habitantes: ¡alarma! ¡alarma!, precursora de trastornos inminentes, prevención clamorosa de turbulencias, de agitaciones ciudadanas. Tienen la pesadumbre profunda y desgarradora de los lamentos, al tocar los dobles que piden a Dios la paz de los muertos.

Las campanas llaman con fervor a los corazones a la plática cotidiana, a la plegaria solemne, que el rito ofrece con fervoroso afán.

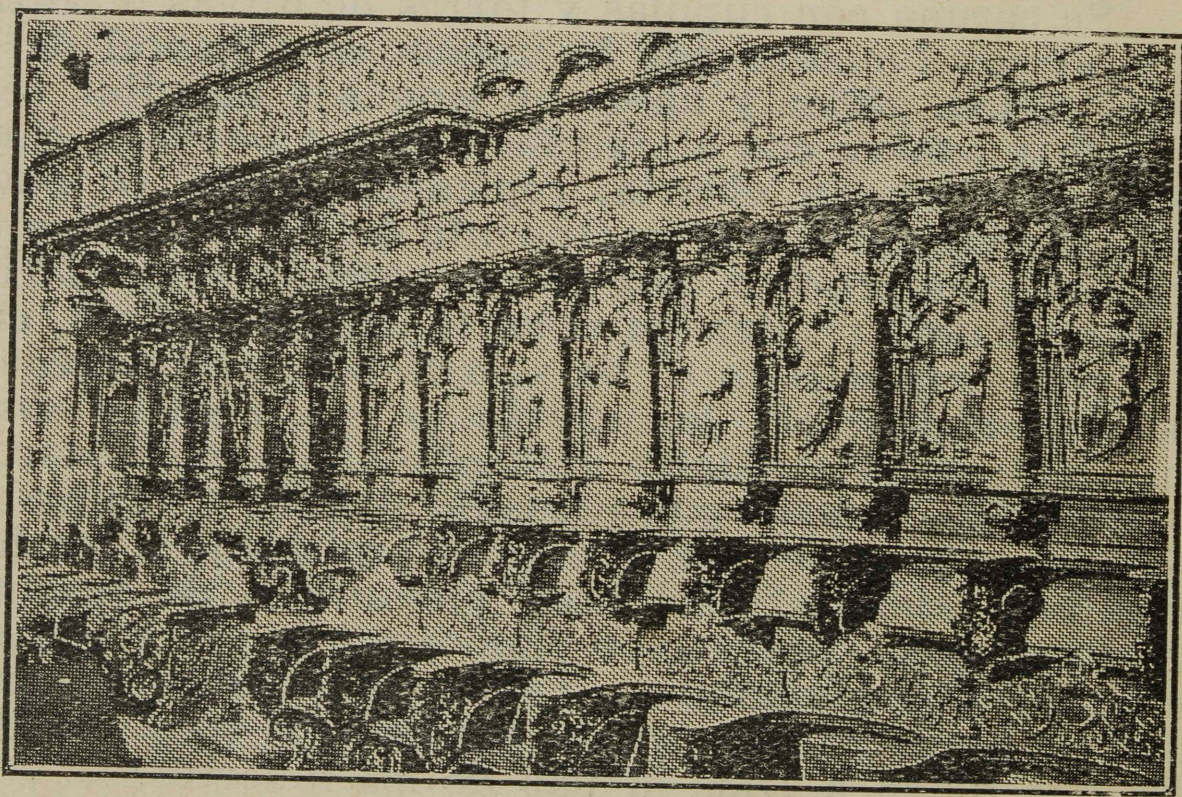
Los que a ella acuden, le comunican el recóndito soliloquio de sus pesares, los anhelos inclementes, las desdichas, los infortunios; los remordimientos pecadores y hasta los crímenes torturadores de conciencias.

La novia eterna del ideal sagrado, responde expresiva ofreciendo su corazón que se trasluce en la objetividad multiforme del ex-voto y de la ofrenda; en la arquitectura de grandiosidad conmovedora, en la perpetua mansedumbre y estabilidad de la piedra.

Las angustias del creyente se comunican y contagian dentro de la amplitud del recinto, del misterio que todo lo dulcifica.

Como ecos lejanos y añoranzas de salmos remotos, los suspiros se confunden; las lágrimas de las doncellas incautas que incendiaron los rubores virginales en el amor de un día, se aunan a las cansadas que resbalan de los párpados lánguidos de la ancianidad agobiada de miserias.

Allí existe, en el reino interior, la comunión de las almas, los labios sólo se mueven en el conjunto de



la oración, a veces rutinaria y otras cual emanación de dolores intensos, de angustia secreta.

La mujer perdida de amores, a la que el amado abandona, expone su dolor y ruega por la vuelta del ingrato que se ha llevado su corazón; “sufro, exclama mentalmente, y no puedo vivir sin él, has que vuelva; Catedral, madre de todos los templos entronizada por el guardián del cielo, dame la felicidad de mi juventud”. Y la esposa del Señor responde: “Yo te daré a mi amado que es eterno, inmutable, bueno y constante; allí está, en el altar, vestido con alba túnica, dispuesto al desposorio que no mancilla; tiene un corazón

ardiente encendido con la sangre de la pasión, él jamás te abandonará”.

La huérfana arrodillada, se oprime el pecho para ahogar los sollozos y con la cabeza dolorosamente inclinada se pregunta: “Si murió mi madre ¿para qué vivo?” y la escena de la agonía y el duelo del entierro revive, donde quiera que dirija la mirada, opacando a las vírgenes y santos de los retablos; oscureciendo las lámparas veladoras, esfumándolo todo en sombras de una infinita tristeza. Mentalmente va diciendo la visión de su dolor: “Se la llevaron en un ataúd, besé sus ojos que no me miraban, los cirios se apagaron, las flores se fueron tras ella y las fúnebres telas también desaparecieron. La cancela abrió sus dos hojas y al pasar por ella, cuando ví que para siempre se alejaba, un dolor extraño, una tortura indecible estremeció mi cuerpo. De esas entrañas inertes había nacido, esa sangre paralizada era la mía, ese cuerpo sin alma fué el mío y el misterio de la vida y de la muerte me aturdió, ¿por qué se la llevaban y yo quedaba allí, en la soledad de la casa abandonada, cuando sentía un desgarramiento de toda mi carne, un dislocamiento de todas mis entrañas, y aturdida y loca de dolor gritaba, con un alarido de rebeldía formidable: “no existe piedad en la tierra ni en el cielo, si me diste una madre ¿por qué me la quitáis?” ¡Madre! ¡Madre! si fuiste toda ternura y amor ¿por qué me dejas? ¿por qué me diste vida si tenías que abandonarme? ¡Madre! ¡Madre, necesito tus miradas, necesito tu calor!”

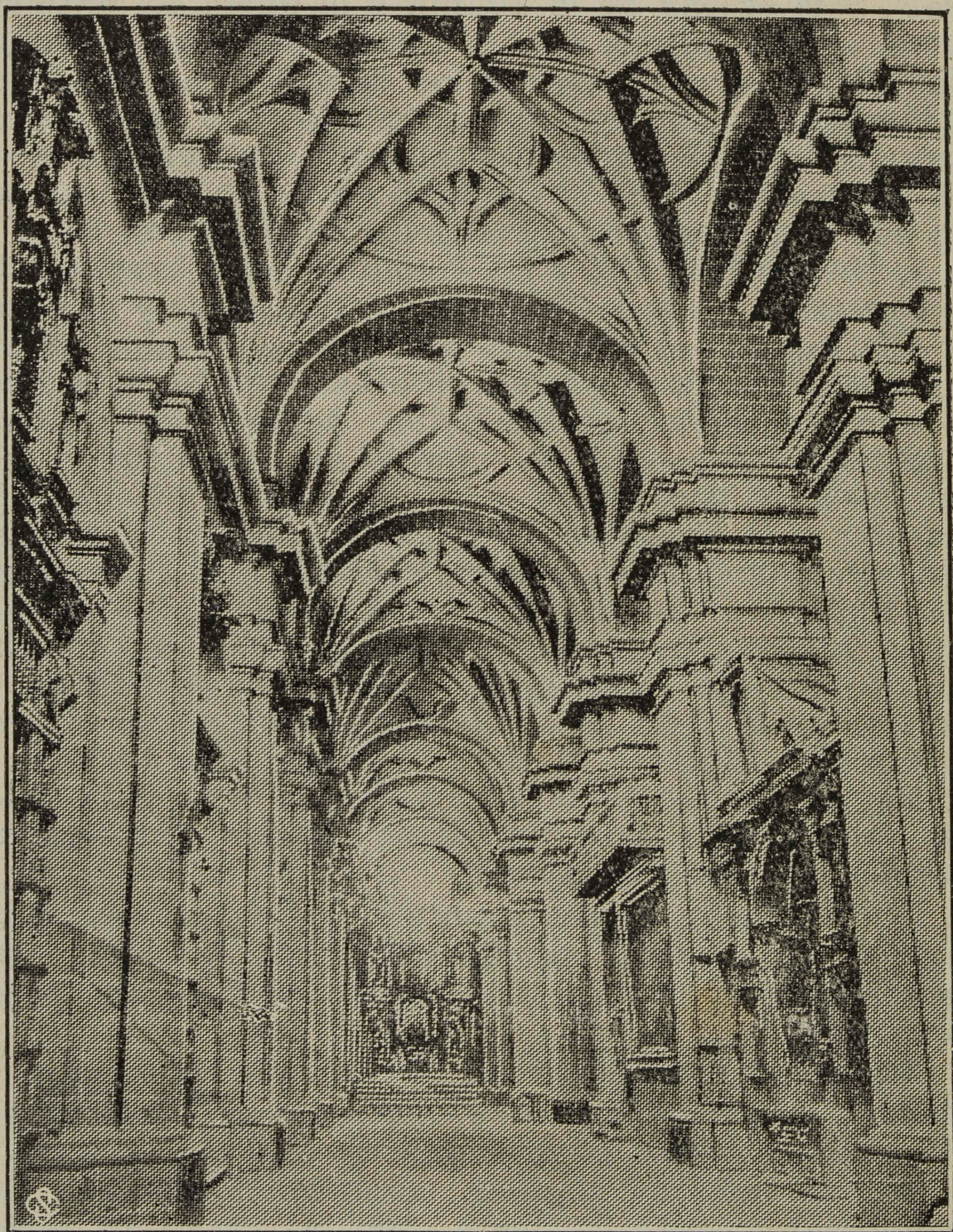
Un Nazareno ensangrentado responde en la escultórica plasticidad agonizante: “Yo también tuve una madre y os la dejé, en el reino de Dios encontrarás la tuya”.

El pecador, el criminal, el malvado, penetra a la Catedral, indiferente, y las vibraciones de la piedad colectiva que saturan el ambiente le mueven el alma y tal vez, un instante siquiera, comprende que aún florecen rosales sobre la tierra, que las rosas de Jericó no han muerto.

El ambicioso, el egoísta, sacrílego del bienestar de las sociedades, que por allí pasa, acaso se detiene ante el trono perdurable de la santidad y medita en

la vanidad efímera, en la vanidad volátil, más veloz que el beso del placer, ante la emotividad de la virtud que se eleva siempre, que eleva el alma al infinito, que se eleva hacia Dios.

¡Oh Catedral! suntuosidad de amores! ¡Magna



Señora de todas las grandezas, desconocidas a veces, calumniada otras!

¡Catedral forjada por beatos corazones, esposa del Todo Poderoso!

El arte gótico, forjado por artistas enamorados de la forma pura arquitectónica, quiso espiritualizarla al punto que la luz, al penetrar a sus Catedrales, adquiere una tonalidad de pálida fantasía colorista, tamizada por los vidrios polícromos de los ventanales a través de las imágenes sagradas que en ellos se dibujan, reproduciendo los dolores pasionales de la Divinidad; la felicidad crepuscular de la Anunciación, la gracia de la campestre caravana de la huída a Egipto, bañada por un cielo benévolo, o el pesebre humilde, en que naciera el niño de Belén, coronado de estrellas. Así lo imaginaron los místicos godos, para que todo fuese bondad.

La Catedral del Cuzco, ajena a la arquitectura gótica, pertenece al renacimiento español. Se levantó derribando la solemnidad deslumbrante de la idolatría que reinaba en el Templo del Sol.

Siendo Virrey del Perú el Marqués de Cañete y Hurtado de Mendoza, y bajo los auspicios del Obispo Solano, se colocó la primera piedra, base y fundamento de la Catedral que hoy se admira.

Pulverizada la deidad gentílica de Viracocha, la reemplazó la imagen del Redentor.

Abriéndose profunda zanja, con acompañamiento del Clero y numerosos fieles, que llevaban cirios encendidos el chantre Fernando Arias, la bendijo y depositó en ella una medalla de oro y valiosas alhajas como homenaje conmemorativo.

La bella y solemne arquitectura se debe al diseño del ingenioso arquitecto Juan Manuel de Veramendi, de Chuquisaca; mas la Catedral destinada a causar la admiración de los siglos, no se terminó sino un siglo después. Menos ricos los españoles de lo que fueron los hijos del Sol, quiénes cubrían las antiguas paredes del templo con láminas de oro; los españoles, como si fuese una reminiscencia obligada por la costumbre, en cierta ceremonia religiosa, las cubrieron con planchas de plata.

La magestad de la Catedral se impone por la severidad de su construcción, por la sobriedad de la piedra, embellecida por elevadas columnas de estilo corintio.

Entre las campanas que cobijan las torres es célebre la mayor, llamada "María Angola".

Cuenta la tradición, que al haber fracasado la fundición de la primera, porque escaseaba el oro para la mezcla, una mujer llamada María Angola, hizo acarrear algunas arrobas del precioso metal y las arrojó a la fragua.

En ambos costados de la Catedral se admiran diversos altares con graciosas rosetas, primorosos arabescos, columnas salomónicas, cariátides y ángeles en multiplicidad devota, todo deslumbrante, con el oro que amaba Churriguera.

Allí se venera a virgencitas primitivas, copias de los maestros italianos, de los pintores ingenuos primitivos.

Los perfiles puros, los hombros dolientes, el cuerpo escondido bajo el ropaje que cae en riqueza de pliegues decorativos; los mantos que se extienden, bordados de estrellas, trasportan hacia las calles de Bizancio o hacia los museos florentinos.

El cuadro que representa a la Virgen de Belén, es uno de los más interesantes, por la leyenda que de él se cuenta y según la cual perpetúa la aparición de la Virgen sobre las aguas del Callao.

Se trasladó al Cuzco por haberse encontrado una orden escrita, sin firma, que decía: "Para la ciudad del Cuzco".

En este cuadro, pintado al óleo, como si fuese una página ilustrada de una biblia hebrea, se lee su historia. Las primeras líneas dicen: "Fatigados en las faenas de una casa, los pescadores de un pueblo de San Miguel, llamado Piti-piti, fundado en los extramuros del presidio del Callao, vieron una caja que dominaba las ondas. Llegaron a reconocer el prodigio y hallando en él un sobre escrito que decía: "Imagen de Nuestra Señora de Belén, para la ciudad del Cuzco", la publicaron en el presidio y la fama de Lima; conmoviéronse a la voz del milagro el Virrey y el Arzobispo, viniendo de examinar con él la Real Audiencia, la maravilla, determinaron remitir aquel tesoro a esta ciudad; en ella se echaron suertes por disposición del Señor Obispo para saber cual templo debía elegirse para depósito de esta Señora. Cupo la suerte a la parroquia de los

reyes, que desde entonces, por testimonio de su fidelidad, mudó su nombre llamándose de Nuestra Señora de Belén”.

El más renombrado de los milagros que ha realizado en el Cuzco, es la conversión del acaudalado cuzqueño Selenque cuya vida licenciosa, escandalizaba a la sociedad, siendo acusado al Tribunal Divino por el demonio, mas fué salvado por la aparición de Nuestra Señora de Belén, la que se le presentó delante de la Iglesia de la Compañía, cuando Salenque se retiraba a su casa. Gracia que obtuvo porque antes, cuando se llevaba el sagrado cuadro en procesión, la ayuda oportuna del pecador, contribuyó a que no se cayese el anda que lo transportaba, y luego movido a piedad continuó cargándola hasta que se la depositó en el templo.

Selenque murió arrepentido después de haberse confesado y legado su fortuna a la Iglesia.

Otro cuadro que goza de gran devoción es el que representa a la Virgen de la Almudena, copia hecha en Valencia del original que allí se venera; este cuadro fué traído desde España, por el Ilustrísimo Doctor Don Manuel de Molinedo y Angulo, Obispo del Cuzco.

Se ven en la parte baja de esta pintura los retratos orantes de sus magestades católicas los reyes de España, Don Carlos II y de su mujer, Doña María Luisa de Borbón; además, como el lienzo de Nuestra Señora de Belén, tiene una inscripción narrando el milagro que operó en Toledo, Santa María Real de la Almudena, cuando sitiados por los africanos iban a perecer de hambre, si desde un muro donde la escondiera un sacerdote anciano, para librarla de la infidelidad de los moros, no hubiese caído tanta abundancia de trigo cuanto era menester para satisfacer el hambre, al punto que en vista del milagroso socorro, el enemigo levantó el sitio.

La mayor parte de los altares de la Catedral, están consagrados a las diversas advocaciones con que el fervor espiritualista y la vehemencia pasional española glorifica a la Santísima María.

Luce en magnífico retablo con la aglomeración ornamental del arte barroco, la Virgen de la Antigua,

obsequio de Su Magestad Católica Carlos V, ante cuyo poderío parecía que el mundo hubiese sido pequeño.

En capilla adecuada se venera a la Virgen de los Remedios y también a “La Linda”, escultura estofada, que constituye el recreo de las mujeres, pues la engalanan con preciosas joyas y riquísimos tisúes, con telas recamadas de oro, plata y piedras preciosas.

La imágen que tiene mayor número de adeptos, llegando a fanatizar al pueblo, es la escultura de Cristo llamada “El Señor de los Temblores.”

El terremoto de 1650, que destruyó gran parte de la ciudad, causó indecible espanto.

La Catedral, que aún no estaba terminada, fué el único edificio que no sufrió con la conmoción sísmica, que al declinar tuvo intermitentes y fuertes estertores, en aterradorizante agonía.

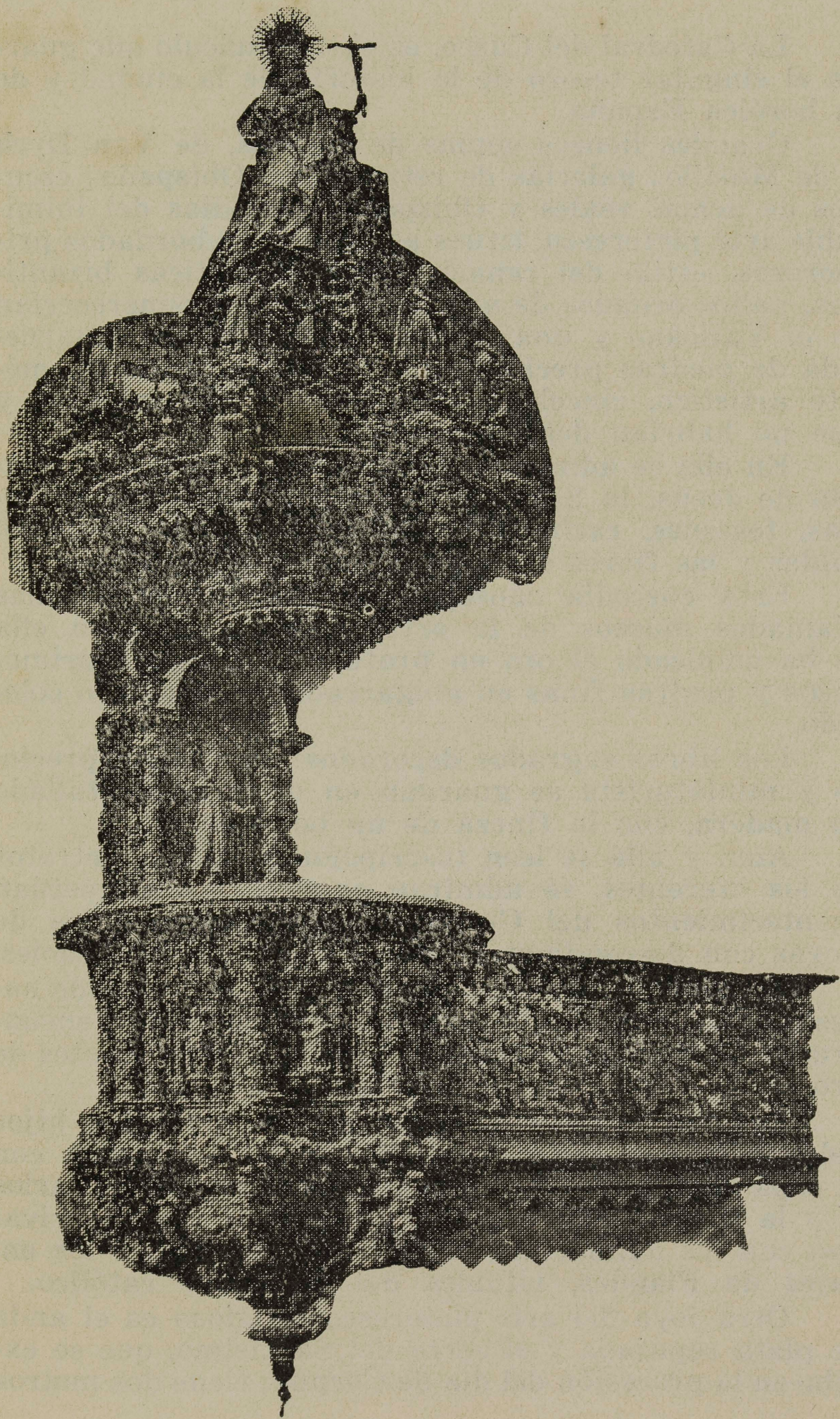
El clero y los monjes organizaron la más macabra y espeluznante procesión de penitencia que se puede imaginar, paseando por la ciudad la imágen de Cristo y rogando que se aplacase “la ira del Señor”.

Fué aquel cortejo martirizado, un desfile de sacrificados, un holocausto que conmovió a la multitud con fuerza sobrehumana, con intensidad desconocida.

Hasta hoy la indiada acude a los pies del Señor para llorar sus desdichas heredadas, sus pesares que aún parecen insalvables, besando las gradas del altar: derrumbados en el suelo, los indios, prorrumpen en lamentos estridentes, lanzan gritos uraños que más que conmociones dolorosas de almas humanas, parecen nacidos de los abismos profundos, de las montañas de los Andes.

Cuentan que los frailes caminaban cubiertos con burdas estameñas, descalzos, llevando sogas colgadas al cuello, el rostro untado con ceniza, coronados de espinas, cargados de grillos, arrastrando cadenas y azotándose despiadadamente las espaldas desnudas, mientras que lanzaban alaridos desgarradores, clamores desesperados.

Las voces de la multitud, sobrecogidas de espanto, se unían al cortejo expiatorio y atronaban la Plaza con un clamor intenso: “¡Misericordia! ¡Misericordia, Señor!



La Catedral del Cuzco, es el tabernáculo que guarda el singular tesoro de la historia de la ciudad y de la heroica España.

Grandes lienzos copias de Rubens, de Van Dyck y de Murillo; galerías de retratos del Obispado; escudos de armas reales y Obispales, custodias del inimitable arte plateresco, tisúes agobiados de bordados primorosos, estilo del renacimiento, dalmáticas bizantinas, palios ornados de arabescos que no desmerecerían en el Vaticano y una lujosa custodia de oro guarnecida de piedras preciosas, joya de extraordinario mérito artístico, cincelada por Gregorio A. Gallegos, y que no habrían desdeñado un Cellini.

En ella se admira, en el templete central, la imagen de Jesús, la Sagrada Familia; columnatas corintias, festones, racimos de perlas, pelícanos de esmeraldas y las flores del místico jardín de la Iglesia.

Esta custodia causaría admiración en los más afamados museos de la orfebrería europea, en ella se ha empleado el oro en profusión, esmaltes primorosos y piedras finas en abigarrado y placentero colorido.

Los libros sagrados decorados por el arte precioso y miniaturista se guardan en un armario tallado en madera, con la fineza de un bordado.

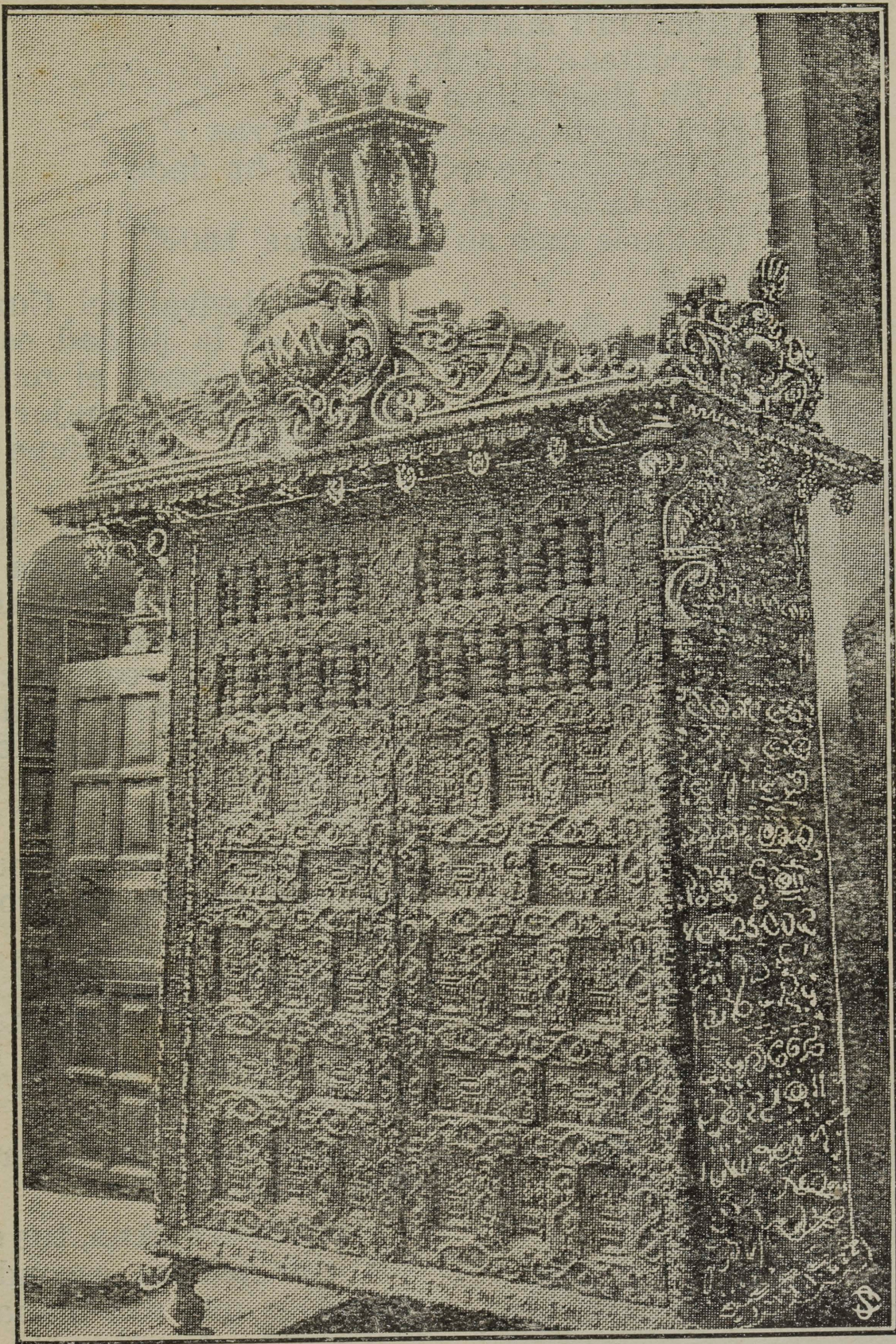
Aquí y allá se leen inscripciones, se ven retratos de los oferentes, se admiran cuadros que perpetúan acontecimientos del Cuzco colonial; matrimonios de Coyas con descendientes de los hijosdalgos españoles.

Testimonios de valiosas ofrendas, leyendas de sugestiones, fiestas sociales, incaicas o coloniales, encuadradas en marcos de madera tallada, deslumbrantes de oro.

Las "macanas" y borlas imperiales de los hijos del Sol, se confunden con las armas de Castilla, con la copa austera de Felipe II o la esplendente de Carlos V y la suntuosidad elegante de Ana de Austria rivaliza con las dalmáticas, las mitras obispales y los encajes de Flandes, rituales del esplendor católico.

Otra joya del arte plateresco religioso es el anda de plata repujada y el cerro del Santísimo, que se exhibe en la procesión del día de Corpus; tiene dos metros

de alto y también es toda de plata y fué obsequiada por el Obispo Fray Bernardo Serrada.

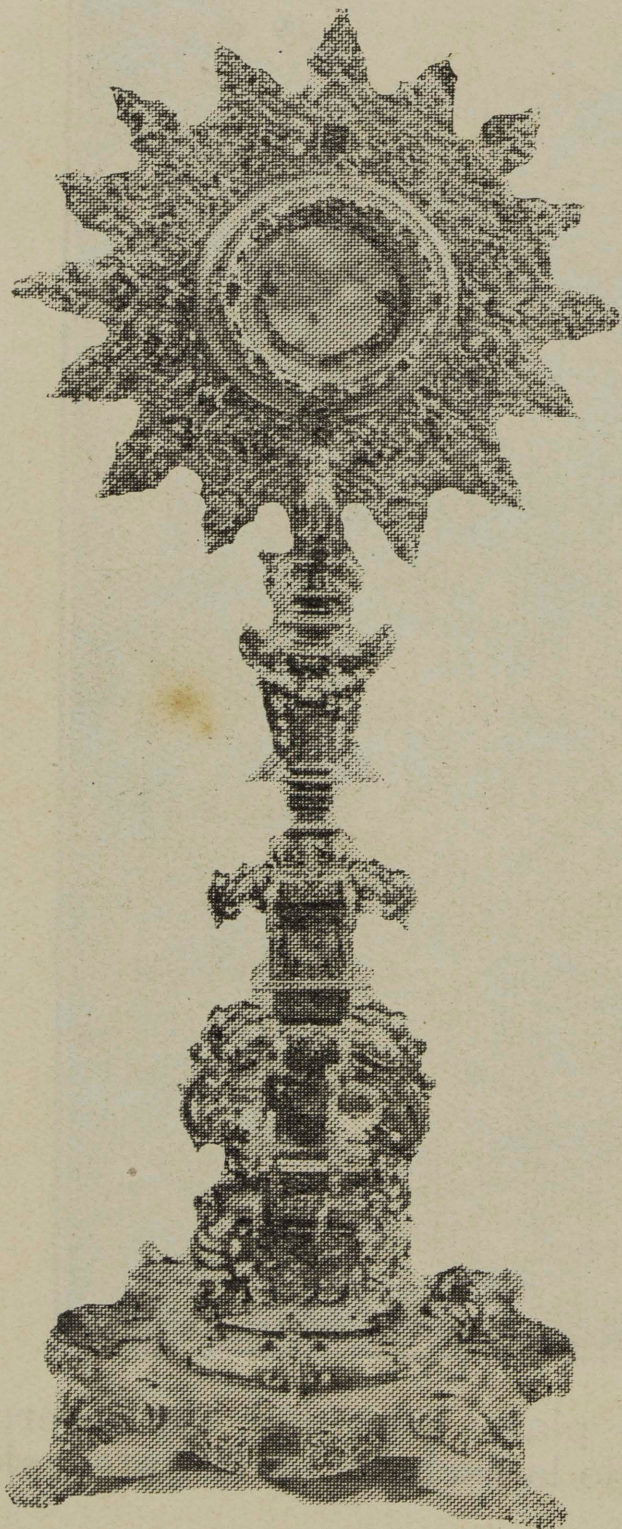


El altar mayor es de plata repujada, de severo estilo renacimiento, imitando la fachada de la Catedral.

En el frontal, que también es de plata, se lee:

“Retablo cuyo primor
si lo hace la vista grata
Cinco mil marcos de plata
Le costean el valor.

Su Ilustrísimo Señor
Don Bartolomé de las Heras
Si bien quince mil pesos le ha dado
Y hasta no verlo acabado
De darle más su ansia fué 1803”.



La Catedral del Cuzco, tesoro de la piedad española, constituye el monumento histórico mejor documentado que tiene el Perú.

¡Bendita sea la bien amada Catedral, gloria colonial, corazón de España! legado amoroso de los abuelos de la realeza castellana, que para elevarla no omitieron la ferocidad conquistadora, ni el esplendor místico.

¡Catedral, soberana mundial, abrumada de prodigios!

¡Soberbia epopeya de fantasías conmovedoras!

¡Catedral, alma de los pueblos!

¡Catedral buena, Catedral amante!

¡Catedral eterna, tus senos cobijadores esconden misterios que son manantial eterno de piedad!

¿Quién podrá conocerte ignorando que la vida es la fé?

UNAS PALABRAS DE LOS EDITORES.

La Señorita Z. Aurora Cáceres, representa en las letras nacionales, una de las figuras de mayor prestigio literario; su reputación ha pasado las fronteras, extendiéndose por Europa, y especialmente por todas las naciones de habla española, al punto de llamársele la Pardo Bazán de la América española.

Hija del ilustre ex-Presidente de la República peruana, Mariscal D. Andrés A. Cáceres; al lado de su padre, que representaba en la diplomacia a su nación, ha tenido la oportunidad de hacer largos viajes por las Américas, de igual modo que por Europa, conociendo las principales Cortes y los más aristocráticos círculos literarios de París, Madrid y Roma, frecuentando los renombrados salones literarios de la Duquesa de Rohan, de la Condesa de Pardo Bazán y de la Princesa Caetani, Condesa de Locatelli, donde tuvo lugar preferente y de alta estima.

Desde niña, su madre, la señora Antonia Moreno y Leiva de Cáceres, tuvo especial cuidado en que aprendiese los idiomas extranjeros, habiendo ingresado al Colegio del Sagrado Corazón, en New York; al de Brighton, en Inglaterra; al Xaverius Stiffe, en Berlín. En época posterior ha aprendido el italiano, en Roma, lo que le ha permitido adquirir el mejor conocimiento de estos idiomas sin necesitar recurrir a las traducciones que no siempre reflejan el alma de los libros.

En París ingresó a la Universidad de altos Estudios Sociales de la Sorbonne, donde fué la primera mujer graduada, habiendo merecido caluroso elogio su tesis sobre el "Feminismo en Berlín"; pues veinte fueron rechazadas y sólo tres aprobadas.

Fué la primera mujer de habla española, que dió una conferencia en la Sorbonne: "El Oro del Perú",

habiendo sido presentada al selecto y numeroso público asistente a la conferencia, por el profesor de Literatura española, M. Deniker, quien dijo: “esta conferencia no es de un principiante, sino de un maestro”.

En el Ateneo de Madrid, la presentó el Presidente de esa Institución, el célebre orador y fundador del Partido Liberal, D. Segismundo Moret. El tema elegido fué: “España en la Poesía del Perú”.

Entre otras opiniones de la Prensa Madrileña, “El Radical” escribió en esa ocasión: “Al aparecer la señorita Cáceres en la tribuna, se le tributa una ovación sólo comparable con la que, recientemente, fué allí saludado Marconi”.

Al volver a su patria, alta y dignamente prestigiada, dió su primera conferencia en la Universidad Mayor de San Marcos, que llevó por título: “Ignacio Zuloaga, Pintor Español”, la que hubo de repetir en la Sala de actuaciones de la Sociedad geográfica.

Desde entonces hasta nuestros días, la señorita Cáceres se ha dado a conocer como Conferencista profesional; difícil sería determinar las épocas en que han tenido lugar estas actuaciones, pues tiene realizados siete viajes a Europa, y a su regreso ha sido infatigable en divulgar los últimos adelantos de las Artes y Letras del viejo continente. Citaremos las de mayor resonancia: En el “Colegio Nacional de Nuestra Señora de Guadalupe”: “La Pintura en el Perú” y “El Deber del Magisterio”. En la “Confederación Universal”: “Poesía Nacional”. Además, en esta Confederación fundó por primera vez en Lima las “Conferencias Populares”, cuando aún no existía la “Extensión Universitaria”.

En el “Teatro Femina” sustentó una conferencia sobre “La Francia Religiosa”, a beneficio de la Cruz Roja Francesa, la que repitió en Arequipa.

En la Sala de Actuaciones de la Federación Universitaria, otra, sobre “La finalidad de la Mujer”.

En el “Centro de Estudiantes Universitarias”: “El Feminismo en Europa y en el Perú”.

En el “Conversatorio de la Federación Universitaria Femenina” de la Universidad Mayor de San Marcos: “El Patriotismo de la Mujer Peruana en la

Guerra con Chile". "Clamor de Justicia", en el Centro Deportivo "González Prada No. 1".; "La Batalla de Huamachucho", en la Sociedad Geográfica de Lima".

Además, muchas otras, entra las que recordamos las ejecutadas en la Escuela Nocturna Obrera de Señoritas; El Centro Deportivo de Señoritas; La Liga contra el Analfabetismo" el "Instituto Molinares"; el Colegio de la Señorita Pantoja; y diversas sociedades Obreras, tales como: "El Congreso Indígena Tahuantinsuyo"; "Federación Local Obrera"; "Centro Trabajadores de Comercio"; "Centro Ayacucho"; Sociedad, "Hijos del Condorcunca", Club de Tiro "Leoncio Prado" y la Sociedad "La moderna obrera", del Callao.

No menos valiosa ha sido su acción social, pues hace ya algunos años fundó el "Centro Social de Señoras", destinado a abrir campo de acción a la mujer, emancipándola de la aguja, que consumía existencias por la abrumadora competencia. Desde entonces se puede decir, que se fundó el Feminismo en Lima, porque esta Sociedad facilitó que la mujer abarcase el comercio y también la profesión de enfermera.

Hoy que la mujer ha demostrado su competencia y actividad, la ilustre escritora, hace dos años que ha fundado el "Feminismo Peruano", destinado a reclamar el derecho que la Ley debe conceder a la mujer, acordándole los mismos derechos que al hombre en el orden civil y político.

Su bien fundado programa de principios, ha encontrado entusiasta acogida en la Prensa nacional, y el número de adherentes constituye ya una fuerza social de notable importancia.

Del "Diccionario de Peruanos Contemporáneos", de Juan Pedro Paz Soldán, reproducimos las siguientes líneas: "Como podría atribuirse a pasión el juicio que emitiésemos sobre la obra literaria de la señorita Cáceres, preferimos tomar algunas breves opiniones de encumbradas personalidades mundiales. J. J. Soiza Reilly, dice: "Acaban de publicarse los Estatutos de una Sociedad "Unión Literaria de los Países Latinos" destinada a la propaganda y defensa de los intereses literarios Latino-Americanos. Lo más raro es, que una mujer americana, de belleza, de talento, de gracia y de letras, es la fundadora de tan necesaria Ins-

titución. En los Salones aristocráticos de tan distinguida dama, todas las paradojas son música de Pan, los escritores viven en aquel ambiente dulces horas de Olimpo”.

Esta Sociedad fundada en París y en Madrid, estuvo patrocinada por sus Altezas Reales, las Infantas Doña Paz y Eulalia; el Embajador de España en París, los Ministros plenipotenciarios de la América Española y los principales miembros de la Academia Francesa, del Instituto Católico y de la Sociedad “Gens des Lettres”.

Con esta fundación coincidió la aparición del primer libro de la espiritual literata peruana, lo que motivó que la colonia Portuguesa y Española organizaran un magnífico banquete en su honor, que fué presidido por la célebre escritora francesa, Juliette Adam.

Su actuación más notable en la política social, antes de la fundación del “Feminismo Peruano”, ha sido en 1915, “encabezando a la Unión Católica de Señoras, de Lima, dirigiéndose al Congreso Nacional para manifestar su opinión contra la libertad de Cultos, seguida por una serie de conferencias para la clase obrera que escucha con devoción y entusiasmo su verbo dulce, cálido, apasionado y sincero”.

En esta ocasión se repartieron volantes en la entrada de los templos, en los que la pluma reflexiva y convincente, pedía el aplazamiento de la Ley, por considerarla extemporánea en una nación católica y con una reducida colonia protestante, que disfrutaba de amplia tolerancia.

En 1911, fundó en Lima la Sociedad Protectora de Bellas Artes y Monumentos Históricos”, a cuya iniciativa se debe, en gran parte, los decretos y medidas salvadoras, dictadas por el Gobierno, con el fin de amparar las preciosas antigüedades peruanas, que antes, impunemente eran extraídas de las *huacas* y exportadas, perdiéndose así preciosos documentos informativos para la historia nacional.

En España, en 1913, obtuvo de su Majestad Católica, el Rey Alfonso XIII, la Condecoración de las Cortes, y en 1915, la roseta de las “Palmas Académicas” o sea Oficial de “Instrucción Pública” de la República Francesa.

Tuvo la representación de la Prensa Peruana en el "Congreso de la Prensa Latina" que se reunió en Lyon, en Marzo de 1923, a iniciativa del notable Primer Ministro de Francia, M. Herriot, y en el que tuvo una actuación brillante; debido a sus eficaces gestiones, se modificó la Constitución de la Junta permanente de dicho Congreso, que funciona en el edificio de "Le Journal", bajo la Presidencia de M. Jouvenel, y de la dirección de M. M. de Walleff.

No es esta la primera vez que la distinguida publicista tiene representación en un Congreso Internacional. Ya en 1909, la Asociación de la Prensa de París, le confió su representación en el Congreso Feminista que tuvo lugar en esa ciudad, bajo los auspicios de la Municipalidad, y anteriormente, en la condición de miembro de dicha sociedad, asistió en 1906 al Congreso de la Exposición de Milán.

Actualmente no sólo es miembro del Comité directivo del Congreso de la Prensa Latina, sino también del "Comité France Amérique" de París, y representante y delegada de la "Société Gens de Lettres".

Entre otras Instituciones en el Perú, es: Presidenta de la "Federación Femenina Universitaria", del "Centro de Estudiantes Universitarias", de la "Sociedad Señoritas Empleadas de Comercio", del "Centro Deportivo de Señoritas", de la "Sociedad Labor Feminista", de la "Unión Patriótica Femenina".

Es socia honoraria del "Círculo Social de Señoras y Señoritas de Matucana", de la "Federación de Artesanos Unión Universal", de la "Sociedad de Auxilios Mútuos del Señor de los Milagros", del "Centro Deportivo González Prada No. 1," del "Club de Tiro al Blanco y Sport Leoncio Prado", de la Sociedad "Unión Trabajadores de Comercio", del "Centro Ayacucho", de la Sociedad "Hijos del Condorcunca" y fundadora del Centro Social de Señoras.

Siendo aún muy joven principió su gloriosa carrera literaria, escribiendo bajo el pseudónimo de "Evangalina" en diversas Revistas de las Repúblicas Argentina, Uruguay, Bolivia y Perú.

Fué corresponsal de "Blanco y Negro", de Madrid, de "El Liberal" de Barcelona, "El Grito del Pueblo", de Guayaquil, y "El Comercio" de Lima.

En la actualidad, todos los diarios locales, indistintamente, publican sus interesantes producciones, siendo corresponsal del "A.B.C." de Madrid y de "L'Amérique Latine", de París.

Este raro espíritu de mujer, con exquisita sensibilidad artística, se deja escuchar y persuade su filosofía de política social, por la sabia y firme orientación que revela uniformidad desde que se iniciaba en la vida de la publicidad.

La bondad y abnegación de su alma, dentro de la más severa rectitud, le conquistan grandes simpatías; la amenidad, la gracia y emoción que sus libros comunican al lector, la ha procurado el raro caso de que desde su primer libro se evitase los gastos de imprenta que a veces resultan insuperables y aun forman barrera insalvable para escritores reputados.

Así, hoy, nosotros, la editamos por primera vez en Lima, y somos libreros de todas sus obras editadas por Garnier Hnos., en París.

Los libros que hasta la fecha tiene publicados son: "Mujeres de Ayer y de hoy" prólogo de Luis Bonafoux; "Oasis de Arte", prólogo de Rubén Darío; "La Rosa Muerta"; prólogo de Amado Nervo; "Las Perlas de Rosa". "La Campaña de la Breña", Memorias del Mariscal Cáceres. "Monografía de Ignacio Merino", Pintor Peruano. "La Francia Religiosa" (Folleto).

En preparación tiene: "Arte Pictórico Peruano", obra premiada por el Instituto Histórico de Lima. "Perfiles de Artistas"; "Cuentos Peruanos" e "Instrucción Cívica".

Para corroborar lo que dejamos escrito, reproducimos algunos párrafos de lo que, en época anterior, dieron a la publicidad los editores de Francia, bajo el título de "Juicios y Opiniones de la Prensa y de notables Escritores", pues para reproducir todo lo bueno y justamente ponderado que de la escritora peruana se lleva escrito, sería necesario proceder a imprimir una obra tan voluminosa como la que se requiere para hacer un libro.

JUICIOS Y OPINIONES.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN.

No necesito decirle cuanto me ha interesado su libro. Aunque muy alejada de toda propaganda feminista, tiene que atraerme el asunto, el amenísimo estilo en que está desenvuelto. Y reitero mi graütud por la afectuosa dedicatoria.

E. WILDE.

Notable escritor y Ministro Plenipotenciario de la República
Argentina

Mis felicitaciones por su bellissimo libro "Mujeres de Ayer y de Hoy". — Si lo hubiera leído sin saber quién era el autor habría creído que era la obra de un hombre; tal es la firmeza de los conceptos, la erudición acabada de la materia, la exactitud de los juicios, la seriedad de las apreciaciones y las enseñanzas que encierra. — Sólo una vista aguda descubre en sus líneas cierta delicadeza que corresponde al alma femenina.

CARMEN DE BURGOS.

(Colombine)

"Mujeres de Ayer y de Hoy" es un interesante estudio del espíritu femenino en su evolución histórica que demuestra profundos conocimientos y atinadas

lecturas en la autora. — Aurora Cáceres ha sabido recoger, en figuras de mujeres célebres el espíritu de las épocas, y su libro sin ser uno de esos alegatos indigestos del feminismo, a que tan acostumbrados estamos, presenta las glorias alcanzadas por las mujeres de todos los tiempos y de todos los países.

Hay un sutil espíritu de observación para sintetizar en un rasgo todo un carácter. El estudio no pesa, es ligero, alado, florido y clásico; de manera que se puede colocar a Aurora Cáceres entre las mejores hablistas castellanas.

CONCEPCIÓN JIMENO DE FLAQUER.

Aurora Cáceres, que viaja con aprovechamiento ha visto mucho y meditado sobre lo que ha visto. — Su libro nos ofrece impresiones vividas: en sus opiniones de seres y cosas ancestrales hay conceptos elevados que revelan su buen criterio..... La psicología de la francesa es de mano maestra: la autora ha estudiado bien ese tipo ligero y serio, complejo, paradógico....

ANNE DE REAL

Directora de la Revista "La Femme".

Una bella y buena sorpresa nos tenía reservada el aura de este nuevo año: la venida al mundo intelectual de un recién nacido, robusto, bien constituido que entra a la vida con ojos de luz y con promesas de claridad, tendrá un porvenir tan risueño como fecundo que se abre sobre un camino sembrado de flores. — Esta es la obra de un espíritu femenino, de la joven y graciosa Aurora Cáceres.

GIORGIO STARA TEDDE

Catedrático de la Universidad de Roma

Reciba Ud. mis sinceras congratulaciones por su bella labor, que revela en Ud. vasta cultura, originali-

dad de pensamiento y extenso conocimiento, especialmente de la literatura moderna.....

PEDRO SÁNCHEZ.

Ingenuamente, con ese candor agradable que se advierte en todo lo que es femenino, Aurora Cáceres, hace la historia de la mujer, de su influencia en la sociedad, de su personalidad, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. La historia antigua, su parte más bella aquella que se asocia al recuerdo de reinas y sabias, ya egoístas, ya guerreras, ya enamoradas, está resumida en los primeros capítulos de esta obra. — Y tras ella como una consecuencia, quizás tal vez como contraste entre dos períodos hartos expuestos de la humanidad, se estudia a algunas de las Mujeres de hoy, las grandes o más salientes figuras de la intelectualidad moderna..... Aurora Cáceres (Evangelina) con sencillez, castizamente, con un gusto exquisitamente femenino, sin alardear de su cultura, que la posee, y muy sólida, ha escrito una obra de estudio tan interesante como amena. — La labor de la distinguida escritora peruana será de las que se buscan para consulta, para estudio, como hilo guiador en los recovecos de la historia.

RICARDO MAYOL.

Corresponsal del "El Globo", de Madrid.

La señora Aurora Cáceres ha hecho su debut en el libro de "Mujeres de Ayer y de Hoy"..... Muy bien. — Este libro es esencialmente educador y un excelente estudio en que la escritora dice a su sexo: "nosce te ipsum": ahí tienes tu espejo fiel; conócete; aprende a estimarte; forma tu conciencia; redímete, enáltéctete..... Su libro ha debido servirle para formar su conciencia. — Ya debe estar hecha. — Cuando menos está hecha su competencia literaria, este libro sirve para acreditarla de doctora y debe estar señalando a la Academia Española para que lo tenga en cuenta....

FRANCISCO DE ARCE.

Conocido escritor y Ministro de Guatemala.

Su libro es sencillamente perfecto: muestra gallarda de nuestra literatura latino americana.....

JUAN NAVARRO REVERTER.

Escritor reputado y Ministro de Estado de España.

Gloria, aplausos y renombres los tiene Ud. ya conquistados en su última, primorosa y eruditísima obra, con cuya lectura nos regalamos los amantes de la literatura selecta.....

MARQUÉS STERLING.

Notable periodista y Ministro Plenipotenciario de Cuba.

Leí con deleite su interesantísimo libro: "Mujeres de Ayer y de Hoy", admirando las felices cualidades de escritora que en sus páginas ha sabido Ud. demostrar.

La felicita por ese gran triunfo y hace votos por el éxito de su carrera literaria emprendida con tanta brillantez.

GARCÍA RUEDA.

Reputado escritor español.

La Casa Garnier acaba de publicar un libro: *Mujeres de Ayer y de Hoy*, que me ha revelado a una escritora, no solamente de gran erudición de una cultura a prueba, sino de talento indiscutible, que sabe aderezar su prosa límpida y jugosa con el arrequive de una dulzura femenina que, a veces es caricia y a veces espiritualidad, y siempre con buen gusto y distinción....

En *Mujeres de Ayer y de Hoy*, que lleva un prólogo de Bonafoux, no le doy calificativos para que no

se enfade conmigo Aurora Cáceres, estudia muy detenidamente, con gran cariño una cultura verdaderamente universal y modernísima.....

Aurora Cáceres puede ufanarse de haber compuesto un bello libro, reflexivo, severamente imparcial y tocado de un buen gusto y distinción que deben de ser en ella habituales, lo afirmo, en vista del retrato ejecutado por el artista Daniel Hernández que va al frente del libro.

Mujeres de Ayer y de Hoy será un excelente libro para todos, pero en manos femeninas, será un elemento de cultura y una prueba de buen gusto indudable.

XAVIER CARVALHO.

Periodista portugués.

La Señora Aurora Cáceres, hija del ex-presidente de la República del Perú y actual Plenipotenciario en Italia, es una Señora de valer literario indiscutible y posee un nombre muy querido en toda la América Latina.

Esta ilustre dama ha creado en París la Unión Literaria de los países Latinos, teniendo como adherentes a los más notables escritores de Francia y de España, acaba de publicar en la Librería Garnier, un volumen de crítica — Mujeres de Ayer y de Hoy — que merece la atención de la crítica.

Aurora Cáceres, que ha firmado muchas crónicas con el nombre de Evangelina, es una de las mejores escritoras de la América Latina .— En sus salones de la calle Alboni, de París, reúne a la fina flor de la Literatura Francesa.

MAQUÉS DE FARIA.

Historiador portugués.

Con el pseudónimo de Evangelina, la señora Cáceres, escribe en esa lengua de Cervantes que maneja con verdadera maestría .

La obra es realmente de las que se le puede aplicar el viejo proverbio latino: "Indocti discant: ament meminisse perit", lo que dicho simplemente significa: Los ignorantes se instruyen en ella y los sabios encuentran el encanto de recordar..... La Señora Aurora Cáceres más que a sus títulos de familia tiene a los que debe su pluma alerta y seductora. — Hoy más aún en "Mujeres de Ayer y de Hoy" nos deja penetrar hasta lo mejor de su alma, íntima y llena de tiernas delicadezas y de sentimientos elevados y acaba de conquistar definitivamente un lugar envidiable entre los latinos cuya indiscutible superioridad mental nos es muy conocida.

ANIBAL MAURTUA.

Ministro de Legación peruano y publicista.

La altruista escritora Aurora Cáceres acaba de fundar una obra de incalculable trascendencia para la vida intelectual doméstica y económica de la mujer peruana..... La atildada escritora desde muy niña se distinguió en los principales Liceos de Lima, por su inclinación a los estudios filosóficos y literarios, habiendo logrado a temprana edad una reputación envidiable. — Los cuentos, los estudios sociales, las críticas de Evangelina, se distinguen por la originalidad de sus concepciones, por su espíritu observador y por las aplicaciones prácticas que deduce de los problemas de la vida, etc.....

JUAN JOSÉ SOIZA REILLY.

Notable literato argentino.

Acaban de publicarse en los diarios europeos los estatutos de una Sociedad Unión Literaria de los países Latinos, destinada a la propaganda y defensa de los intereses literarios latino-americanos. — Lo más raro es que una mujer americana de belleza, de talento, de gracia y de letras es la fundadora de tan necesaria institución. — En los salones aristocráticos de tan dis-

tinguida dama, todas las paradojas son música de Pan. — Los escritores viven en aquel ambiente dulces horas de Olimpo.....

LA BARONESA DE WILSON.

Autora española.

La noble joven americana por su nacimiento y europea por lo profundo y vasto de su instrucción, se inspira siempre en la escuela de la verdad humana.

Lo venidero, lo futuro para Evangelina, se destaca entre irisados colores y destellos de mágica luz, la gloria comienza ya a tejer la corona de laureles que ha de ceñir su hermosa frente..... Laureles no han de faltarle a la estudiosa y gallarda hija de aquel clásico suelo de los incas. — A la gloria noble aspira. Hacia ella vá. — En el santuario hermoso se gravará su nombre, etc.

DEL "ATENEO", DE LIMA.

El artículo que hoy publicamos tiene el mérito de contener impresiones directas, recibidas en el centro mismo del movimiento feminista alemán, en cuyas tendencias más discretas y moderadas se inspiró la autora para fundar en Lima "El Centro Social de educación de la mujer".

"L' INTRANSIGEANT", (DE PARIS).

Aunque esté escrito en un español muy puro y de gran estilo el primer libro de la Sra. A. Cáceres, muy conocida en las letras y en la alta sociedad parisiense, e hija del ex-Presidente del Perú, General Cáceres, esta obra interesará a los franceses que hablan el idioma de Cervantes.

En efecto, la Sra. Aurora Cáceres, además de sus descubrimientos ingeniosos y profundos sobre el feminismo, estudia la labor literaria de las Señoras de Noailles, de Rohan, Jane Catulle Mendez.....

Es probable que una traducción francesa aparezca muy pronto.

“LA NACIÓN”, (DE BUENOS AIRES).

“Mujeres de Ayer y de Hoy”. — Es la contribución de la Sra. Cáceres al moderno movimiento feminista. — Contribución valiosa ciertamente y que “honra mucho a las letras hispano-americanas, siendo dicho libro el más completo que se haya escrito en la lengua castellana sobre tal tema”, según lo hace notar con autoridad y justicia Luis Bonafoux.

“Mujeres de Ayer y de Hoy” viene a ser un estudio psicológico del papel que ha desempeñado la mujer en la historia de la humanidad desde los tiempos más remotos. — La vastedad y la hondura del asunto no han amedrentado la inteligencia de su autora, que traduce en un estilo sobrio y elegante ideas delicadas y sutiles.....

“Mujeres de Ayer y de Hoy”, está lejos de ser un alegato pedantesco de reivindicación feminista, en el sentido cuasi revolucionario que se le dá hoy a esa palabra.

Ni se acerca siquiera a las paradojales tesis de Bebel. — No ha sido escrita por una enjuta y grave doctora alemana, sino por una mujer optimista y ecuanime, de ideas ponderadas.

La Sra. Aurora Cáceres que ha conquistado una posición descollante en los círculos literarios de Francia y España, ha merecido por su obra juicios muy benévolos de la crítica Europea. — Son merecidos. — “Mujeres de Ayer y de Hoy” viene a consolidar su reputación de escritora sutil y delicada.

“LATINA”, (DE PARIS).

“Latina” dió un banquete en honor de la Sra. Aurora Cáceres, brillante escritora, hija del ex-presidente del Perú, General Cáceres, y actual Plenipotenciario en Italia. — El banquete fué presidido por la Sra. Julieta Adam que consintió, por este motivo, en

abandonar por algunos momentos su tranquilo y encantador retiro de la abadía de Gif e imponerse las fatigas consiguientes a un largo viaje.

La fiesta tuvo un éxito completo; más de cien personas pertenecientes a lo más conspicuo del mundo literario, acudieron en respuesta de nuestra invitación.

Durante toda la comida se mantuvo sin decaer un solo instante una encantadora animación.

Se habló naturalmente de literatura, tratándose en particular del último libro de la Sra. Aurora Cáceres "Mujeres de Ayer y de Hoy".

La Sra. Julieta Adam, principió su discurso en los siguientes términos: Eligiéndome para presidir el banquete que ofrecéis a la fundadora de la *Unión Literaria de los Países Latinos*, a la Sra. Aurora Cáceres, a nuestra consocia, no se os oculta ¿no es cierto? que corréis el riesgo de ver rendir un homenaje apasionado a las ideas ancestrales y tradicionales, etc.....

El Conde Saigue igualmente pronunció un brillante discurso. La conocida escritora Aurel leyó muchas cartas de excusa, entre ellas la de su A. la Infanta Eulalia, por encontrarse ausente, lo mismo que Miguel de Unamuno, la Duquesa de Rohan y el maestro Saint-Saens. — También se adhirieron a este banquete muchos miembros de la Academia Francesa, los notables escritores Jules Clarie, Stephen, Hugard, Ernesto Gaubert y altas personalidades políticas que impedidas en el último momento expresaban su sentimiento de no poder asistir a esta manifestación en la que estaban con el corazón y con el espíritu.

LE FIGARO", (DE PARIS).

La Sra. Aurora Cáceres ha dado recientemente en la Sorbona, una interesante conferencia sobre el oro del Perú, disertando a la vez sobre la conquista y el movimiento financiero de su país hasta nuestros días.

Hija del General Cáceres, antiguo ex-Presidente del Perú, la Sra. Aurora Cáceres es una dama de gran distinción y de vasta cultura intelectual. — Como correspondía a una persona de su rango y que por primera vez subía a la tribuna, la Sra. Aurora Cáceres le-

yó su Conferencia sin hacer ostentación de su actitud patriótica.....

“EL CORREO”, (DE PARIS).

La distinguida escritora, joven peruana, ha colaborado así durante algún tiempo con el pseudónimo de Evangelina. — Sus cuentos literarios son de una factura original, revelándose en ellos a la par que cualidades imaginativas, un espíritu observador poco común y un sentimiento artístico exquisito..... En sus estudios críticos se descubren vastos y sólidos conocimientos científicos y literarios como así mismo la sutileza de una pluma bien cortada.....

LUIS BONAFOUX.

La Conferencista mereció y obtuvo nutridas palmas de la concurrencia, de la que también formaban parte españoles que fueron a recordar la historia de Pizarro.

Al evocar esta figura, la Sra. Cáceres, con exquisito tacto de dama, puso singular esmero en no herir susceptibilidades, y a la vez que se declaraba oriunda de españoles, cosa que a la vista salta, atenuó el horror de la sangre inocente derramada por la conquista y el saqueo de las riquezas de los incas, “por cuanto los templos consagrados a la idolatría se convirtieron en templos consagrados al catolicismo”, y la Sra. Aurora Cáceres, como peruana de buena cepa, es católica a macha martillo.

Creo que la Conferencista pudo evitar los circunloquios que usó delineando la figura de Pizarro, cuya historia de sangrientas rapiñas, propias de todos los conquistadores, de todos los tiempos históricos, no nos quitó el sueño a ninguno de los tres anabaptistas — Mayor, de “El Globo”; Jerique, de “El Mundo” y un servidor — que representamos allí a la prensa de Madrid, y por averiguado tengo que el recuerdo de aquellas páginas no perturbó la digestión de la cena de mis amigos Ferrer y Ruíz, del “Correo de París”, que

también estuvo allí representado. — Todo lo que prueban esas historias es que los indígenas, en aquellos tiempos, tenían un candor admirable, porque al demonio se le ocurre enseñar tesoros a gente advenediza y aventurera que iba a América por todo. — Lleno de Pizarros estaría París si las casas en vez de estar cerradas a piedra y lodo, estuviesen abiertas y enseñando las riquezas que guardan. — Puesto que el Perú enseñaba tanto oro, necesariamente tenía que correr allí mucha sangre.

Lo más importante de esta Conferencia fué lo narrativo de la explotación de las minas peruanas por los yanquis, que “de rositas” usufructúan la labor de la conquista hispana, y lo más sugestivo fué la participación de la mujer española en las Conferencias de la Sorbona.

Hace poco en el estudio de Zuloaga, después del acto de enseñar a sus íntimos la envidiable trinidad que presentará en el salón de pintura con los títulos de las Brujas de San Millán, La Señorita Bréval y El Enano (obras que desacreditan a España, naturalmente), Alicia Longoria, entre artista como Rodin y literatos como Anatole France, probó, declarando, que se puede ser española, distinguida.

Abundan en París, los círculos femeninos, donde inglesas, rusas, alemanas, francesas, etc. dan conferencias utilísimas; ya era hora de que las españolas e hispano-americanas, reivindicando un derecho y rectificando erróneas apreciaciones relativas a la mentalidad de la mujer española, demostrasen en público que también ellas saben algo más que el estar ociosas en la propia casa o ir a la ajena con chismecillos y enredijos.

Por este concepto, como por otros, la Conferencia de la Sra. Cáceres resultó de oro, y tengo mucho gusto amiga Colombine, en participarlo a Ud. — Y la abrazo, además, porque la quiero y la distingo, y me lo pide el cuerpo.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Tanto como en general me fastidian las escritoras, gusto de las mujeres que escriben como Ud., ami-

ga mía. — El desarrollar la distinción sería larga cosa; Madame Sevigne era una mujer que escribía; Madame Stael, una escritora y pocas cosas gusto más que sus breves y repetidos relatos de viaje y es lo que mejor cuadra a una mujer, la impresión rápida del detalle, el sentido de lo real.

He empezado por leer aquellos artículos que se refieren a tierras que conozco yó, el español impenitente que apenas viaja sino por España, el solitario de esta adorada Salamanca donde alimento mi sonofia.

Mi más sincero aplauso por lo que de su patria, de su Perú, dice; tiene razón Rubén: el párrafo que le reproduce es lo mejor del libro..... Gracias por su presente, nos ha hecho pasar unos buenos ratos hasta cuando ha excitado mis viejas antifobias.

DE "EL HERALDO" DE MADRID.

"Oasis de Arte", contiene sus impresiones de viaje por Suiza, Italia, Francia, Inglaterra, Bélgica, el Perú y Alemania, en un volumen de 400 páginas no se puede dar una impresión completa de todos esos países; pero se puede dar del alma del que los visita.

Así vemos a Aurora Cáceres, como una mujer elegante, refinada, que elige lo más selecto para su descripción: el museo, el Palacio de una Infanta o el Palacio de un Príncipe del talento, como lo es Pierre Loti.

Las páginas que dedica a éste y las que escribe sobre el Perú, son quizás lo más interesante de la obra, lo más sentido.

Se advierte el alma de una mujer buena y artista que se acoge en una triste soledad a los supremos goces de la religión, de la belleza y recorre el mundo con una ansia no satisfecha de hogar apacible; buscando en el aturdimiento un consuelo o un olvido y sintiendo en el fondo del corazón la voz de un desencanto que la impulsa al cambio, a la impresión nueva, al más allá.....

RUBÉN DARÍO.

Ahora aparece una nueva obra "Oasis de Arte", y me place decir sobre lo bueno que en este talento femenino encuentro.....

Evangelina ha sido y es gala de los salones, tanto por su espíritu, como por su beldad, gracia y elegancia.

Basta con decir que es una compatriota de Santa Rosa de Lima.

Su libro "Oasis de Arte" es un libro de viajes por Europa.

Pero como dije antes, en ninguna parte hay la emoción y aún la técnica que en ciertos pasajes de las páginas consagradas al Perú, a su Patria. — Y no en su notable y erudita conferencia de la Sorbona, sino en las sensaciones de la "tierruca".....

Dejo a los lectores con el rico sabor de ese párrafo sabroso y digo que quien así escribe, es digna de todos los aplausos.

JANNE DIEULAFOY.

Gracias, por el gran placer que acabo de obtener leyendo "Oasis de Arte". — La Pintura de Berlín es de gran maestría y de una verdad extraordinariamente notable. — Nadie podría decir algo mejor.

SEGISMUNDO MORET.

Las obras de Aurora Cáceres la rodean de una reputación de que apenas me atrevo a ser eco calificador: Ha escrito "Mujeres de Ayer y de Hoy", "Oasis de Arte" y prepara dos obras sobre literatura y pintura nacional del Perú.....

De sus obras literarias han dado testimonio Rubén Darío y Doña Emilia Pardó Bazán, ambos han hecho justicia a sus méritos literarios y a su delicado instinto femenino, a la abnegación con que trabaja por la educación y enaltecimiento de la mujer, a la exqui-

sita observación con que recoge las notas culminantes de las ciudades que visita, los paisajes que ve y las escenas de la vida que contempla.

CONFERENCIA DE AURORA CÁCERES.

En el Ateneo de Madrid

DE "EL HERALDO".

(De Madrid)

Anoche ocupó la honrosa cátedra una dama digna por todos conceptos de tal distinción, Aurora Cáceres, ilustre escritora no desconocida de nuestro público, que la admira lo mismo con su nombre que con su pseudónimo de Evangelina, con que firma sus artículos de periódicos. — Moret hizo la presentación con su palabra florida y galana y nos dijo los méritos de la ilustre escritora, que no necesitando por su alcurnia y posición social dedicarse a las difíciles lides de la literatura trabaja y cultiva su espíritu por amor al arte.....

Demuestra erudición y un exquisito temperamento artístico.

DE "EL IMPARCIAL".

(De Madrid)

El Salón de actos del Ateneo ofrecía anoche el aspecto de las grandes solemnidades. — El bello sexo predominaba entre el público que llenaba totalmente el local, así como las personalidades más señaladas de las letras, el arte y la política.....

La Sra. Cáceres traza un cuadro animado de la poesía en el Perú, durante la época colonial analizando el carácter de las personalidades españolas que más relieve alcanzaron en aquella época.

Enalteció la figura del venerable Ojeda, dando con ello muestras revelantes de cultura.....

Al terminar la conferencia de la eximia escritora fué muy aplaudida y felicitada por el hermoso trabajo que anoche sometió al selecto público del Ateneo.

DE “LA ÉPOCA”.

(De Madrid)

La distinguida escritora peruana Aurora Cáceres, hija del General Cáceres, ex-Presidente del Perú, dió ayer una interesante conferencia.

Don Segismundo Moret hizo el elogio de sus libros, en lo que basa su reputación literaria.

Aurora Cáceres terminó su interesantísima lectura asegurando que la compenetración de la literatura española es grande y tan íntima, tan intensa (dijo) que lloramos con sus tristezas y reímos con sus alegrías.

Al terminar la notable escritora recibió una merecida ovación que se repitió en los pasillos al abandonar el edificio.

DE “EL MUNDO”.

(De Madrid)

El tema de la Conferencia fué: ‘España en la poesía del Perú’ y lo detalló con tal maestría, con tal dominio del asunto que hizo pasar al selecto auditorio que escuchaba su deliciosa voz, entre los que se encontraban los Ministros de Instrucción Pública, Estado y Hacienda, unos momentos felicísimos.

La bellísima conferencista cerró la velada amenísima con un canto hacia la juventud y hacia España. Fué calurosamente aplaudida.

DE “LA TRIBUNA”.

(De Madrid)

La genial y hermosa escritora por cuyas venas corre nuestra sangre, es también una ferviente y entusiasta admiradora de España. La genial Evangelina

antes de escribir sus libros “Mujeres de Ayer y de Hoy” y “Oasis de Arte” ya adquirió gran renombre en el periodismo.

DE “EL RADICAL”

(De Madrid)

Al aparecer la Sra. Cáceres en la tribuna se le tributa una ovación sólo comparable con la que recientemente, fué allí saludado Marconi.....

Hace un recorrido histórico sobrio, pero muy completo y acertado de la literatura peruana como prólogo a su objeto, al estudio de los poetas jóvenes actuales.....

Un aplauso largo y cálido resonó en el salón. — El público de pié siguió aplaudiendo entusiasmado hasta que Evangelina abandonó el local.

DE “A. B. C.”

(De Madrid)

Ayer tarde dió en el Ateneo su anunciada conferencia la distinguida escritora peruana Aurora Cáceres, más conocida en el mundo de las letras con el nombre de Evangelina.

Una selecta y distinguida concurrencia asistió al acto, figurando en primer término los Ministros de Estado y la mayor parte de los enviados americanos que han asistido a los festejos del Centenario de las Cortes de Cádiz.

Aurora Cáceres dió principio a su Conferencia que resultó interesantísima y que fué escuchada con gran entusiasmo por el auditorio.

Prolongados y calurosos aplausos recogieron las últimas palabras de la distinguida literata que fué saludada después en el estrado por muchos de los asistentes a la conferencia.....

Abandonó el salón acompañada del Sr. Moret y al llegar a los pasillos fué también calurosamente aplaudida.

DE "EL PAIS".

(De Madrid)

La docta casa del Ateneo recibió galantemente a la ilustre dama que dedicaba a la comunión espiritual con nuestros pueblos un momento de su breve estancia en España.

Evangelina, terminó con cordiales frases de cariño para España, que aseguraban el mismo amor a nuestro país, expresados en los versos recién leídos.

Y no hay que decir que el auditorio acogió con una prolongada ovación final su discurso en el que la Sra. Cáceres, había demostrado además de gran erudición fino espíritu crítico de escritora correctísima y brillante.

DE "EL LIBERAL".

(De Madrid)

Aurora Cáceres, la simpática hija del ex-presidente del Perú, General Cáceres, es bien conocida entre la gente de letras por sus méritos de escritora...

Ayer a sus éxitos alcanzados en sus novelas, sus libros de viajes y sus artículos, sumó más en el Ateneo.

El público, numeroso y selecto entre los que se encontraban los Ministros de Instrucción Pública, Hacienda y Estado, rindió el homenaje debido a la cultura y al buen gusto de la Sra. Cáceres.

La Sra. Aurora Cáceres, espléndidamente ataviada, leyó con voz delicada e insinuante un precioso trabajo sobre la poesía peruana arrancando aplausos en varias ocasiones.

UNA VISITA A EVANGELINA.

Un momento de espera en elegante salón. Luego, aparece Evangelina, distinguidísima, en deliciosa "robe de soir". Lleva peinada con exquisito arte la espléndida cabellera rubia. Sus movimientos son harmo-

niosos, su sonrisa es suave, el timbre de su voz, delicado. Todo en ella dice de la alta dama y de la espiritual escritora. Aurora Cáceres reúne la inteligencia y la elegancia como aquella encantadora Jeanne Catulle Méndez que nos describe.

Su recibimiento es muy amable. Me hace pasar a su gabinete, a un pequeño gabinete de trabajo. Sobre la mesa veo muchos libros y algunos periódicos en terrible desorden. Entre los libros está en primer volumen: "Mujeres de Ayer y de Hoy", editado de Garnier. Junto al libro hay unas pequeñas hojas manuscritas. Evangelina las toma, pasa ligeramente la vista por sus líneas y se dispone a guardarlas. No se por qué esos papeles me llaman la atención y no puedo reprimir un movimiento de curiosidad.

— Son unos versos dedicados a mí — dice ella, notándolo. — Unos sencillos y cariñosos versos en los que una muchacha sentimental me dice que soy bella y que soy buena.

Sonríe. Esa chiquilla le ha escrito también una carta. Una carta en la que le pide que interceda por la vida de unos pobres árboles que rodean su casa en la Magdalena vieja. Y aunque Evangelina habla de esto frívolamente, yo adivino en ella un secreto goce, porque le es permitido abogar por la causa de la vida, por la causa de la belleza.

Aprovecho la ocasión para hacerme eco de murmuraciones callejeras:

Es un afán — le digo — un afán de destruir las pocas cosas bellas que nos rodean. Cada día algo desaparece; es ya un jardín, ya un recuerdo de épocas pasadas. Se ensañan contra los árboles..... Y es todo tan feo aquí, que no comprendo.....

Al notar que me pongo sentimental quiero iniciar un reportaje en regla. Pero ella no me deja:

— ¿Feo todo? Al contrario. Los alrededores son muy bellos y la ciudad tiene un sello único. Esta costa tan árida, tan seca, con aquellos algarrobos aislados que proyectan la sombra de sus anchas copas, me encanta. Vista del mar es admirable. Recuerda las costas de la Arabia, las costas del Mar Rojo. Sus arenas tienen un brillo alucinante a la caída del sol.

Calla un momento, recordando. Después continuá:

— Yo no sé por qué los que escriben aquí no escriben de estas cosas. ¡Tienen tanto color, tanta poesía! Dejemos de lado la ausencia de un medio social explotable. Quedan la naturaleza y el recuerdo. Además nada hay más ridículo que hacer vivir personajes de alma criolla en el ambiente de los boulevards. En París se ríen de eso.

— ¿Y el éxito?

— Acaso aquí no lo obtendría quien así escribiese. Como, en general, no leemos sino los libros que tratan de las costumbres y de las cosas de Europa, suenan mal a nuestros oídos los nombres y las cosas de aquí. Pero en el extranjero tendría éxito seguro una obra, que siendo local, llevara en sí condiciones de bondad. Tendría para aquellos países el prestigio de las cosas distantes. Después de algunos años de ausencia yo misma veo en todo bellezas quizá no vistas antes. Hay que abandonar estos prejuicios y pensar que no es en Lima donde se pronuncia la suprema sentencia literaria.

Yo, completamente convencido, guardo silencio.

— ¿No sabe usted lo que me pidieron en Madrid?
— añade Evangelina, riendo. — Pues me pidieron que escribiera en “Blanco y Negro”, del que fuí colaboradora, una crónica sobre el soroche. Les encanta.

Yo me río pensando en que no les encantaría tanto sentirlo. Después pregunto:

— ¿Y la literatura de imaginación, la que hace vivir a sus personajes fuera del mundo real, en altas esferas del arte o en las nebulosas cimas del misticismo? ¿D’Annunzio, Maeterlinck?

— ¡Oh! Eso es otra cosa. Yo adoro la idealidad, los ensueños, la poesía de las cosas olvidadas o que no pueden existir. Me encanta esa deliciosa condesa de Noailles que hace vivir a sus héroes en un mundo tan irreal. Aún más, creo que entre esos personajes que parecen tan alejados de la vida se encuentran tipos de humanidad más completos que los personajes de las novelas realistas.

— Es usted una contemplativa — le digo yo, sonriendo.

— A veces casi mística. Pero adoro también la acción.

Estas palabras traen a mi memoria el recuerdo de aquel incomparable maestro de belleza en quien tan admirablemente se unieron la contemplación y la acción; el recuerdo de John Ruskin, el esteta que no se contentaba con predicar desde su cátedra de Oxford y difundir con la propaganda de sus libros la religión de lo bello sino que empleaba su fortuna y su vida en convertir en realidades sus ensueños. Le hablo de él.

— En Ruskin — le digo — tiene la mujer el más noble y mas alto defensor. Para reformar el mundo, — dice Robert de la Sizenanne, Ruskin no ha pensado en la razón de los hombres. Ha pensado en el amor y ha invocado el reino de la mujer.

— Recuerdo — me dice Evangelina — unas palabras tuyas de “Sesame et les Lys”. Son estas: “Que lo sepais o no, todas debéis tener tronos en muchos corazones y una corona que no dejaréis. Reinas debéis ser siempre; reinas de vuestros prometidos, de vuestros maridos y de vuestros hijos; reinas de un más alto misterio para el mundo que debajo de vosotras se inclina y se inclinará siempre ante la corona de mirto y el cetro sin mancha de la mujer..... Es poco decir de una mujer que no destruye las flores donde ella pone el pie, es necesario que las reanime. Las campanillas no deben marchitarse cuando ella pasa, sino florecer”.

Ella repite las bellas frases con verdadero amor. Habla lentamente. Y las palabras parecen descansar, al salir, sobre sus labios.

Hablamos luego de la mujer ideal, de aquella que debía ser dadora de felicidad cuando se hubiesen realizado los ensueños de aquel maravilloso espíritu. Hablamos de la mujer que no es aquella que pasa toda su vida entre los modistos, los bailes y los skatings, que no es la dama fastuosa y refinada del Renacimiento, ni tiene la indolente quietud de la musulmana. De la mujer tal como Ruskin la soñara: semejante a aquellas que se ven en los cuadros de los viejos maestros flamencos de la primera época. “Sentada en una silla señorial de alto dosel, gobernando su casa con una mirada. Que apenas se insinúa como una figura de tapicería, que es poderosa como una hada, ardien-

te y silenciosa como una llama. Que sabe muchas lenguas, pero sólo con el objeto de saludar al extranjero o al peregrino con las palabras del país que ha dejado. Que no se mezcla a las luchas ni a las discusiones, pero que anuda a la espalda de su marido la armadura de la batalla.

Que ama la alegría de la vida. Que es piadosa, pero que no se detiene ante aquellos cuadros en los que las madres lloran al pie de las cruces. Que si tiene pesares y las lágrimas asoman a sus ojos, las sacude como una rosa sacude las gotas de rocío y queda así más bella. Que no tiene la manos juntas sino activas. Que así como una reina no deja sus dominios, ella no abandona su hogar un solo instante. Que tiene como lema: “Trabajar, amar, embellecer”.

— ¡Qué lejos está todo eso! — dice Evangelina con tristeza. — ¡Es tan hermoso el sueño de la Arcadia ruskiniana! Pero hay algo que está más cerca. Es la vida que espera, la vida que no perdona. La mujer no puede ser la reina de la alegría de un hogar donde hay hambre. Es necesario que luche, que se defienda. Y he aquí la labor del feminismo bien entendido. Dar a la mujer armas para esa lucha, armas para que defienda la vida de sus hijos, la vida de los seres queridos, su propia vida. ¿Por qué ha de estar inútil? ¿Por qué ha de permanecer inerte cuando la amenazan tantos peligros? Y si ella tiene las mismas aptitudes que el hombre debe desarrollarlas. Poner a la mujer en condición de ganarse el sustento, no por medios materiales, justamente opuestos a su naturaleza delicada, no por medios que la condenan a un suicidio lento pero seguro, sino por medios intelectuales que ella ha demostrado poseer, es noble, es humano, es lógico.

Evangelina habla con entusiasmo, con verdadero entusiasmo apostólico por la bella obra que persigue.

— Se cree generalmente — continúa después de una corta pausa — se cree generalmente que la mujer de otras épocas vivía en un aislamiento inútil. Nada menos cierto. Se las ve siempre cerca de sus esposos y de sus hijos, ayudándolos, aconsejándolos. Se la ve intervenir en la política y brillar en las artes. Acompaña a su marido a los campos de batalla o defiende, en au-

sencia de él, el castillo de sus mayores. Es en la sociedad actual donde abunda el tipo de la mujer completamente desvinculada de su hogar. La actuación de la mujer antigua ha sido notable, pero su actividad concordaba, naturalmente, con el carácter de la época en que vivía.

Se queda pensando un momento. Luego dice:

— Hoy las condiciones de la vida han cambiado. Hay un factor de día en día más poderoso: el factor económico. Y puesto que la mujer consume debe producir. Sólo así habrá equilibrio. Hoy después de haber visto derrumbarse seculares y sólidas fortunas se ha llegado a la conclusión — fácil de alcanzar por cierto — de que el único capital positivo con que puede contar una persona, sea hombre o mujer, es la suma de conocimientos adquiridos que le permitan, en cualquier instante, ganar lo necesario para sostener su vida y hacerla deseable. Un hecho, un hecho reciente puede darle idea de a donde ha conducido la desatendencia en proporcionarse el capital de que hablo. Una noble familia quedó arruinada, en París. La madre, una condesa, para salvar la vida de sus hijos, que morían de hambre, tuvo que hacer uso de lo único útil que quizá había aprendido en la época de prosperidad: como una distracción ella había guiado muchas veces, en el Bosque, sus lujosos carruajes.....

Ya ve usted — agrega. Para evitar esas dolorosas caídas, para salvar ese hogar tan querido, para llegar a la mujer ideal de que hemos hablado y que ha de vivir en el ambiente de su tiempo es para lo que existe el verdadero feminismo y no para arrebatarse a los hombres funciones que les son muy suyas y que la mujer no está llamada a desempeñar.

Comprendo que la entrevista se hace larga, que Evangelina puede cansarse. Pero no me decido a retirarme. Son tan raras las horas como ésta!

— Es usted — le digo — una verdadera discípula de aquel admirable maestro que hemos recordado. Es usted una contemplativa y una mujer de acción. No ha dejado abandonado el libro, lo ha ayudado con los actos. Es algo bastante raro aún en los hombres.

Ligeramente pasa entonces ella sobre su obra. Me habla del Centro Social y de La Unión Literaria:

— El Centro Social de Señoras, fué fundado en Lima hace ya varios años. Esa iniciativa era la mejor expresión de la caridad cristiana. Tendía a divulgar gratuitamente la educación moderna con aplicación práctica a las necesidades de la vida. Era libertar a las víctimas de la aguja y desvanecer el prejuicio de que el trabajo deshonra. En cuanto a la Unión Literaria, ella es una obra de verdadero latinismo que emprendí y que continúo con el cariño que me inspiran mi patria y la patria de mis abuelos. Es una sociedad que hará que sean mejor conocidas nuestras repúblicas de las que tan mal concepto se tiene en Europa. Tiene por objeto tratar de establecer relaciones amistosas entre las personas que en España, Francia y América ocupan un lugar distinguido en las artes, las letras, la política. Para conseguirlo — decía yo en un artículo publicado en “El Heraldó” de Madrid, cuando estuve en España — para conseguirlo se darán conferencias, se organizarán viajes, fiestas, exposiciones industriales y artísticas y cambio de correspondencias entre los principales diarios y revistas. En 1909 estaba ya establecida en París bajo la alta protección de las infantas doña Eulalia y doña Paz. Pertenecen a ella embajadores, ministros, hombres públicos tan notables como don Roque Saenz Peña; académicos, como Pierre Loti, Rieulafoy; profesores de la Sorbone, escritores y poetas, como Maurice Barrés, Pierre Louys, Gustave Khan; artistas como el célebre Rodin. La apoyan los siguientes periódicos: “Le Fígaro”, “Le Gaulois”, “Gil Blas”, “Je sais tout”, “Femina” y “Le Mercure de France”.

Como al hablar de su libro le manifestase mi sorpresa al verlo prologado por Bonafoux que no parecía el más adecuado para prologar un libro que sobre mujeres había escrito una mujer:

— Creen algunos — me dice — creen algunos que Bonafoux es enemigo jurado de la mujer. Hay exageración de ello. Y casi todos los escritores de hoy son feministas. Es posible que sea por conveniencia propia. Pero yo creo sinceramente — y esta confesión me ha

valido más de un reproche — creo sinceramente que sin el apoyo y la simpatía de los hombres, la labor feminista habría encontrado muchos obstáculos y sería en el día insignificante. Además, yo quería presentarme tras el más severo de los juicios y yo sabía bien que Bonafoux era el único capaz de decirme si así lo sentía: Señora, hay en París muchos teatros y muy hermosos paseos. Hay bellísimas telas y admirables modistos. Diviértase usted, señora, sea usted una elegante; pero no se ocupe de literatura.

Mientras ella guarda silencio leo yo en el libro el prólogo. En él Bonafoux ha depuesto aquel estilo tan suyo, tan correcto, pero evoca, a veces, un gesto de aburrimiento, un gesto de dispéptico incurable. Su estilo se hace suave, delicado, se alza hasta la imagen hermosísima. Dice del libro: “libro de cosas doctas y de cosas amenas, con descripciones poéticas y brillantes que tienen aroma de flor y claroscuros de remanso”. Más adelante encuentro estas frases y se las leo:

“Otras veces Aurora Cáceres tiene cosas de chica. Estudia, por ejemplo, a la reina Hatasu y cuando ya no le queda que decir de ella, advierte:

“Se ignora el fin de esta gran reina, desaparece de la historia en el año cuadragésimo sin que se sepa como pasó sus últimos días.”

“¡ Y ya la tiene usted toda preocupada con la idea de como pasó sus últimos día una reina que desapareció de la historia en el año cuadragésimo”!

— Es muy burlón, este Bonafoux — dice ella sonriendo.

Evangelina tiene en preparación un libro que es la natural continuación del ya publicado. En él se ocupará muy especialmente de la mujer española que parece haber olvidado en su primer volumen. Actualmente tiene en poder de su editor un libro cuyo nombre es un símbolo, un libro que es un descanso que ha querido dar a su alma, fatigada por el estudio y la investigación. “Oasis de Arte” se llama. Es una reunión de impresiones de viaje. Impresiones artísticas delicadamente recogidas en los santuarios de la belleza, entre las viejas cosas y ante las ruinas de las ciudades ilustres.

Al final la conversación recae sobre la vida de París y sobre la literatura femenina. Me habla con gracia deliciosa de las comidas literarias, de los téés poéticos, de todas aquellas agradables reuniones que estimulan a una vida intelectual intensa puesto que no producir significa caer en el menosprecio de los demás.

— La literatura femenina — me dice — tiene, en general, un carácter audaz y no se diferencia en nada de los libros escritos por los hombres. La mayor parte de las novelas dan una idea inexacta de las que escriben. Nadie creería, por ejemplo, que la autora de “Monsieur Venus” y de “La Marquise de Sade”, Rachilde, es la virtuosa mujer de Vallette, el director del “Mercure de France”. Nadie creería que la jovencita que a los diez y siete años escribía cosas semejantes es ahora modelo de madres de familia. Viste detestablemente y no se ocupa sino de su hija y de ayudar a su marido en las labores de aquel importante periódico.

Me despido encantado. Y ya en la calle me pongo a pensar si podré recordar sus movimientos y sus actitudes y los sonidos de su voz que dicen más que las palabras. Y creo recordar. Pero al escribir noto con tristeza que muchas cosas pequeñas, pero deliciosas se han quedado flotando en el ambiente de su gabinete. Detalles nimios, cosas invisibles: un gesto, una mirada, una sonrisa, un estremecimiento. Cosas impalpables, infinitamente suaves, que no se pueden recoger en ellas el delicado perfume de una rosa de Francia. Todas esas cosas que nacen a la sola presencia de una criatura bella, que dan la claridad que ilumina la conversación con un mujer, cuando además de ser admirablemente mujer, sabe del arte y de la vida.

Eduardo Herrera.

**BREVE ENTREVISTA CON LA ESCRITORA
Y PUBLICISTA
DOÑA ZOILA AURORA CACERES.**

Los propósitos que persigue la notable intelectual con respecto al problema del feminismo en el Perú

Con motivo de la publicación que se hizo ayer en este diario, de igual manera que en otros de la localidad, del programa de principios sobre el feminismo en el Perú, esbozado por la eminente escritora y publicista peruana doña Zoila Aurora Cáceres, creímos conveniente entrevistarla, a fin de proporcionar al público algunos detalles explicativos de lo que dicho programa contiene. La entrevista con la distinguida y culta escritora no nos fué muy difícil. La encontramos en su departamento del Hotel Maury, entregada como de costumbre, a las tareas que se ha impuesto en beneficio de la mujer peruana.

Es inútil que recalquemos las cualidades que adornan a la señora Zoila Aurora Cáceres. La serie innumerable de publicaciones que ha hecho, de índole social y literaria, tanto en Lima como fuera del país, nos la han mostrado como un espíritu de alto vuelo, una mentalidad sólidamente cultivada, una inteligencia clara, viva, exhuberante. Si a estos dones se unen los de su espléndida belleza, encontramos justos y acertados los elogios que la referida intelectual ha merecido de notables escritores de Europa y de América.

Otro objetivo importante nos llevó, también, a conversar con la señora Aurora Cáceres. Queríamos pe-

netrar un poco su ideología, conocer algo del concepto que le merecen los problemas de la hora presente, hacerle revivir sus impresiones del viejo mundo, en donde las cuestiones del feminismo, sobre todo después de la guerra de 1914, han alcanzado cierta preponderancia que no sólo preocupa a los espíritus interesados, sino aún a los hombres de gobierno, a los que antes rechazaban, por considerar utópicas, las teorías que ahora desarróllanse con empuje manifiesto.

La tarea, en sí, era bastante difícil. Pero, afortunadamente, como la distinguida escritora cuenta con un caudal enorme de reservas mentales y espirituales, la labor tornósenos fácil, agradable, atrayente.

Fué la nuestra una conversación que se apartó de los límites corrientes. No llevamos para cumplir nuestro cometido, según acostumbran los reporteadores a la antigua, papel ni lápiz. El fruto de la entrevista lo encomendamos a la memoria, pues cuando ésta ha sido suficientemente disciplinada o entrenada, sobran esos elementos que alguna vez se toman con objeto de llamar la atención.

Sin ánimo previo, sin preparaciones que muchas veces fallan en la realidad, con toda naturalidad, con desenvoltura, hablamos a la talentosa "Evangelina".

— Señora — le dijimos — constituye algo muy importante y trascendental el programa de principios que sobre feminismo en el Perú ha hecho usted publicar en los diarios. ¿Tiene usted fe en el logro de sus afanes y preocupaciones? ¿No le parece que aún estamos sujetos a una gruesa cadena de convencionalismos que nos impusieron en los días del coloniaje?

La señora Zoila Aurora Cáceres meditó tan sólo un momento y a poco repuso, con voz lenta y suave:

— No desconozco lo arduo de la empresa, pero tengo fe en sus resultados. El feminismo, entre nosotros ha estado reducido a muy pequeños círculos. Quienes han tratado de prolongarlo han estado poseídos, seguramente, de muy buenas intenciones, sólo que los procedimientos adoptados no han sido los mejores; de ahí que los frutos no rindieron todo lo excelentes que se esperaba. Todavía pesa entre nosotros — añadió la distinguida escritora — la tradición. Esto es indis-

cutible. Pero tampoco se puede desconocer que, respecto a la liberación de la mujer, respecto a su desenvolvimiento más amplio dentro de la sociedad, respecto de su cultura, de su desarrollo espiritual, existe un anhelo fuerte, persistente, pero latente aún. Siempre hemos considerado aquí a la mujer en un plano secundario. Nunca se ha tratado de escucharla seriamente, de tomar en cuenta sus propósitos, por prejuicio, quizás, o porque la tradición así nos lo ha trazado. Pero sería muy sensible que mientras en la mayoría de los pueblos civilizados, casi todos los de Europa y gran parte de los de América, la mujer ocupa hoy una situación distinta de la que siempre tuvo, en el Perú todavía siguiésemos apegados a viejas fórmulas sin sentido de justicia y, lo que es peor, con detrimento de la sociedad.

—¿.....?

— El concepto del feminismo ha evolucionado grandemente en Europa y Estados Unidos. En Europa, después de la guerra, principalmente, la mujer es considerada igual al hombre. Allí no se tienen en cuenta sino los méritos individuales, despojándose de los prejuicios del sexo. Ya pasaron los tiempos, por otro lado, en que se creía que sólo el hombre podía desempeñar determinadas ocupaciones que estaban vedadas a la mujer en virtud de curiosas teorías, como aquélla de que el cerebro de la mujer, por ser menos pesado que el del hombre, resulta incapaz de equipararse al del hombre, de donde deducían erróneamente su carencia innata de aptitudes para la lucha en todos los campos de la actividad. El término de la guerra europea, con todo su cortejo de consecuencias, unas desfavorables y otras favorables a la humanidad, nos ha demostrado que la mujer puede y aún debe contribuir al desenvolvimiento de la sociedad en que vive, que no debe seguir siendo el peso muerto que antes constituía sino, antes bien, factor de progreso y engrandecimiento. En Estados Unidos — añadió Evangelina — está reservada a la mujer el papel que en ciertas democracias latino-americanas han monopolizado los hombres. Me refiero a esas actividades que se denominan de adorno, como por ejemplo, el cultivo de las artes, el cultivo de los idiomas vivos y otras. En Estados Uni-

dos la mujer es más culta que el hombre, hablando en términos generales. Este está más cerca del dólar. En Europa, la mujer alterna con las más altas capacidades del sexo opuesto, ya en congresos, en conferencias, en los negocios públicos, en toda clase de actividades.

—¿.....?

— Si bien es cierto que, entre nosotros, el nivel intelectual de la mujer no está muy elevado, salvo en determinados casos, se puede llegar a un halagador resultado por medio de la propaganda y por una activa enseñanza de orden cívico. En efecto, la enseñanza cívica en el país está muy descuidada, casi olvidada. Yo me propongo escribir un folleto — cuya mayor parte tengo en preparación — y después dictar conferencias en los centros de obreras y empleadas para poner en conocimiento de todas sus derechos y sus deberes. Para arribar a estos fines he tenido que investigar lo que sobre civismo se ha escrito en el país, pero me he convencido, muy dolorosamente por cierto, que de tan interesante materia no hay nada hecho, o en muy reducida y escasa proporción.

La mujer — siguió Evangelina — debe dar de sí, de sus facultades, de sus condiciones, de todo lo que pueda. Manifestar que el terreno no está bien preparado en el país, aún cuando ello encierra una verdad, no significa, por ningún modo, que el feminismo, a la manera que lo entienden los países más modernos y más civilizados, es imposible penetrar. El hecho de que existan unas cuantas mujeres, aunque sean bien pocas, que por sus esfuerzos y su actividad y su poder de voluntad se hayan elevado sobre los demás, está indicando la posibilidad de un mejoramiento integral en lo futuro. La lucha por la vida, hoy, se ha intensificado, de manera asombrosa, quedando la mujer peruana en situación bastante triste. Hay que prepararla, por tanto, para esa lucha, porque de este modo se la dignificará, se dignificará a la sociedad en que vive, se aumentará el acervo de las energías nacionales, introduciendo en éstas nuevos elementos y factores de trabajo y desenvolvimiento.

—¿.....?

— Tal vez muchos sonrían hoy del propósito de establecer y echar las bases del verdadero, del feminismo práctico. También antes se sonreían cuando, por medio de mi propaganda, dije y sostuve que la mujer debiera trabajar en las oficinas para contribuir, con el fruto de su labor, al sostenimiento de su casa. Pocas fueron entonces la que se lanzaron al campo de la lucha, pero hoy cabe la satisfacción de ver que, sobre las categorías sociales existentes, hay otra, bastante numerosa, siendo la de la mujer que trabaja en oficinas comerciales, bancarias o en las dependencias de la administración pública. El camino aún no se ha recorrido completamente. Porque, si bien se examina, la mujer que labora en la calle no ha hecho otra cosa que reemplazar la máquina de coser con la máquina de escribir. Hay que hacer comprender a todos que también la mujer puede alternar con los hombres en toda clase de actividad, que puede desempeñar cometidos para los cuales cuenta con mayores aptitudes que el hombre. Que no se limite, únicamente, la mujer a ser mecanógrafa. Bien educada, bien preparada, puede lanzarse también por el camino de las profesiones liberales en donde triunfan los fundamentalmente inteligentes y cultos.

—¿.....?

— Respecto del voto, debe otorgársele lo mismo que al hombre. Si dentro de la sociedad en que vivimos se asigna a la mujer iguales deberes que al hombre, justo es, también, que se le rinda iguales derechos. Es cuestión de equidad, de justicia bien entendida. Ahora, si la mujer no quiere votar ya porque no tiene interés alguno o por otra circunstancia, es lo que menos debe preocuparnos. En todo caso su abstencionismo es un abstencionismo propio, personal, de acuerdo con sus ideas y determinaciones. Pero lo esencial es que las leyes sean iguales para todo, que no haya distinguos irritantes, que los caminos sean abiertos para todos y, principalmente, que en el desempeño de sus tareas, la mujer disfrute de las mismas prerrogativas de que disfruta el hombre.

—¿.....?

— Los frutos no se recogerán inmediatamente, por los esfuerzos que ahora se despliegan, pero se cumple con echar al surco la simiente. La evolución, tarde o temprano, llegará. Si llega en forma tranquila, tanto mejor. Si llega al cabo de un proceso de violencias, como ha ocurrido en otros lugares, culpa sería entonces de los espíritus indiferentes, de los poderosos, de todos los que, pudiendo facilitar los medios de un pacífico desenvolvimiento, sembraron la ruta de obstáculos numerosos.

Sobre éstos y otros tópicos continuamos conversando ayer con la notable escritora Evangelina. No podríamos resumir nuestra conversación porque, como hemos dicho al principio, no se sujetó a normas convencionales, no incurrimos en la vulgaridad de llevar un cuestionario anteladamente adobado. La entrevista se desenvolvió fácil, espontánea, cuidándonos nosotros, eso sí, de retener las ideas matrices de la eminente publicista que ha pulido en Europa el diamante luminoso de su inteligencia.

Agradecemos y nos despedimos.

J. R.

DE "EL TIEMPO."

ÍNDICE

	PÁG.
DEDICATORIA	7
PRÓLOGO	9
CAPÍTULO I. —Con rumbo al Cuzco	15
" " II. —El puerto clausurado	19
" " III. —¡Arequipa!	22
" " IV. —Llegando al Cuzco	26
" " V. —La Ciudad Imperial	31
" " VI. —La Ciudad Incaica	35
" " VII. —Casas indianas	42
" " VIII. —El Rodadero	48
" " IX. —Saecsa-huamán	51
" " X. —Coricancha	57
" " XI. —Colcampata	61
" " XII. —En ruta hacia Urubamba	66
" " XIII. —¡Urubamba!	73
" " XIV. —El Inca bañado en sangre	78
" " XV. —El jardín sagrado	81
" " XVI. —Ollantaytambo, ciudad moderna	85
" " XVII. —El drama de Ollantay	90
" " XVIII. —Ruinas	96
" " XIX. —Ruinas embellecidas de amor	101
" " XX. —Inspiración	107
" " XXI. —La imagen del dolor	112
" " XXII. —Amor, ¿dónde estás?	116
" " XXIII. —Las calles	122
" " XXIV. —Casas coloniales	128
" " XXV. —Los hogares	132
" " XXVI. —Los patios	136
" " XXVII. —Monseñor Yábar	140
" " XXVIII. —San Cristóbal	144
" " XXIX. —La Primitiva	147
" " XXX. —La Catedral	150
Unas palabras de los editores	163
Juicios y opiniones	169
Breve entrevista con la escritora y publicista Doña Zoila Aurora Cáceres	194

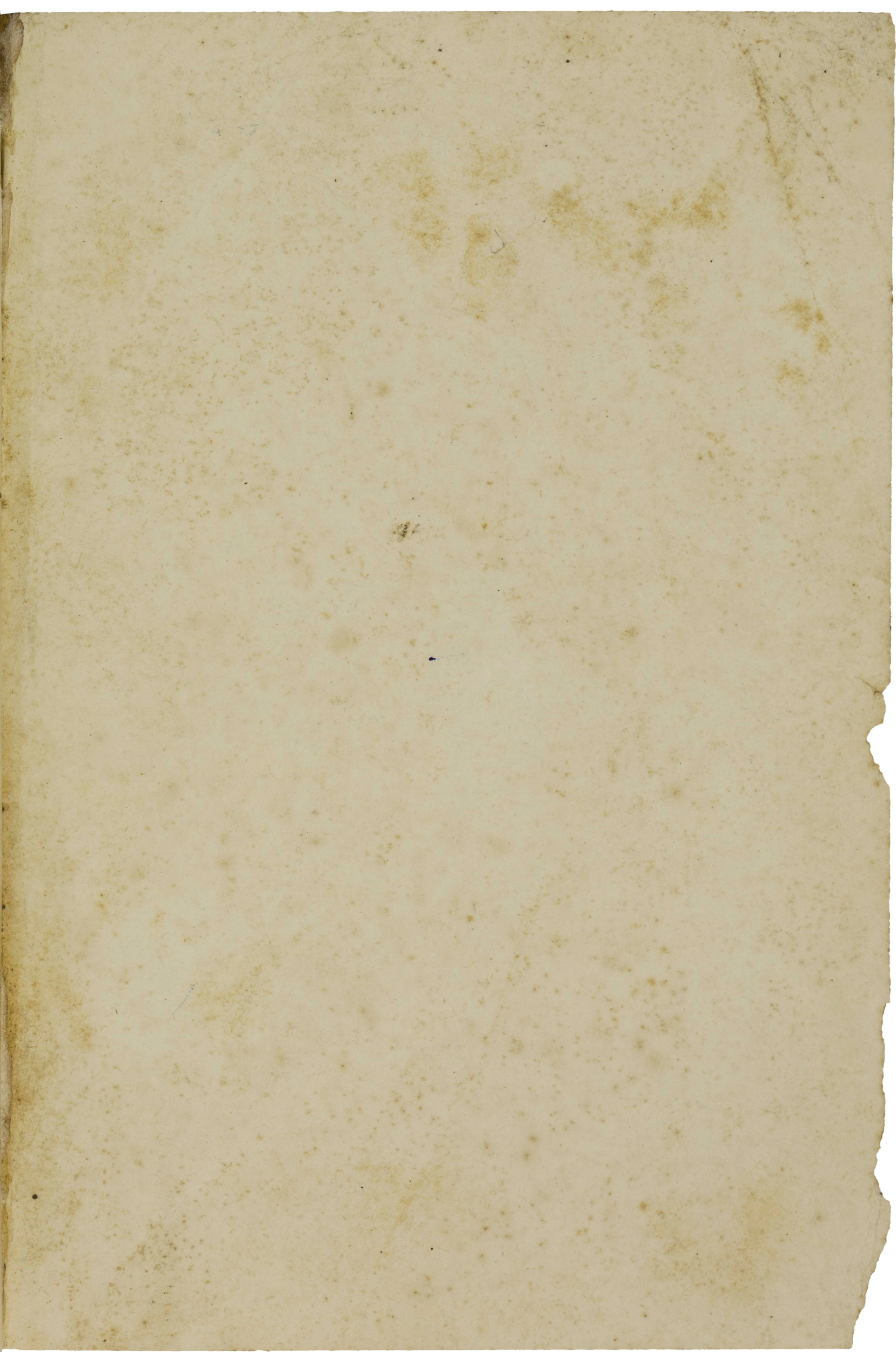
Biblioteca Nacional del Perú
DEPARTAMENTO DE CLASIFICACION
Y CATALOGACION

29 NOV 1952

985.611 = 3

C11C4

—08



63





P(85827)

Biblioteca Nacional del Perú
DEPARTAMENTO DE CLASIFICACION
Y CATALOGACION

27 ABR 1956

luc.



biblioteca
nacional
del Perú



0000328452

BNPCBN

